

DE POPAYAN A QUITO

FCAR 0007

ANTONINO OLANO

De Popayán a Quito

IMPRESIONES DE VIAJE

**BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR**

COLECCION GENERAL

Nº 14358 AÑO 2009

PRECIO _____ DONACION _____

LEGADORA
QUITO-ECUADOR

Nº 14358

QUITO — ECUADOR
TIP. Y ENCUADERNACION SALESIANAS

1915

I. DE POPAYAN A LA COSTA.

CUANDO yo era niño, el turbión de una de nuestras guerras civiles arrojó a mi familia a la playa hospitalaria de la República del Ecuador. Establecidos mis padres en su capital, allí viví muchos años y en uno de los colegios oficiales, que dirigían entonces los padres de la Compañía de Jesús, hice mis primeros estudios de literatura. Vuelto a Colombia, mi corazón ha guardado para la sociedad ecuatoriana y especialmente para la de Quito, un acervo de cariño que nada sería capaz de borrar. La perspectiva de regresar a los lugares, en donde nació a la vida de la razón, despertó siempre en mi alma un movimiento de júbilo

imposible de contener. Y por ello acepté gustoso la comisión con que me ha honrado el Gobierno de mi Patria de nacimiento, en la de mis amigos y compañeros de la niñez. Quiera el cielo que mi labor contribuya a estrechar cuanto se pueda los lazos de amor, de tradición y de necesidad que existen ya entre las dos naciones, sirviendo a la vez los altos intereses de aquel augusto ideal cuyo reinado, que se llama justicia, es la única fórmula capaz de hacer la felicidad permanente de todas las sociedades humanas.

Salido de Popayán el 7 de octubre último, acompañado de mi esposa y de mis hijos a quienes quería hacer participantes de mis impresiones, y amigos de la tierra en que duermen aún algunos de mis antepasados, empleé cinco días en transportarme al puerto de Buenaventura donde debía alcanzar, en día fijo, un vapor chileno que tocaría casualmente en nuestra costa y seguiría viaje directo a Guayaquil. En la primera jornada hicimos en seis horas, a caballo, las cinco leguas que hay entre la capital del Cauca y el alto de Piendamó. Debíamos marchar lentamente hasta encontrar el ferrocarril más adelante de Cali, pues no podíamos dejar atrás el equipaje con cuanto es necesario para la vida en rutas desprovistas de hoteles u hosterías como la mayor parte de los caminos de herradura que atra-

viesan los valles y montañas de Colombia. Por otra parte, la corta edad de mis hijos menores, que, aunque hábiles ginetes, no habrían podido soportar una larga fatiga, nos forzaba a la lentitud, resignándonos a gastar en el viaje, hasta la primera estación ferroviaria, tiempo doble del que necesita cualquier caballero para salvar la misma distancia. Pero en la lentitud de esa marcha cuántas veces nos consolamos al encontrar a cada momento el trazado del ferrocarril, cuyos trabajos se adelantan ya de Cali hacia el Sur, en busca del comercio con el Departamento de Nariño y el Norte del Ecuador, y en defensa del porvenir que brindan a nuestras futuras generaciones los valles amazónicos hasta donde alcance el esfuerzo vigoroso aunque lento de nuestra raza. Desde la casa posada nos entretuvimos por la tarde mirando dicho trazado en su descenso hasta el río de Piendamó, cuyo confuso rumor apenas escuchábamos a intervalos, y en su ascenso a la cima meridional desde la cual ha de saludar en ya cercano día la locomotora al valle de Pubenza. Este, que en las mañanas se ve siempre riente desde aquella cuchilla, estaba en esa tarde, por la primera vez después de muchos meses de verano, cubierto por el negro telón de una borrasca en cuyo fondo se dibujaba la tempestad. Viajeros cuya fatiga en el mo-

mento dependía en mucha parte del polvo sutil que habíamos absorbido, levantado por las pisadas de las cabalgaduras, nos regocijamos de todo corazón ante el espectáculo grandioso y la promesa de ver por la noche la lluvia redentora extendiéndose sobre los valles todos que parecían entonces sedientos en su flora y en su fauna tras los ardores de largo estío; y en medio del entusiasmo y alivio de la pesadilla que nos había atormentado, pensando que el polvo había de acompañarnos en los tres días siguientes como en el primero, entonamos desde el fondo de nuestras almas el himno del invierno. . . . Sí, salve mil veces, salve lluvia, pensábamos en coro, llévete el viento donde quiera que la vida esté al extinguirse falta de tus caricias y que mientras nos precedes en el viaje a aquellas regiones bajas y lejanas que se adivinan hacia el Norte la onda luminosa, o el trueno sordo, engendrados al pié del Puracé, digan a sus moradores la promesa de una vigorosa primavera tropical.

Al día siguiente la jornada fue muy corta. Una nube preñada de tempestad que pasó sobre nuestras cabezas y fué a estrellar su furia contra la cordillera Occidental, y siguió después la hoya del Cauca hasta Buenosaires, esfumándose a su llegada al valle, nos obligó a hospedarlos temprano en una modesta estancia,

tres millas adelante del pueblo de Morales. Cuando pasada la tormenta y al caer de la tarde, fuí a mirar el horizonte desde uno de los montículos inmediatos, no pude menos de empaparme en la suave melancolía con que se despide el sol en toda aquella comarca que termina hacia el Sur en la yá nombrada cuchilla de Piendamó y hacia el Norte en la montañuela de Chapa, que, a manera de contrafuerte, enlaza las dos grandes cordilleras donde principia el valle. Cubre el helecho allí completamente los terrenos que ondulan como las aguas del océano, surgiendo acá y allá, como otras tantas islas, estancias semejantes a la que ocupábamos, compuestas todas de una casa pajisa, una manga de trenza, o pasto de Micay, y algunos acres sembrados de plátano, yuca y caña de azúcar. Una vara larga y enhiesta armada de un alambre, con uno de los extremos sobresaliendo en la parte de arriba y clavado el otro en el suelo, hace de pararrayo y defiende cada casa contra la violencia de las tempestades, cuotidianas en aquella región durante seis meses en el año.

Después de una noche dedicada toda al sueño reparador, salvamos en las horas de la mañana del tercer día de marcha, las seis leguas de camino que nos faltaban para llegar al pueblo de Buenosaires, desde el cual la mirada se extasía

por vez primera, viniendo de Popayán, sobre la impecable llanura del Valle del Cauca, paraíso de incomparable belleza y tierra de asombrosa fertilidad, a la que dió el Libertador el nombre de «Italia colombiana», y en la que tienen puestas las miradas, como tesoro de inagotables posibilidades para el desarrollo económico, todos los capitales antioqueños y caucanos. Allí encontré un despacho telegráfico de Buenaventura, en el que se me decía que acelerara la marcha si quería alcanzar el vapor chileno: estábamos a 9 de octubre y el barco debía tocar en dicho puerto el 12 del mismo mes. Apenas contábamos con el tiempo necesario. Apesar del calor que empezaba a hacerse insoportable con el descenso a las tierras bajas, hasta donde no habían llegado las lluvias de los dos días anteriores, continuamos la marcha una hora después, alcanzados ya por el equipaje que habíamos dejado atrás desde que empezamos a descender a la cuenca profunda del río Agancho, cuenca aprovechada por la ingeniería para resolver el problema de trepar la línea férrea desde Gelima, donde debe atravesar el Cauca, hasta la altiplanicie de Morales. A las 6 de la tarde, rendidos de fatiga, pedimos y obtuvimos posada en una de las muchas chozas que se encuentran media legua adelante del paso de Cauca y ya en su

banda Occidental, y apoderándonos de un *caney* recientemente construído, lo transformamos en pocos momentos en confortable estación para esa primera noche canicular.

En las horas que siguieron, relámpagos repetidos y acompañados mucho tiempo después por el retumbar del trueno iluminaban rápidamente, hacia el sur, el ya lejano teatro de nuestras jornadas anteriores, pero aquella tempestad, como las dos precedentes, se desvaneció también al contacto de la cálida atmósfera de la llanura y fué la última de aquel trío - preludeo de un invierno que no se estableció en las regiones interandinas hasta muchas semanas adelante.

Serían las cuatro de la madrugada cuando levantamos el campo y emprendimos la marcha a la luz de una luna ya expirante, reforzada por todas las constelaciones del medio hemisferio que nos cubría, ostentando una diafanidad amenazadora en nuestras latitudes tropicales.

Llegábamos al río de las Cañas cuando a los primeros rayos del día descubrimos el campamento de los trabajadores del ferrocarril, en la amplia dehesa de la hacienda del mismo nombre, partida ya en dos por el sólido terraplén necesario en aquella zona anegadiza, el que, en línea recta, casi llegaba por el Sur, al

paso del río, y se perdía hacia el Norte entre el bosque limítrofe. Aquellos centenares de hombres moviéndose de acá para allá, arrastrando carretas, o echando al hombro picas y azadones, dispuestos ya para continuar el trabajo, me parecieron un ejército más eficaz para la felicidad de los payaneses, que el otro de valientes de las cuatro ciudades (1), unidos a sus auxiliares de Cundinamarca, que en el año undécimo de la centuria anterior pasara por allí mismo a redimirnos de la tiranía de Tacón, en la batalla del bajo Palacé, la primera de nuestra magna epopeya; pues si bien las espadas de nuestros progenitores fueron capaces de independizarnos del poder español, afianzando durante la lucha, por ley de herencia, para sus hijos, las relevantes cualidades de la raza del Cid, sólo la arteria de hierro será capaz de libertarnos de los defectos de la misma. Que más han hecho las locomotoras por la causa de la civilización que todas las páginas de los enciclopedistas.

Aseguran los directores de la compañía constructora del ferrocarril, que el 20 de julio de 1915 habrá de inaugurarse la estación de Aganche, en el paso del Cauca, concluída ya la sección plana de

(1) Cali, Buga, Caloto y Cartago.

la obra que hasta ese punto se extiende desde el pueblecito de Yumbo, en un trayecto de más de sesenta kilómetros, de los cuales están enriellados ya los diez primeros. Si así fuere, a nuestro viaje de regreso podremos prescindir de las cabalgaduras, porque los rieles que van de Norte a Sur se encontrarán en Aganche, con las indomables energías del actual Gobernador del Cauca, don Miguel Arroyo Díez, convertidas en una carretera provisional que permita a los automóviles adelantarse, hasta donde ello sea posible, a prestar los servicios reservados en definitiva a las paralelas de acero.

Siguiendo la marcha hacia el Norte, empezamos a encontrar a cada paso los estragos producidos por el largo verano: dehesas en polvo y sembradas de osamentas; cadáveres, aun frescos, desdeñados por los gallinazos hartos de festín; platanares amarillentos; signos de fuego reciente en los bosques y collados vecinos; grupos de árboles agostados y despojados de gran parte de su follaje; vacadas compuestas de individuos macilentos y febricitantes rumiando los recuerdos de mejores días, abiertos los ojos desmesurados y sacudiendo los testuces de armas prolongadas, como los padecimientos, a manera de protesta contar ese cielo siempre azul; y sobre todo aquello, una carestía de víveres, en los

pueblos, al alcance de toda ponderación. Las linfas del Rioclaro y del Meléndez se perdían casi entre las guijas multiformes de sus cauces convertidos en playas; el peligroso Jamundí tenía el caudal ordinario del Cañaveralejo y éste, como el Lili, estaba a punto de desaparecer.

Era la mitad del día cuando distinguimos a Cali, medio borradas sus cúpulas y torres en el fenómeno opalino que se produce en la atmósfera por exceso de luz. Allí supimos que el día anterior habían llegado las máquinas trabajadoras, por vez primera, hasta la ciudad, en la ribera izquierda del río de su nombre, y que un tren expreso, debido a la amabilidad de la Compañía, nos esperaba en tensión de vapor en la estación de Yumbo para llevarnos cuanto antes al puerto, pues el barco chileno en que debíamos seguir el viaje, tocaría en nuestra costa en las primeras horas de la mañana siguiente. No alcanzar ese buque, equivalía a la demora indefinida, por la ninguna probabilidad de que llegara alguno inglés, pues todos los que hacen el servicio entre los puertos occidentales de sud América, bajo el pabellón británico, estaban detenidos en Panamá, Guayaquil y otros lugares, temerosos de los crueros alemanes cuya presencia se había señalado en parajes inmediatos del océano. Después de una hora de parada, devora-

mos en las dos siguientes los trece kilómetros que aún nos separaban de la estación, término de la peregrinación ecuestre.

En Yumbo existen hoy prácticamente dos estaciones importantes, la del pueblo y la del puerto en la «Punta de Yumbo», constituida por una estribación de la cordillera Occidental que muere en la orilla del Cauca hasta cuya ribera izquierda se prolonga. La primera habrá desaparecido, o quedará muy en menos, cuando la segunda se haya dado al servicio del público; (1) ésta empieza ya a verse rodeada de edificaciones de toda especie que hacen prever el surgimiento de otro pueblo que en corto lapso de tiempo habrá de anular a su vecino — como ha sucedido con Caldas respecto del viejo Papagayeros — para fundirse tal vez más tarde con él y llegar quizá hasta rivalizar un día con el mismo Cali en importancia comercial; tal es el cúmulo de circunstancias allí reunidas para la rápida formación de una gran urbe. Allí, en efecto, pararán necesariamente los vapores que navegan el Cauca para trasbordar a los carros del ferrocarril, como ya han

(1) Tanto la estación de Punta de Yumbo como la de Cali han sido inauguradas y puestas al servicio desde el pasado Enero.

empezado a hacerlo, toda la exportación del Norte del Valle y hoya del Quindío; allí vendrán también por la misma vía fluvial, más barata que otra cualquiera, los productos todos de las demás regiones ribejanas, hacia el Sur, del mismo río grande y de sus afluentes navegables como el Palo y la Paila; y allí, en fin, habrán de empalmarse en un porvenir más o menos próximo las dos grandes secciones ferroviarias llamadas de Girardot y del Cauca que formarán el gran ferrocarril del Pacífico, océano hacia el cual habrá de voltear la faz la República toda, una vez que, terminada la presente guerra, el canal de Panamá revolucione el itinerario del comercio universal.

De Yumbo hacia la Cumbre, en la cumbre de la cordillera, el tren asciende lentamente, pesadamente, al esfuerzo poderoso de la máquina que corona al fin las cimas, hora y media después de abandonada la llanura. No hay pluma capaz de describir el panorama que durante ese tiempo se presenta a los ojos del viajero ávido del espectáculo. De los dos grandes circos que constituyen el gran valle interandino — de Quilichao hasta Buga el uno, y de Buga a Cartago el otro — el primero, el más ancho, se ve desde las ventanillas de los coches en su totalidad y en sus grandes detalles, tal como habrá de contemplarlo el aviador que

se meza en su atmósfera y aspire desde el azul la calina fragante de sus selvas. . . .

Allá abajo rueda su linfa aperezada el río, que haciendo eses y eses, ya llega y lame cada una de las estribaciones de su Ande preferido, o ya se interna en la planicie, laberinto de bosques y dehesas, o ya se pierde para reaparecer en la borrosa lejanía simulando una serie de lagos. Allá abajo también, el pueblo y la estación que acabamos de dejar, pero más que el pueblo, el trazado para el pueblo que no creció jamás, y más que la estación, el templo que seguirá reinando allí, en medio de las casitas blancas sucias de telas de araña, con sus huertos llenos de flores y de árboles frutales; y un kilómetro más allá, el puerto y el nuevo pueblo que se levanta con sus techos de zinc, el pueblo nuevo en donde no habrá templo, ni huertos, ni flores, ni más frutos que los que amantonen transitoriamente en sus amplias bodegas los trenes y vapores para ser llevados, al día siguiente, por otros vapores y trenes.

Del otro lado del río se ve yá el resultado de la paz. La manigua de las luchas homéricas entre hermanos ha desaparecido casi, y, sobre el mismo suelo, ricos cebaderos e innúmeras plantaciones brindan valiosos frutos que se traducen en independencia y bienestar para sus dueños y en risueño porvenir para la Patria.

De Popayán a Quito. 2

— Palmira, exclamé mostrando en la lejanía de la llanura la torre de la Trinidad, única señal que podía orientarnos para precisar, desde donde nos hallábamos, la bulliciosa y activa villa de nombre salomónico. . . . y

— El boquerón de Amaime, agregué en seguida, señalando la gran abra de la cordillera Central por la cual baja desde la sabana de las Herosas el río por cuyas vegas se ha pensado la apertura de un nuevo camino de herradura hacia el Departamento del Tolima.

— Y, dónde queda el Paraíso?, me preguntaron a la vez mis dos hijas mayores, en cuya mente mis exclamaciones despertaron sin duda el recuerdo del teatro donde se desarrolló el inmortal poema de María.

Recogiendo la vista cuanto pude divisé al fin, al noreste, «el punto blanco de la sierra» precisándolo a las curiosas que noté emocionadas. . . .

La oscuridad de un túnel pasó como un relámpago de sombra y cambió la perspectiva.

Los ardores del clima se templaban a medida que ascendíamos y pronto una niebla fría nos cubrió el horizonte. Un cuarto de hora después la sirena de la máquina nos advertía de la llegada a la Cumbre. Allí está hecho el croquis de la población que la naturaleza y las circuns-

tancias ordenan que se levante como obligado lugar de veraneo para los caleños, pero hasta ahora sólo la compañía del ferrocarril ha construído una hermosa mansión al lado de la cual se agrupan unas pocas barracas. Cortos momentos de parada y empezamos el descenso hacia el mar.

El paso de la cordillera marcó el cambio completo de la estación. Atrás dejábamos los rigores del prolongado estío; entrábamos ahora en la región de las lluvias perpetuas que caracterizan la costa colombiana sobre el grande Océano, en contraste con las del Perú de aridez sempiterna.

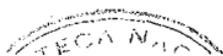
Un golpe de viento nos permitió divisar el vallecito y pueblo de Pavas; pero la niebla tornó a rodearnos, y en seguida vino la lluvia, que nos hizo compañía hasta la zona templada, donde volvió la luz para ver allá en lo hondo, después de atravesar una serie de túneles, el floreciente poblado de la estación de Caldas. Resueltos a pernoctar allí, sabedores ahora de que el vapor no llegaría al puerto hasta el día subsiguiente y temerosos de los peligros de una marcha nocturna por el boquerón del Dagua, donde constantes derrumbes interceptan la vía, dedicamos las últimas horas de la tarde a conocer los talleres de mecánica y herrería que tiene la empresa del ferrocarril en

esa estación, que es por hoy la más importante de todas, y en los que se utiliza la fuerza de una considerable caída de agua que proporciona también la energía eléctrica para el alumbrado del lugar.

Sea la ocasión de decir que en el ferrocarril del Cauca, desde que en hora buena se prescindió de los contratistas e ingenieros extranjeros, cuyo recuerdo se conserva en la parte de la vía comprendida entre Buenaventura y Cisneros, tan llena de deficiencias apesar de lo costosa que le salió a la nación, todo lo ha hecho el trabajo nacional. En ese camino se ha probado una vez más lo que ya se había demostrado en los ferrocarriles de la Sabana y Antioquía, y es a saber, que hay entre nuestros ingenieros, salidos de la Universidad Nacional, talentos e idoneidad iguales, cuando no superiores, a los que hasta ahora han puesto en práctica, en estos países de Sud-América, los pocos extranjeros que, en tratándose de esta clase de empresas, las han acometido de una manera seria y no como pretexto para defraudar a sus gobiernos. Rieles y material rodante es lo único que no lleva el sello nacional de todos los elementos necesarios para la vía; y aún es mucho lo que se ha adelantado en la factura de carros para toda clase de empleos y de piezas secundarias

de hierro o acero, que se construyen en los talleres de la empresa. Esa obra gigantesca y admirable, cuyo trazado y ejecución, lo mismo en los abruptos desfiladeros del boquerón del Dagua que en el desarrollo de las pendientes necesarias para salvar las crestas de la cordillera occidental y descender después a la hoya del Cauca soporta la comparación con las líneas más atrevidas de nuestro continente, es, pues, una obra netamente colombiana, resultado de esfuerzos colombianos y para el sólo provecho de Colombia. Llor a sus ejecutores.

Por entre dos paredes verticales de pizarra abrió el Dagua su salida hacia la costa en un trabajo lento de cíclopes que debió durar muchos siglos. Rompiendo con picos y explosivos esas rocas enhieblas se labró, durante una de las administraciones del General Tomás Cipriano de Mosquera, el camino de herradura que por más de diez lustros sirvió las necesidades comerciales del Cauca con el exterior, el que va paralelo a la corriente a muchos metros sobre ella. Hasta entonces el tráfico entre el gran Valle y el grande Océano habíase hecho, con mil dificultades, por la montaña llamada de las Hojas, siguiendo la misma ruta que tres siglos atrás habían marcado los pasos de la expedición del adelantado don Pascual de Andagoya en busca de los térmi-



nos de su gobernación. Lo mismo que la senda de las Hojas, necesitó el camino de Mosquera el complemento de la navegación del Dagua, pero ya no desde sus juntas con el Pepita, sino desde el poblado de Córdoba, muchas millas abajo y pasados los rápidos en que los bogas, al decir de alguno, hacían un milagro cada vez que con acertado golpe de palanca, o de remo, salvaban la canoa de un naufragio seguro. Esa navegación se concluyó sólo cuando el primer contratista para la construcción del ferrocarril, señor don Francisco J. Cisneros, puso al servicio del público el trayecto comprendido entre el mencionado puerto fluvial de Córdoba, donde funcionó por largo tiempo, como estación final; la primera que allí se construyó, y el marítimo de la Buenaventura.

Los ingenieros bajo cuya dirección se ha adelantado la vía de hierro, desde que en hora buena dejaron de ser contratistas para su construcción el francés Goussencourt y el yanqui Cherry, a quienes sólo quedó debiendo el país, en cambio del dinero que le sacaron, una dolorosa pero saludable experiencia, esos ingenieros, digo, tuvieron que optar también, después de largos estudios, por romper a su vez las rocas del Boquerón para vencer las primeras dificultades de la cordillera, a trueque de evitar una pro-

longación excesiva de la línea por entre el laberinto que forman las ramificaciones secundarias de aquel macizo montañoso. Y así, entre el lecho del río y el camino de herradura, se labró la primera mesa para los rieles y durmientes que durante más de dos años soportaron el paso de innumerables trenes, hasta que, en noviembre de 1912, una avenida, sin precedentes de semejanza en la historia de las furias del río, la destruyó, llevándose también, el alud fenomenal, los puentes que desde el Espinal hasta Juntas unían las secciones de la vía colocadas en opuestas riberas.

Cuando en el día siguiente de nuestro arribo a Caldas atravesábamos las varias millas reconstruídas, no sabíamos que admirar más, si la fuerza del agua en la memorable creciente, que dejó sólo rieles torcidos donde estuvo la mesa primitiva y masas informes de hierro, arras-tradas bien lejos de donde figuraron como puentes, perdiéndose entre la arena, o la nueva línea que, separada del trazo de la anterior, reposa a largos trechos sobre mesa artificial de cemento y de piedra y se desarrolla en un nivel no alcanzado por las aguas en aquella ocasión.

Cisneros.... San José.... y Córdoba pasaron ante nosotros a intervalos de tiempo casi iguales, y fueron las únicas variantes del paisaje en la espesura de

la selva que cubre el horizonte y el suelo desde que, dejadas las postreras sinuosidades del terreno, se penetra en la llanura húmeda y ardiente del litoral.

La casi totalidad de los habitantes de esos lugares es de individuos pertenecientes a la raza africana, de cuya piel no gustan los terribles mosquitos y en cuya sangre parece que no encuentran el medio adecuado para su acción los gérmenes del paludismo; pues nacidos en aquel clima deletéreo viven alegres y robustos y apenas si después de llegar muchos de ellos a edades inverosímiles sufren de reumatismo. Pero, en cambio, los hombres blancos langidecen allí sin adaptarse jamás a la inclemencia de la zona, tan diversa de la que formó las características de su raza; y, con pocas excepciones, sucumben todos, al fin, en los mejores años de la vida si en frecuentes salidas a la sierra no recuperan las perdidas energías.

Húmeda brisa impregnada de sal y de yodo nos anunció al fin la proximidad del océano. El tren salvó veloz el puente sobre el Piñal, estero de los innumerables que bordean el territorio colombiano y que pueden convertirse en su mejor sistema de defensa, aprovechados para lugares de abrigo y puntos de asecho de una escuadrilla de submarinos, de esas unidades de pequeño volumen y redu-

cido costo cuya eficacia contra los grandes acorazados se ha demostrado en la actual guerra europea; lanzó después tres gritos estridentes y prolongados para anunciar el término de la carrera y al tin - tin de su campana, echada a vuelo, penetró lentamente, suavemente, en la estación final. Una ola de gente lo rodeó y numerosos mozos de cordel se avalanzaron en solicitud de nuestros equipajes y maletas de mano para llevarlos al Hotel, pero ni nos hospedamos en éste, único en Buenaventura, ni necesitamos de los servicios de aquellos buenos muchachos, pues mi bondadoso amigo el Dr. Genaro Payán ponía su comfortable casa a nuestra disposición mientras que otros dos amigos, los señores don Jorge Mercado y don Manuel Paz, tomaban las medidas necesarias para evitarnos hasta la más pequeña incomodidad en el desembarco de cosas y de personas. Quede en este relato la constancia de mi profundo agradecimiento para tan amables caballeros quienes, con otros muchos, semejantes a ellos por su inteligencia, ilustración, probidad y energía para el trabajo, forman la flor de la sociedad del interesante puerto y recuerdan a quienes lo visitan, extranjeros o nacionales, la cultura de los mejores centros sociales del país.

II. SOBRE LAS OLAS.

FS BUENAVENTURA, considerado desde el punto de vista de las obras ejecutadas allí por la mano del hombre, uno de los puertos inferiores del continente; ni siquiera admite la comparación con Valparaíso, el Callao o Guayaquil; pero si hemos de mirarlo como lugar de refugio y de abrigo seguro para las embarcaciones de todo orden, se puede colocar, sin vacilación, en el primer lugar entre los del litoral del Pacífico sudamericano, por la amplitud y hermosura de su bahía y su proximidad al canal de Panamá. Nadie puede prever el grado de prosperidad que habrá alcanzado dentro de cincuenta años por estas razones

y por la ya apuntada del desvío del comercio colombiano hacia el Pacífico, abierto el canal y unidos los ferrocarriles del Cauca y de Girardot. Entonces Bogotá y los departamentos centrales de la República quedarán más cerca de este océano que del Atlántico, y será más rápido y económico el viaje al exterior por Buenaventura que por Cartagena o Barranquilla. Basta para ello que el gran progreso económico que ya se siente en Colombia toda, como consecuencia de su larga y bien cimentada paz, siga adelante; y seguirá porque sus potencialidades de producción son tan vigorosas como las del Brasil o la Argentina, superando a aquél en la calidad de los productos similares y a ésta en que sus seis millones de habitantes son seis millones de colombianos, entre los cuales se pierde el elemento flotante y aventurero que en las orillas del Plata puede tornarse de célula benéfica para el organismo nacional en elemento nocivo y disolvente.

Convencido el Gobierno nacional del brillante porvenir del puerto de Buenaventura se prepara a transformarlo, adecuándolo a las condiciones de la vida moderna y del tráfico que por allí habrá de hacerse. Al efecto, el seis de agosto de 1913 celebró un contrato con la acreditada firma de S. Pearson & Son Limited, de Londres, para hacer el estudio de to-

das las obras que se creen necesarias para tales fines, tanto en la bahía como en la población. Esas obras comprenden: el canal de acceso al puerto; la formación del puerto interior de anclaje; muelles y grúas; faros y boyas luminosas; edificios adecuados para la aduana, administración del puerto, estación del ferrocarril, almacenes, talleres, etc.; plano de la ciudad y su desarrollo y embellecimiento; acueducto; cloacas; alumbrado eléctrico y trabajos de saneamiento. El canal de acceso al puerto debe ancharse y profundizarse lo suficiente para que puedan pasar por él, sin peligro alguno, los vapores de mayor tonelaje conocidos (1).

Cumplido ya el contrato se hallan en poder del Ministerio de Obras Públicas,

(1) Respecto de acceso marítimo del puerto dicen los señores Pearson Ld. en su informe al Ministro de Obras Públicas, lo siguiente;

«Hemos encontrado que se necesita dragar muy poco para dar al canal de entrada a Buenaventura 200 metros de anchura por 9,60 metros de profundidad a la marea baja media. Habrá que remover un trecho entre la Punta de Soldado y Limones y una parte de lo que se conoce con el nombre de «Totnes Shoal». Afuera de la Punta de Soldado encontramos un canal de 10 metros de profundidad hasta la milla 14 en rumbo S. 67° desde un punto a medio camino entre las puntas de Bazán y de Soldado, el que creemos conservará esta profundidad una vez que los vapores lo sigan y que esté debidamente demarcado por boyas.

en Bogotá, veintinueve planos de los diversos estudios verificados de las obras en proyecto y dos planos, en relieve, de la ciudad y del puerto, de los cuales el uno representa la población tal como es ahora y el otro tal como habrá de quedar una vez ejecutadas las obras en prospecto. El costo total de las obras proyectadas se estima en un millón y medio de libras esterlinas de las cuales buena parte está ya depositada en Londres como productos de rentas destinadas para su ejecución.

A pesar de las malas condiciones higiénicas en que se encuentra Buenaventura, en donde no se usa más agua potable que la de las lluvias, que son allí perennes, y en donde los pantanos están dentro del área misma de la población, la fiebre amarilla no es endémica en el lugar y apenas si han ocurrido casos en circunstancias especiales de afluencia de gentes y en individuos venidos de fuera. Los últimos de que se hace memoria se presentaron entre las tropas acumuladas en la ciudad durante las operaciones de la guerra civil de 1899. En cuanto a la peste bubónica no se conoce aún en el litoral colombiano del Pacífico, no obstante haber sentido sus reales, hace algunos años, en el Perú y el Ecuador. Ello justifica las medidas tomadas por la Administración Pública negándose a admitir

las procedencias de los lugares infestados, sin una rigurosa cuarentena.

En la mañana del día siguiente a nuestra llegada a Buenaventura teníamos ya todo listo para salir al encuentro del *Palena*, nombre del vapor en que haríamos la travesía hasta Guayaquil, en viaje directo, pues ese barco, como todos los de la Compañía Sudamericana de Vapores, que enarbolan el pabellón de Chile, no hace jamás escala en los puertos intermedios. La suspensión del tráfico por las naves inglesas, con motivo de la guerra, era la razón de su venida a nuestras aguas, trayendo a bordo a varios colombianos que, procedentes de Europa, habíanse encontrado detenidos en Panamá sin poder llegar a su destino como consecuencia de esa situación.

Serían las diez cuando el *Nariño*, buque costanero dedicado a navegar entre Buenaventura y el puerto de Negría, en el río de San Juan, levaba sus anclas y se dirigía al encuentro del chileno que apenas llegaría a la boca de la bahía y cuya presencia no tardaron en señalar los prácticos a la aparición de un puntito negro en la lejanía del horizonte enmarcado por el beso del mar y del cielo. Media hora más tarde, entre emocionantes despedidas y saludos de bienvenida para los recién llegados del viejo mundo, dejábamos el suelo de la patria, re

presentado por el *Nariño* con el alegre tricolor de su popa. Al tomar posesión, en el *Palena*, de los camarotes que nos señalaron fué desagradablemente sorprendido por los reclamos que hacían varios de los pasajeros, que dejaban el barco chileno, de efectos y maletas desaparecidas en esos momentos de confusión; pero, notificado de la situación, establecí un turno de vigilancia en nuestros aposentos el que frustró, seguramente, tentativas que alcanzamos a comprender de parte del camarotero, en connivencia con otro individuo mal encarado, en las horas de pasar al comedor.

Es el *Palena* un barco de 3,400 toneladas y de un andar medio de doce millas a la hora. Aunque enarbola la bandera de Chile, en donde está su matrícula y de donde son la mayor parte de los accionistas de la compañía de navegación a que pertenece, está comandado por un inglés. Sus salones y camarotes tienen todo el confort de estilo en los buques que se dedican hoy día al servicio de pasajeros, superando en mucho a sus congéneres de la *Pacific Steam Navigation Company*, que han venido a las costas colombianas, y dejando mucho que desear si lo comparamos con la mayor parte de las unidades de las líneas que hacen la travesía del Atlántico. Su oficialidad, reclutada segu-

ramente en la clase media de la nación a que pertenece, no tiene el atractivo que distingue a los oficiales y empleados de los vapores de la Compañía peruana, que son gentes de educación esmerada y salidos muchos de ellos de la aristocracia de Lima; sus marineros más que lobos marinos lo son de las montañas de que procede su raza; aquella raza eúscara, de quien se dijo que ha tenido la gloria de producir un San Ignacio de Loyola y una república de Chile. El *Palena* llevaba a bordo y con destinos diferentes, desde Guayaquil hasta Valparaíso, medio centenar de pasajeros de primera clase. Entre los pocos con quienes entré en relaciones había unos tantos alemanes que regresaban de Panamá decepcionados por la falta de medios de llegar a la madre Patria, tan necesitada en aquellos momentos de los brazos de todos sus hijos, para llevar al universo entero su acción civilizadora, método Von der Goldz, en las que fueron poblaciones de Bélgica. Un sentimiento indefinible de ternura, o tristeza, se apoderó de mi alma cuando sondeé las de aquellos muchachotes, carne de kaiser, que en las lejanas tierras consagradas a la libertad, donde tienen afectos y son felices, creen aún que es amor a Germania acudir a la bélica llamada de Guillermo de Prusia. Decididamente, me dije, han perdi-

do su tiempo todos los que pensaron, y escribieron lo que pensaron, entre el Vístula y el Rhin. Y el espíritu de Goethe parecióme más grande todavía al saberlo producido por la tierra de los káiseres. Iban también allí, consignados a otras tantas plazas comerciales del Pacífico, algunos agentes mercaderes de Yanqui-landia, resueltos a aprovechar la ocasión para suplantar con los artículos de sus casas comitentes los similares de las naciones beligerantes en los respectivos centros de consumo. Éranse unas buenas personas, adoradores todos del dios dólar, pero más, mucho más, del Coronel Roosevelt, por quien, me lo aseguraron ellos, están resueltos a hacerse matar llegado el caso, *sesenta* de los noventa millones de habitantes de los Estados Unidos....! ¿Será que la inmigración germana ha empezado a modificar el espíritu nacional en la patria de Wáshington y de Lincoln?

Rumbo derecho hacia el oeste volvió el *Palena* hasta tomar de nuevo su acostumbrada ruta de Panamá a las costas del Ecuador: el sol poniente alcanzó a mostrarnos todavía en las últimas horas de esa tarde la tierra colombiana en un confuso croquis azul que nos borró el crepúsculo.

Éra ya el nuevo día cuando volvimos a divisar el continente: estábamos a la altura de Esmeraldas, pero en vano clavé

mi anteojo de larga vista sobre aquel primer jirón de la tierra de las revoluciones ecuatorianas, como tratando de escrutar en el aspecto del paisaje la causa de esa cuasi endemia que agota poco a poco las fuerzas de su población inteligente y vigorosa, dedicada hasta hace pocos años al trabajo fecundo y entregada hoy a las faenas del odio en una lucha inacabable. Nada me dijo en su conjunto apreciable, a tan larga distancia, aquella costa yerma donde un hombre que muere falta para la industria como no falta un pueblo entero en la matanza de la salvaje Europa, a juzgar por los siguientes datos que sobre la provincia esmeraldeña recojo de la «Guía comercial, agrícola e industrial de la República del Ecuador»: Superficie de la provincia de Esmeraldas 14.155 kilómetros cuadrados. Población 25,000 habitantes.

Seméjase la provincia de Esmeraldas a la nuestra de Tumaco, de la cual la dividen tan sólo las aguas del Mira, río que sirve también de línea fronteriza entre las dos Repúblicas, a partir de su confluencia con el San Juan en el interior. No menos se parecen los habitantes de ambas comarcas cuya igualdad de origen y ocupaciones ha determinado la de intereses y manera de pensar en política, resultando de tantas afinidades la

constante participación del elemento tumaqueño en las contiendas civiles del Ecuador, a despecho de las autoridades colombianas que no pueden impedir los enganches y sobre todo las invasiones a la nación hermana, debido a la extensión de la frontera y a la falta de población que vigile los movimientos de las expediciones violatorias del Derecho de gentes.

Las fuentes de riqueza de la provincia de Esmeraldas consisten principalmente en la extracción de la tagua y del caucho, en que abundan sus extensos bosques, y en el laboreo de minas de oro corrido por los rudimentarios procedimientos conocidos desde la colonia. Hay también algunas instalaciones de aserrío, situadas en la desembocadura del río de Santiago, que benefician maderas de primera calidad las que se exportan a mercados extranjeros. Pero es sobre todo la exportación de la tagua (*phytelephas macrocarpa*), fruto que se produce abundantemente en la costa colombiana del Pacífico y en esta parte del Ecuador, lo que constituye la casi totalidad del comercio esmeraldeño con los países de ultramar y especialmente con los Estados Unidos. En el año de 1910 se exportaron al rededor de seis millones de kilogramos de la preciosa nuez.

Cultívase también el pasto de Janeiro (pará del Cauca), y en pequeña escala el

cacao y el tabaco que es el de mejor calidad en la República y se elabora casi todo en las fabricas de cigarrillos y cigarros de Guayaquil. El banano en sus diversas especies, el café, la caña de azúcar y demás productos naturales de los trópicos, se producen en las cantidades necesarias para el consumo local.

Los ríos Cayapas y Santiago contienen los mejores lavaderos de oro y en sus lechos se encuentran algunos granos de platino, metal que la naturaleza derramó a manos llenas en el suelo de Colombia sobre la gran cuenca del Atrato y en todas las vertientes que van de la cordillera occidental al Grande Océano.

Dice la leyenda que el hermoso río de las Esmeraldas, formado por la unión del Guallabamba y el Blanco, al cual deben su nombre la provincia y su capital, asentada a la margen izquierda de la desembocadura, derívale a su vez de ricas minas de la piedra verde que en sus inmediaciones explotaron los aborígenes, pero que no han podido ser halladas hasta hoy.

Era ya medio día cuando la tierra volvió a perderse en el horizonte dejando atrás la punta de Tortuga. No tornamos a verla hasta la mañana siguiente que, al levantarnos, nos encontramos frente al cabo de San Lorenzo, ya en la provincia de Manabí, y a la altura más

o menos de Montecristi y Portoviejo, sus poblaciones más importantes con Jipijapa y los dos puertos de Manta y Bahía de Caráquez, abiertos ambos al tráfico universal.

La costa manabita, árida y sin vegetación, difiere totalmente de la de Esmeraldas.

La Bahía de Caráquez, puerto tan abrigado como el de Buenaventura, del cual habrá de partir un nuevo ferrocarril que se proyecta hacia el interior, recuerda por su nombre el de los audaces navegantes que muchos siglos antes del descubrimiento de América por los europeos, vinieron de otro lugar del continente a poblar toda aquella comarca que forma hoy las provincias de Esmeraldas y Manabí y, penetrando más tarde hasta las altiplanicies andinas, sometieron a los quitúes, fundadores de Quito, y dilataron su imperio en la mayor parte del territorio que comprende la República ecuatoriana. Los Caras, que así se llamaban, cayeron bajo la dominación incásica pocos lustros antes de la llegada de los conquistadores españoles. Una tradición admitida por la mayor parte de los historiadores contemporáneos, aunque desprovista totalmente de las pruebas que exige una crítica formal y concienzuda, relata de la siguiente manera la odisea de ese pueblo.

En época muy remota se establecieron algunas tribus de procedencia desconocida en la punta de Sumpa, hoy Santa Elena. Su jefe era un cacique llamado Tumbes el cual envió una expedición en busca de tierras mejores, y habiéndolas encontrado fundó en ellas una población a la que dio el nombre de Quito, o Quitumbes, que era el de su hijo primogénito.

Siglos más tarde aparecieron los Caras que, desembarcados en las costas de Manabí, y siguiendo el curso del río de las Esmeraldas llegaron a la altiplanicie de Quito, habitada entonces por los Quitúes que, aunque bastante organizados, no pudieron resistir a los Caras, quienes se apoderaron del reino y conquistaron sucesivamente las tierras de Cayambe, Otavalo, Latacunga y Ambato. El reino de los Schyris, que éste era el nombre de sus soberanos dilatóse extraordinariamente mediante el matrimonio de Toa, hija del décimo Schyri, con Duchicela, soberano del reino de Puruhá, llegando por el Norte hasta Tulcán y por el Sur hasta la actual provincia del Azuay.

La extraordinaria prosperidad de la nación Cara debió estimular los celos de los Incas del Perú, pues 38 años antes de la llegada a Tumbes de la expedición de Francisco Pizarro supieron los

Schyris del avance del inca Tupac-Yupanqui, abuelo de Atahualpa, con un poderoso ejército, en son de conquista. Aprestados para la lucha chocaron con los peruanos cerca del río Achupallas y, en seguida, en las inmediaciones de Liribamba, antigua capital de los Puruhaes, en donde el Schyri perdió la vida en el combate y la victoria más completa coronó los esfuerzos del Inca. En vano Hualcopo, general de los Caras, trató de organizar de nuevo la resistencia. Venido también, la ciudad de Quito cayó en poder de Tupac-Yupanqui que regresó entonces al Cuzco donde murió dejando el imperio a su hijo Huayna-Capac que continuó las conquistas de su padre.

Al efecto, habiéndose retirado los Caras hacia el Norte, fijando el nuevo Schyri su resistencia en Atuntaqui, fueron atacados y totalmente destruidos allí por las huestes de Huayna-Capac.

Continuó éste su marcha adelante venciendo y sometiendo a su corona las tribus todas que encontraba a su paso. De éstas la que le presentó mayor resistencia fue la de los Caranquis, por lo que hizo pasar a cuchillo a todos sus varones y arrojarlos al lago que lleva hoy el nombre de *Yaguarcocha* (Lago de Sangre) porque sus aguas se tiñeron de rojo al mezclarse con la sangre de los héroes sacrificados.

La extensión de la provincia de Manabí es de 20.442 kilómetros cuadrados, y su población excede de 120.000 habitantes, entre los cuales hay numerosos extranjeros de muchas nacionalidades, siendo la colonia colombiana la más respetable tanto por su número como por su honorabilidad y valor de los capitales interesados en distintas industrias. Muchos de nuestros compatriotas allí residentes están enlazados con familias manabitas muy semejantes en costumbres a las del Cauca.

Con exclusión del laboreo de minas las industrias de Manabí son las mismas que las de Esmeraldas, cultivándose el cacao en escala mucho mayor.

Como centro intelectual es Manabí uno de los principales de la República. En sus ciudades principales funcionan varias imprentas y se sostienen algunos periódicos.

Declinaba ya el sol cuando pasada la punta de Santa Elena, a la cual arrió bastante el vapor para desembarcar a una señora que debía reunirse allí con su esposo, empleado en la estación del cable, torcimos rumbo hacia el sureste penetrando en el gran golfo de Guayaquil; y empezaba la noche cuando dejando atrás la isla de Santa Clara, llamada también Isla del Muerto por su semejanza a un cadáver amortajado, distin-

guimos los contornos de la muy extensa de Puná. El *Palena* disminuyó entonces su andar y guiado por la luz de los faros de Punta Española y Punta Mandinga alcanzó al fin el puerto del mismo nombre, no sin haber estado en gran peligro de encallar en los bajos del Canal de Jambelí, célebre por la reñida batalla naval que en 1865 pelearon allí las fuerzas de García Moreno contra las revolucionarias de Urvina y Robles, y las crueles represalias con que aquél deslustrara sus laureles de vencedor.

De Puná llegó bien pronto el práctico que, al subir la marea, debía dirigir el barco por la ría de Guayaquil a donde llegamos al amanecer del día siguiente, 16 de octubre.



III. GUAYAQUIL.

CUMPLIDAS las formalidades de sanidad y de aduana nos instalábamos dos horas más tarde en el «Wellington Hotel» situado en el cruzamiento de la calle 9ª y de la avenida Pichincha. Cuenta este establecimiento con muy cómodos apartamentos defendidos con tela de alambre de la invasión de los zancudos propagadores de la fiebre amarilla, alumbrados con gas y luz eléctrica y con buen servicio de agua potable. Es el mejor de su clase en la ciudad, que tiene también otros tres de primera, a saber: el «Gran Hotel París», en la calle 10ª, con vista para la ría y provisto de las mismas comodidades del Wellington,

pero inferior en sus apartamentos; el «Hotel Guayaquil» y el «Gran Hotel Victoria». La mesa es de primera en todos ellos, lo mismo que en los de segundo orden, pues el mercado de Guayaquil cuenta con todos los productos de la tierra y del mar; pero en los demás ramos del servicio dejan mucho que desear.

Terminado el almuerzo nos echamos a la calle.

Guayaquil, la perla del Pacífico, capital comercial del Ecuador y política de la provincia del Guayas, fue fundada definitivamente en 1537, al pie del cerro de Santa Ana y a bastante distancia del lugar en que don Sebastián de Belalcázar, el fundador de Popayán, la plantara pocos meses enantes. Desde su origen ha debido luchar con sinnúmero de contrariedades para asegurar su existencia. Primero los indígenas, habitantes de la comarca al advenimiento de los españoles, se opusieron con tenacidad excepcional a su fundación y no cesaron en la lucha para conseguir su propósito hasta el año de 1587; durante la colonia los piratas la atacaron y saquearon varias veces; y después, las epidemias han amenazado a cada paso su existencia. Pero el más terrible y constante de los enemigos de Guayaquil ha sido el fuego, que prende sin trabajo en

sus edificios de madera y si una ráfaga de viento llega a soplar, entonces extiéndese con furia y velocidad ante las cuales vuélvese vano el titánico esfuerzo con que los moradores han sabido combatirlo siempre «El fuego es la flor de Tokio» dicen los habitantes de la gran metrópoli amarilla y otro tanto podrían decir los guayaquileños víctimas del terrible elemento; pero al contemplar el hermoso resurgir del gran puerto ecuatoriano de entre las cenizas aún calientes de los incendios, bien pudiéramos parodiar la frase, o refrán, de los japoneses y decir: «Guayaquil es la flor del fuego», pues parece, en verdad, que al calcinar las llamas el suelo en que reposa esta urbe risueña le dieran, como el agua a los campos, vigor primaveral. De esos incendios ninguno ha alcanzado las proporciones del que tuvo lugar en los días 5 y 6 de octubre de 1896 y que redujo a pavezas 87 manzanas compuestos de 1200 casas. Pero si los damnificados tardaron algún tiempo en recobrar las fuerzas perdidas en la hecatombe, la población se levantó después, en pocos años, mejor que nunca borradas las arrugas de su pasada vida, rectificadas las calles y avenidas que lo necesitaban y, si construída con los mismos maderos y expuesta por lo tanto al peligro de siempre, dotada ya con una cantidad de agua

debidamente distribuída, con 145 libras de presión por pulgada cuadrada, que talvez autorice a sus bomberos a decir, como dicen, que los grandes incendios pertenecen en adelante a la Historia. Calma heroica y seguridad admirable, hijas dél admirable valor ostentado por ellos siempre que llegó el caso de hacerlo, aún antes de que cada esquina tuviera el grifo tranquilizador, pero calma y seguridad que no podían arraigarse en el alma popular hasta que se cambie el sistema de construcción por el de las ciudades del interior de la República seguido también allí en el templo de Santo Domingo y en algún otro edificio, únicos que pueden narrar toda la vida de Guayaquil.

He dicho que después de este último incendio se rectificó el plano de la ciudad. Como consecuencia de tal reparo sus anchas avenidas, paralelas al río y a la primera de ellas que lo bordea, llamada el Malecón, y sus calles que se cortan con las primeras en ángulos rectos, dejan apreciar todo el buen gusto de los edificios que se enfilan a sus lados, todos sobre amplio portal, que libra a los transeuntes pietones de los rayos del sol, abrasador en esa latitud y al nivel del océano, y semejando, maravillosamente, construcciones de piedra, mármol, u otros materiales que, desgraciadamente, no han estado allí sino en la fecunda

imaginación de los arquitectos y carpinteros, lo que nos obligaría a decirle a Guayaquil lo que la zorra al busto si en el interior de esas mansiones de espléndida apariencia no hubiera también espléndidas realidades en materia de muebles y decorados de exquisito gusto y de alto valor, en objetos de arte, en magníficas joyas y en cuanto exige la vida de una sociedad refinada a la que complacer pueden buenas fortunas y fáciles vías de comunicación.

Son las mejores de esas avenidas: el Malocón y la de Pichincha, ya mencionadas, y la de Pedro Carbo, o tercera; y entre las calles la de Luque y la de Aguirre. La hermosa avenida de Olmedo, que es uno de los paseos favoritos de los guayaquileños, corre en el sentido de las calles y divide la ciudad de oriente a occidente. Alejándose de estas vías, que forman el centro comercial, social y político de la población, las calles van desmejorando hasta que los barrios apartados presentan ya un aspecto poco en consonancia con dicho centro, dejando ver en los muros de las casas, sin lucimiento, la inconsistencia de los materiales empleados en su construcción, lo que probablemente es la causa de la impresión de desaseo que producen tales lugares.

Tiene Guayaquil 10 plazas distribuidas en un área de unos ocho kilómetros

cuadrados en que estimo yo la superficie edificada, si bien algunos la hacen subir a diez, no obstante de que en su mayor longitud mide apenas 4 kilómetros y dos en la parte más ancha. Esas plazas llevan los nombres de Bolívar, Colón, Pedro Carbo, Veinticuatro de Mayo, Rocafuerte, Diez de Agosto, Abdón Calderón, Montalvo, Chile y Ecuador. La de Bolívar llénala hermoso parque construido con fondos dejados para el efecto por el señor Miguel Seminario, de donde la razón para que se le llame «parque Seminario»; en el centro se levanta majestuosa y artística, sobre un pedestal de mármol, la estatua del Libertador, a caballo y en actitud de saludar con el sombrero. Lucen también en dicho parque una hermosa cascada artificial y un grupo en bronce que representa la lucha de dos jabalíes.

Hay dos parques o jardines más, en la plaza de Pedro Carbo el uno y el otro en el paseo Juan Montalvo.

En uno de los costados de la plaza de Bolívar están la catedral y el palacio episcopal.

Fuera de la estatua del Libertador existen la de Olmedo, el digno cantor de Bolívar, como lo fue Homero de Aquiles y de Eneas, en la avenida de su nombre; y la del Santander ecuatoriano, Vicente Rocafuerte, segundo pre-

M/ini
C

sidente de la República, que se distinguió por su gobierno netamente civil y legalista y por su decidida protección a la instrucción pública. Esta estatua, de bronce como la de Olmedo, está situada en la plaza que también lleva el nombre del mismo presidente. El distinguido patricio Pedro Carbo tiene una estatua de piedra erigida a su memoria.

Se dice que Guayaquil cuenta con ochenta mil habitantes, sin que hasta ahora haya venido un censo a confirmar o infirmar esta opinión, que también es la mía, fundándome para sostenerla en el número de sus casas, que pasan de 4.500, en la cifra de los educandos que hay en sus escuelas y colegios que flueúa entre siete y ocho mil, y en el considerable tráfico que se observa en sus calles, avenidas y plazas. Este tráfico de personas y mercaderías, dentro de la ciudad, se facilita por considerable número de coches y automóviles de alquiler, fuera de los de uso particular, carros de toda clase y servicio de tranvías que corren en todo sentido, a lo largo, al través y al rededor de la población, en una extensión de más de 75 kilómetros. El pasaje cuesta cinco centavos de sucre tanto en los carros eléctricos como en los de sangre y se calcula que la empresa tiene una entrada de 500 sueres diarios.

Tienen los vehículos usados en Guayaquil la propiedad de hacer un ruido infernal, debido a que sus ruedas no tienen llantas de goma y los adoquines de piedra, de que se compone el piso de las calles, están casi todos más o menos fuera de lugar. El movimiento es pues mayor oído que visto.

Nota impresionante para el recién llegado. La mayoría de las gentes lleva vestido negro, especialmente las mujeres, cosa de extrañar en aquel clima donde el calor sube todos los días de 30 grados del centígrado.

Además del servicio de agua para incendios posee Guayaquil uno admirable para el consumo de la población. Hasta el año de 1901 los guayaquileños, aunque rodeados de agua por todas partes, no bebían otra que la de las lluvias, lo mismo que pasa actualmente en Buenaventura. En ese año se llevó a cabo la construcción del famoso acueducto de hierro que provee hoy a la ciudad del indispensable elemento, traído desde la vertiente de Aguaclara, al otro lado del río, por una cañería subfluvial de 1700 metros, desde Durán hasta las Peñas, después de haber recorrido, antes de llegar a Durán, una distancia de más de 85 kilómetros a partir de la citada vertiente.

El servicio de alumbrado lo hacen dos empresas mediante contratos celebrados

con la Municipalidad. Una de gas, cuya existencia es anterior a la adaptación de la luz eléctrica para tales efectos y otra que se sirve de esta clase de energía. Con gas están alumbrados el Malecón y las avenidas, paralelas a éste, hasta la 10ª o de Santa Elena, y calles adyacentes; las demás avenidas hasta el fin de la ciudad, hacia el occidente, y calles inmediatas, están alumbradas con bombillos de luz eléctrica incandescente. También hay focos poderosos de esta luz en las plazas y paseos principales.

En los edificios y casas particulares existen las dos clases de alumbrado pero prevalece el eléctrico.

Guayaquil, a la vez que el núcleo comercial del Ecuador, es el centro de donde irradia hasta los últimos rincones de la República la luz del pensamiento. Allí se edita actualmente una media docena de diarios admirablemente servidos, tanto en su parte editorial como en la de información, entre los que mencionaré por su importancia y antigüedad *El Grito del Pueblo Ecuatoriano*, continuación de *El Grito del Pueblo* fundado por el colombiano Federico V. Reinel; *El Tiempo*; *El Telégrafo*; *El Ecuatoriano* y *El Guante*. Se publican muchas revistas mensuales, quincenales y semanales dedicadas a las ciencias, a la lite-

ratura y al comercio, o a servir intereses del Estado. Algunos de los diarios mencionados poseen edificios propios, contruídos para el objeto y dotados de maquinaria moderna y de cuanto exigen las artes tipográfica y litográfica para satisfacer las necesidades del día.

El periodismo nació en el Ecuador, como entre nosotros, en las postrimerías del siglo XVIII y a raíz del movimiento emancipador que produjo después los revolucionarios del 10 de agosto de 1809, en Quito, y del 20 de Julio del año siguiente, en Bogotá, como fruto obligado de las simientes lanzadas sobre la masa por los primeros escritores del Virreinato. Más o menos callado en los siguientes lustros y mientras realizábanse con la espada los sueños esbozados con la pluma, volvió a tomar incremento con el florecer de la vida civil en las naciones herederas del nombre y de las glorias de Colombia, lo mismo que en las demás ya emancipadas del continente. Pero el diarismo, forma del verdadero periodismo moderno, no se inició en Guayaquil hasta el año de 1863, en que los hermanos Juan Antonio y Bartolomé Calvo ambos colombianos, o granadinos como se decía entonces, fundaron *Los Andes*, publicación que tuvo muy larga vida y en cuyas columnas exteriorizaron su pensamiento los más distinguidos es-

eritores nacionales y extranjeros que vivían entonces en el Ecuador.

Don Bartolomé Calvo, presidente de la Confederación Granadina, derrocado por la revolución encabezada en el Cauca, en 1860, por el general Tomás Cipriano de Morquera, había llegado a Guayaquil, por los años de 1862, en extremo estado de pobreza. Habiendo demandado y obtenido una colocación como cajista en una imprenta, para ganar por este medio la vida, sin dejar conocer su verdadero nombre y procedencia, fue adivinado por el dueño de la empresa editorial que le dió entonces el lugar que merecía, en el que trabajó hasta que el año siguiente y en asocio de su hermano fundó, como hemos dicho, el primer diario que vió la luz en el suelo ecuatoriano. Pero el diarismo no vino a culminar en su verdadera forma, adaptado a las necesidades de la vida moderna, hasta la aparición de *El Grito del Pueblo*, en 1895. La influencia que este diario, redactado también por colombianos, llegó a ejercer sobre la vida política del Ecuador, determinó la fundación de los ya nombrados, los cuales pronto lo sobrepasaron con su labor, netamente nacional, hasta que en el concierto de sus voces se transformó la de aquél, también en una voz ecuatoriana, como lo dice su nuevo nombre, y

se apagaron las que, en la capital, asalariaba el gobierno del general Eloy Alfaro.

La juventud estudiosa de la provincia del Guayas y demás del Litoral tiene amplio campo para el logro de sus aspiraciones científicas en los varios planteles de instrucción secundaria y Universidad Nacional que funcionan en Guayaquil. La Universidad se compone de las facultades, de Jurisprudencia y Medicina; es de lamentarse que no exista en ella la facultad de Ingeniería, de la cual podrían salir profesionales más útiles para el desarrollo de las industrias implantadas ya en el suelo de la ciudad y de las tierras aledañas, y un personal suficientemente apto para resolver el problema ferroviario nacional tal como se está resolviendo hoy día en Colombia, o sea con la absoluta prescindencia del elemento extranjero. Para la educación de la mujer existe el Colegio Nacional de «Rita Lecumbery». Hay también una escuela de Artes y Oficios, debida a la iniciativa de una sociedad filantrópica, y un Colegio Mercantil de propiedad particular.

En materia de museos hay dos en formación: uno, fundado y sostenido por la Municipalidad en 1907, tiene varios departamentos dedicados, respectivamente, a la Arqueología, la Historia, las Bellas Artes, la Etnología, la Historia

Natural y la Numismática; el otro perteneciente al colegio de segunda enseñanza «Vicente Racafuerte», es exclusivamente de Historia Natural.

La Biblioteca Municipal, única de importancia en la ciudad, cuenta hoy con cerca de treinta mil volúmenes. Fue fundada en 1862,

Personas que han pasado largo tiempo en Guayaquil no se cansan de ponderar las condiciones de la vida social en este tan importante centro de cultura sudamericana. No obstante los rigores del clima, tan poco propicio a las reuniones de salón, son éstas constantes entre las gentes acomodadas, en cuyas habitaciones, se dijo ya, que existe todo el lujo de estilo de la civilización europeo-americana, y en cuyas fiestas chispea toda la gracia andaluza que caracteriza el trato llano y franco de los habitantes de las tierras bajas en la zona tropical. El pueblo se divierte, a su vez, no sólo en las excepcionales ocasiones en que ello es de ordenanza por razones de sentimiento patrio, o religioso, sino también todos los días feriados, como compensación al asiduo trabajo de la semana en el cual se ha ganado con holgura lo necesario para esas horas de esparcimiento.

Como centros de reunión masculina existen varios clubs entre los que sobre-

salen el de «La Unión», con sus amplios solones para baile y comedores lujosamente amoblados, donde los socios festejan a menudo a lo más selecto de la sociedad porteña; y el «Jockey Club» donde nace y se fomenta todo lo que se refiere al «sport» y especialmente cuanto se relaciona con las carreras de caballos de raza.

Como lugares de espectáculos existen el teatro Olmedo, de antigua data, que ha merecido la visita de la mayor parte de los grandes artistas que han visitado Sur América y es una sala de gran cabida y buena ornamentación, pero sin mérito arquitectónico desde que, como todas las construcciones de la ciudad, es todo de madera, el «Edén» y salas de variedades, ocupadas ordinariamente por biógrafos, que no merecen llamar la atención. Hay, naturalmente, un circo de toros visitado por todos los profesionales que pululan por estos trigos de Dios.

La caridad ha formado también sus legiones en la ciudad comerciante, y múltiples filántropos acomodados, que han hecho sus fortunas en su seno, han dotado a aquellas de todos los medios e instrumentos necesarios para desempeñar sus nobles tareas. Los principales institutos de beneficencia son: el Hospital General, inaugurado en 1904, en reem-

plazo del antiguo Hospital Civil destruido por el incendio de 1895; el asilo «Alejandro Mann», llamado así en honor del principal de sus benefactores y que atiende especialmente a la maternidad indigente; el Hospicio del Corazón de Jesús; el Manicomio; el Asilo «Manuel Galecio», debido a la munificencia del caballero de este nombre y dedicado a recoger niñas huérfanas; el Asilo «Calderón Ailuardo», hecho con el valor de un legado de la señora Mercedes Calderón Ailuardo y destinado a amparar niñas pobres adultas; el Asilo Coronel, para tuberculosos; el Asilo «Calixto Romero», para idem; y el Asilo «Santistevan», para huérfanos varones, construído con fondos destinados para el efecto, por el filántropo José Domingo de Santistevan.

Hermoso ejemplo el dejado en Guayaquil, por los favorecidos de la fortuna.



IV. EL PUERTO.

YEINTE millones de sucres, de los veinticinco que, en números redondos, valió la exportación de productos ecuatorianos en 1909 salieron por el puerto de Guayaquil; y diez y siete, de los diez y nueve que sumó la importación en el mismo año, entraron al país por la misma vía. No es menester otro dato para comprender que Guayaquil es el puerto por excelencia en la República, como para explicarse el lugar que ocupa entre sus similares del continente en el Pacífico basta saber: que el cacao es uno de los productos tropicales que tienen mayor demanda en los principales mercados del mundo, que la princi-

pal industria del litoral ecuatoriano es el cultivo de esta preciosa almendra, y que el Ecuador ocupa el primer lugar entre los países que la producen, habiendo alcanzado la cosecha del año pasado, a la cantidad de 793.325 sacos, de un quintal de peso cada uno, sin que tal producción, que significa un aumento de más de doscientos mil sacos sobre la del anterior, haya determinado una mayor perturbación en los precios del artículo, el que si ha tenido últimamente alguna baja ella se explica más por la guerra europea (que ha cerrado el puerto de Hamburgo y dificultado el acceso a otros centros de consumo ordinario) que por un aminoramiento en la demanda, pues, por el contrario, el cacao es cada día más y más solicitado.

Y no es el cacao el único artículo que sale por el gran puerto ecuatoriano: los últimos datos de la estadística, que corresponden al año de 1909, acusan también la exportación de los que se señalan en seguida con los correspondientes números de cantidad y precio en la moneda legal del país.

| | | | |
|-----------------|-----|-----------|-------|
| Algodón..... | Ks. | 10.574 \$ | 4.591 |
| Astas de res... | | 25.358 | 2.662 |
| Azúcar..... | | 6.444 | 1.126 |
| Brea..... | | 9.219 | 2.510 |
| Cabuya..... | | 22.299 | 7.466 |

| | | |
|---|---------------|--------------|
| Café..... | Ks. 3.327.535 | \$ 1.037.320 |
| Cañas picadas.. | 255.000 | 6.800 |
| Cáscara de man- gle..... | 129.813 | 1.422 |
| Cascarilla..... | 69.248 | 14.974 |
| Caucho..... | 485.566 | 1.475.144 |
| Caucho andullo | 22.569 | 65.524 |
| Condurango... | 27.438 | 5.406 |
| Cueros de res.. | 878.657 | 452.797 |
| Cueros de cai- mán..... | 33.247 | 11.043 |
| Cueros de cabro y de venado. | 748 | 1.249 |
| Durmientes... | 50.170 | 1.640 |
| Frutas..... | 3.742.413 | 127.335 |
| Lana de ceiba.. | 98.013 | 18.635 |
| Madera..... | 82.724 | 3.403 |
| Orchilla..... | 187.905 | 14.652 |
| Oro en minera- les..... | 18,255 | 261.743 |
| Paja mocora... | 33.911 | 33.940 |
| Paja toquilla.. | 91.363 | 99.465 |
| Sombreros de paja (varias calidades)... | 118.595 | 2.307.146 |
| Tabaco..... | 170.395 | 71.911 |
| Tagua en cás- cara..... | 11.328.097 | 1.449.923 |
| Tagua pelada.. | 7.071.361 | 1.612.019 |

y de algunos otros en cantidades reducidas. El cacao figuró en 1909 por kilos 31.569.802 con valor de \$ 14.522.617, o

sea algo menos de la mitad que en el pasado.

Situado Guayaquil en la ribera derecha del Guayas, en la parte superior de del golfo de su nombre y un poco abajo de la confluencia de aquél con los principales de sus afluentes, tiene el doble carácter de puerto fluvial y marítimo. Una numerosa flota de vapores pequeños adecuados para navegación costanera y de ríos, pertenecientes a diversas personas y compañías, lanchas de petróleo y gasolina y enormes canoas de las que se llaman entre nosotros *imbaburas*, hacen el tráfico entre la ciudad y las provincias inmediatas, trayendo el cacao y demás frutos de exportación, de los centros de producción a los muelles o a los depósitos del puerto, y llevando las mercaderías extranjeras y las manufacturadas en las fábricas del lugar a las poblaciones del interior, o a la provincia de El Oro siguiendo por la costa hacia el sur.

Los varios muelles, todos con acceso al Malecón, están siempre ocupados por tales embarcaciones que entran y salen a cada rato dando a la ría un aspecto sorprendente de movimiento, que se siente también en la mencionada avenida, donde ensordece el perenne rodar de carros y camiones sobre el piso duro y desigual. Casi diariamente y algunas ocasiones

dos y tres veces por día la actividad se multiplica con la llegada de alguno o algunos de los vapores marítimos que anuncian su presencia con una nota ronca y prolongada de sus sirenas. Entonces como no hay muelles adecuados para esos barcos, razón por la cual anclan todos ellos en la mitad del río, es de verse el ir y venir de las embarcaciones de toda clase prestando sus servicios a los pasajeros, acarreando equipajes o llevando frutas y otros artículos que se realizan a bordo del recién llegado.

Hacen escala en Guayaquil casi todos los vapores que viajan entre el istmo de Panamá y los puertos de Chile y el Perú, y también los que, volteando por el estrecho de Magallanes, vienen desde Europa, en viaje de circunvalación del continente suramericano, con cargamento para los principales de sus puertos. Suelen ser estas naves de nacionalidad inglesa, peruana o chilena la mayor parte, pero las hay también entre ellas que llevan los pabellones de Alemania, Austria, Estados Unidos, Francia y Noruega. Tienen itinerarios fijos, con llegada segura a Guayaquil, dos vapores de la «Pacific Stean Navigation Company» que navegan entre este puerto y el de Balboa haciendo escala en todos los intermedios del Ecuador y Colombia, y todos los de la misma compañía y de las

llamadas, «Sudamericana de Vapores» y «Pernana de Vapores y Dique del Callao» en sus viajes también de Balboa a Valparaíso, o puertos del Perú, respectivamente.

El movimiento marítimo del puerto de Guayaquil fue en el año de 1909, último del cual hay una estadística completa, de 342 naves que entraron con cargamento del exterior de Ks. 72.718.438; y de 430 naves que salieron con frutos de exportación con un peso de Ks. 55.099.307. El comercio de cabotaje está señalado en el mismo año por la entrada de 1.599 naves de todas clases con 446.873 bultos que pesaron ks. 15.851.487 y por la salida de de 1.369 naves de toda clase con 214.899 bultos que pesaron Ks. 13.108.209.

Abierto el canal de Panamá al tráfico universal será considerable el aumento del comercio del gran puerto ecuatoriano, sobre todo si para entonces se ha concluido la magna obra de su saneamiento, llevada actualmente adelante por la respetable firma inglesa con que se ha contratado, y si se construyen siquiera dos muelles a que puedan atracar sin peligro los vapores de cualquier tonelaje.

Ya se anuncia que varias de las grandes empresas mundiales de navegación están preparándose para establecer

servicio constante, por el canal, entre puertos de Europa y la costa occidental de Sur América. Parece que las primeras serán la «East Asiatic», con base de escala en Copenhague, y la «Trasatlántica Española» con su punto de partida en Barcelona. Es de suponer que, concluida la actual guerra europea, las compañías cuyos barcos navegan con las banderas beligerantes, que representan un 80 por ciento de las flotas al servicio del comercio universal, aprovecharán también de la nueva ruta para estos países suramericanos cuyo comercio empiezan a disputarse los grandes centros manufactureros del mundo.

Sometido el Ecuador a un régimen tributario semejante en todo al que tenemos en Colombia, es la renta de aduana la renta por excelencia y ella constituye las cinco sextas partes de las entradas con que cuenta el Gobierno para atender a los gastos de la Administración. Esta renta alcanzó en el año apuntado de 1909 a cosa de once millones de sucres.

Haciéndose la casi totalidad de las exportaciones e importaciones de la República por Guayaquil, ello hace también de esta ciudad el centro fiscal a donde afluyen y de donde se dirigen a las demás cajas nacionales todos los productos de las contribuciones públicas. Derívanse

éstas además: de los estancos del aguardiente, la sal y el tabaco; de los timbres, alcabalas, registros, montepíos, bancos, seguros, marcas de fábricas, faros, correos y telégrafos, flotes y pasajes, arrendamientos y otras de menor importancia—comunes a todos los países—como multas, reintegros, alcances de cuentas, etc. Hay también una contribución llamada *general* que grava toda la riqueza, mueble y territorial, de la Nación

La aduana afecta la importación y la exportación. Las tarifas sobre la importación se establecieron, desde 1886, haciéndose el aforo sobre la base del peso bruto de las mercaderías, y, año por año, han ido elevándose hasta que en el día han venido a pagar unas con otras el 40, 61 por ciento de su valor, es decir que la aduana ecuatoriana es una de las más caras del globo.

La República no tiene convenios ni tratados de ninguna especie con otros países estipulando derechos especiales sobre tales o cuales artículos, pero los que se introducen por las aduanas de Tulcán y Macará procedentes de Colombia y el Perú y que son naturales de estos dos países, exceptuando los que están estancados, entran libres de derechos.

La carga de importación pasa de las naves a un muelle llamado «Muelle Fiscal», situado en el centro del Malecón,

arrastrada en lanchas que remolca un vaporcito. Verificadas en el muelle fiscal las operaciones preliminares, se despachan allí los equipajes de los viajeros y se almacenan todos los demás efectos en las respectivas bodegas hasta la liquidación de los correspondientes manifiestos y pago del impuesto. Las materias inflamables se depositan en un magnífico edificio de hierro construido para tal objeto en el sur de la ciudad.

El puerto de Guayaquil está defendido por el fuerte de «Punta de Piedra» situado algunas millas abajo de la ciudad, sobre la misma ribera del río y donde las aguas de éste se mezclan ya con las del golfo. Provisto de grandes cañones de sitio domina la entrada, forzosa para toda clase de embarcaciones, a las que sería imposible pasar adelante sin reducir previamente a silencio las poderosas baterías de la fortaleza.



V. GEOGRAFIA FISICA.

EL hecho de haber llegado a Guayaquil en la mañana de un viernes, cuando ya había partido el último tren de la semana hacia la capital de la República, nos forzó a demorar allí hasta el lunes siguiente. Aproveché los tres días de permanencia forzada para conocer cuanto pude y reunir los datos de que me he servido en las apuntaciones que constituyen los cuatro capítulos anteriores de este trabajo.

Al medio día del domingo todo nuestro equipaje estaba trasladado a la bodega del ferrocarril y en la primera hora de la mañana siguiente estábamos ya instalados en el vaporcito Colón que lle-

vaba los pasajeros y carga que habían de seguir para el interior en el tren que partiría de la estación de Durán, al otro lado del Guayas, a las siete y media de la misma mañana.

Trabajo y grande me costó hacerme a los correspondientes tiquetes, pues fijada la salida del barco para las seis, y la venta de boletos para la media hora anterior, el empleado encargado de este detalle no abrió la ventanilla de la oficina hasta la hora en que sonaba el toque de atención preliminar a la marcha. A fuerza de empellones conseguí abrimme campo y despacharme entre la muchedumbre impaciente que asaltaba la oficina, pero para algo han de servirnos también, a los americanos del Sur, los métodos de nuestros amigotes del Norte.

Veinte minutos de hélice y cinco más tarde ocupábamos, cada uno un puesto, en el último de los dos carros *de primera* que bien pronto arrastró la locomotora.

La cordillera de los Andes divídese a su paso por Bolivia y el Perú en tres grandes ramales que sumados hacia el Norte forman, de Loja a Tulcán, una sola cadena. Dilátanse sobre ésta, llanuras imperfectas que más empinadas cumbres limitan al levante y al poniente y forman un extenso callejón, el que cortado a la vez por leves serranías semeja una larga escala. Nacen allí raudales

abundosos de los cuales unos siguen al Océano y otros, en opuesta dirección, ríndense tributarios del inmenso Amazonas. A lado y lado del colosal macizo ramificaciones secundarias despréndense del eje y, en pausado e irregular descenso, vanse a borrar su esquema en la lejanía de la selva sin fin, o en el áspero contorno de la costa. De esas cumbres enhiestas que encierran la altiplanicie, en veinte, o más, fulgura la nieve siempre y en pocas menos alterna la blancura con el rojo siniestro del abismo. Ricas vetas de tierra, que abonaron los despojos volcánicos en épocas milenarias, brindan allí al trabajo, donde quiera, los frutos todos de las zonas templadas. Un cielo azul, un clima suave y una primavera perenne son el complemento de la región donde debiera ser feliz el pueblo ecuatoriano.

Sobre dos millones de habitantes que cuenta la República apenas si la cuarta parte constituye la población del litoral: costa y sabanas altas son la mejor porción del territorio del Estado que limita por el Norte con Colombia, por el Sur con el Perú, por el Occidente con el Grande Océano y por el Oriente, en la Amazonia vasta, con el Brasil, Colombia y el Perú.

Los elementos étnicos que han entrado en la composición del pueblo ribera-

no del mar son, lo mismo que en las tierras calientes de Colombia, el caucásico, el africano y sus cruzamientos: de sangre indígena no queda casi nada en él. Por el contrario en la región andina: en el producto del amasamiento de las civilizaciones prehistóricas, de probable origen asiático, que se fundieron allí, ha borrado casi el tipo de los conquistadores europeos y apenas si aparecen sus perfiles en las clases aristocráticas; ha pasado lo que en las densas poblaciones de origen chibcha de Boyacá y Cundinamarca entre nosotros, en las cuales el factor semita casi ahoga también al español conservado en un estado de pureza, muy relativo, tan sólo en unas pocas familias procedentes, la mayor parte, de otros departamentos. Sólo que siendo los indios chibchas más blancos en su piel que los que habitan en el Ecuador y Perú, salta menos a la vista la modificación verificada por la mezcla, a menos que el observador se fije en otros de los caracteres distintivos de las razas.

La primera sección del ferrocarril de Guayaquil a Quito se desarrolla en un plano a nivel sobre terreno anegadizo que hubo necesidad de rellenar en algunas partes, pero sobre el cual la línea se presenta en rectas impecables algunas de las cuales llegan a medir hasta diez kiló-

metros. Tal ocurre hasta el punto denominado Naranjito: de allí a Bucay, que puede considerarse como estación terminal de esa primera sección y principio de la segunda, ya de ascenso hacia la sierra, existe una ligera pendiente. En esta sección, empezada a construir, desde 1871, por el Presidente don Gabriel García Moreno y seguida después por por las administraciones de Veintimilla y Caamaño, las estaciones principales son: Durán, Yaguachi, Milagro, Naranjito, Barraganetal y Bucay. De Bucay la línea seguía, anteriormente, en otra dirección hasta Chimbo, donde quedaron los trabajos que se hicieron por administración. La pretendida existencia de una mina de carbón de piedra, que jamás se encontró, fue la razón para el nuevo trazado, por donde va hoy la línea, de Bucay hacia adelante.

De Durán a Bucay recorre el ferrocarril las tierras bajas de la costa, en donde abundan todas las producciones del trópico, y, por todas partes, se ven grandes haciendas de cacao, que he dicho ya que es el principal artículo de comercio de la República. Agregaré ahora que el cacao ecuatoriano no es de tan buena calidad como el del Cauca, o el del Tolima, pero en cambio la variedad que se cultiva en la provincia del Guayas resiste más a la acción de los elementos

que entre nosotros acaban con las plantaciones; el árbol alcanza allí una mayor altura y el tronco es múltiple y no uno como en Colombia. Tal vez los colombianos debiéramos esforzarnos por aclimatar en nuestros valles y terrenos del litoral, en ambos océanos, esta clase de cacao.

Alternan con los cacaotales, en toda esta región, inmensas plantaciones de caña de azúcar en cuyos centros, o inmediaciones, álzanse los respectivos ingenios en los cuales se elabora la mayor parte del dulce que se consume tanto en las provincias del interior como en las de la costa, quedando un exceso para la exportación que en el año de 1909, dije ya, que había llegado a 6.444 ks. Vense también muchos potreros de pasto janeiro (pará) que es el más adecuado para esos terrenos tan húmedos. En algunas de las haciendas de agricultura y ganadería las casas de los dueños o administradores están defendidas con tela de alambre contra los mosquitos, y desde fuera se comprende que tienen todo el confort necesario para pasar del mejor modo posible las temporadas de obligada permanencia en ellas. Casi todas las de mayor consideración han conectado sus depósitos con la línea férrea mediante ramales que de ésta se desprenden, facilitándose así el acarreo de los productos. De allí que además de las es

taciones ya nombradas pueden considerarse también como tales los muchos lugares de parada que acostumbran los trenes frente a tales haciendas.

En Bucay me sorprendió el conductor con la advertencia de que los pasajeros del segundo carro de primera, que era el ocupado por mi familia y unas veinte personas más, debíamos pasar al anterior, porque de allí para adelante dizque era imposible el arrastre del tren tal como había llegado hasta ese lugar. Mejor dicho, se me notificaba que los treinta y seis y pico de sucres, pagados por cada persona como pasaje de primera de Guayaquil a Quito, no nos daban derecho para viajar sentados sino unos pocos kilómetros y que el resto del viaje, que había de durar aún diez horas de ese día más todo el siguiente, debíamos hacerlo de pie, o como pudiéramos, en el otro carro ya bien repleto de pasajeros. Protesté enérgicamente contra el procedimiento, y, resuelto a hacer valer mis derechos en el momento, o más tarde, ante las autoridades, exigiendo una indemnización a la Compañía, resolví no moverme ni dejar mover a los míos de los asientos ocupados. Mi actitud, imitada por los demás pasajeros del mismo carro, o alguna otra consideración, debieron obrar para cambiar la determinación tomada que ya trataba de

ejecutar un asqueroso negro jamaicano, desenganchando el coche, pero lo cierto es que se dió contraorden y seguimos adelante en los mismos puestos que habíamos tenido desde Durán. Más adelante habré de ocuparme del contrato que dió lugar a la terminación de este ferrocarril que, dejado apenas al pie de la cordillera por el esfuerzo nacional en las administraciones García Moreno (que lo empezó), Veintimilla y Caamaño, realizó, tornándolo en una pesadilla, el más hermoso sueño del pueblo ecuatoriano.

De Bucay para adelante sigue la línea el cauce del río Chanchán que cambia después por el de uno de sus tributarios y, pasando muchas veces de una a otra ribera, asciende y asciende por pendientes que llegan hasta el siete por ciento de desnivel y que máquinas poderosas apenas alcanzan a vencer siempre que no pasen de cuatro, o seis, los carros arrastrados.

En la mitad de la cuesta, más o menos, está la estación de Huigra donde se almuerza a la subida en un hotelito de regular capacidad y donde los empresarios yanquis han hecho una especie de sanatorium a la vez que el centro directivo para los trabajos de conservación de la línea, que, dicho sea de paso, mantienen en bastante buen estado, debiéndose probablemente a esto y a lo ancho

de la vía, 42 pulgadas, que sean muy raros los descarrilamientos.

Terminado el almuerzo la subida continúa hasta llegar a una elevación 10.826 pies sobre el nivel del mar, en el páramo de Palmira, donde empieza a sentirse la falta de vidrieras en los carros que obliga a los pasajeros a cerrar las abras de madera de las ventanillas perdiendo el placer de contemplar la hermosa perspectiva del Chimborazo, que pronto se presenta en todo el esplendor de su altura y de su nieve, a trueque de evitar una pulmonía causada por las rachas de de la sierra.

Mucho debieron de trabajar los ingenieros que hicieron el trazado de la vía antes de resolver los problemas que les presentara lo escarpado del terreno ya casi para coronar aquella altura y alcanzar en ella la gran planicie interandina. Fueles para el efecto necesario apelar a dos *switches* sobre un promontorio casi vertical que se conoce con el nombre de de la *Nariz del Diablo*, y a una serie de curvas, las curvas de Alausí, que miden cinco millas para trepar unas cuatrocientas yardas.

Alausí, todavía varias millas abajo del páramo de Palmira, es un pueblecito de aspecto muy triste, de calles tortuosas y quebradas y rodeado de colinas con terrenos grises y deleznales.

Es la primera población donde se advierte ya la diferencia de costumbres que hay entre la costa y las tierras altas. Son los indios de piel bronceada, vestidos de calzoncillo blanco de lienzo y de gruesa *chiricatana* roja con listas verdes; y las rollizas indias de *anaco* (falda) a cuadros, abierto a un lado, y de rebozo de colores vivos sobre la simulada camisa, los que forman ahora la mayor parte de la población. Hembras y varones cubren sus cabezas con grandes sombreros, grises como la tierra de la vecindad, y de alas vueltas hacia arriba, hilan o ejecutan a todas horas cualquier trabajo manual, hablan muy paso en su dialecto propio, andan a prisa y saludan respetuosos a cuantos consideran superiores en gerarquía.

Es en esta provincia del Chimborazo, a que pertenecen el cantón y la villa de Alausí, en donde hay mayor número de habitantes de pura raza india, descendientes todos de aquella valerosa nación de los puruhaes que, según se vió ya, llegó a formar parte del reino de los Carras mediante el enlace matrimonial de uno de sus soberanos, llamado Duchicela, con la hija del décimo de los Schyris.

Desde Palmira se descende hasta Riobamba, cabecera de la provincia, a 9.123 pies, a donde llegamos ya entrada la noche después de parar rápidamente en

unos cuantos lugares que el conductor fue designando, sucesivamente, con los nombres de Tixán, Guamote, Cajabamba y Luisa, como correspondientes a otras tantas estaciones, aunque sólo ví en ellos miserables barracas sin capacidad, ni comodidad, para nada. Casi a la oración pasamos por la orilla de la célebre laguna de Colta, muy visitada por los cazadores, atraídos por la abundancia de patos que en ella se encuentran y en la que, según es fama, hay en el centro una especie de remolino sin fondo que sumerge las embarcaciones que se aventuran a acercársele.

Hasta Guamote puede viajar en coches por la magnífica carreterra que partiendo de la capital de la República termina en ese lugar. Esa carreterra bastaría para hacer la apología del presidente García Moreno, que la llevó a cabo, como el mejor administrador de sus intereses materiales que ha tenido el Ecuador.

Cerca de Sibambe existen todavía, en completo estado de ruina, los restos de una antigua fortaleza anterior a la conquista española, y de uno de esos grandes tambos en donde se albergaban los Incas en sus viajes de Quito al Cuzco, capital de todo el imperio.

VI. LIRIBAMBA.

FEN Riobamba nos hospedamos en un hotel de fundación reciente que está inmediato a la estación del ferrocarril y, de consiguiente, distante de la población, o, por lo menos, del centro de ella, pues hasta allí llega una de sus calles. Son éstas amplias y bien trazadas, empedradas la mayor parte y las demás sin otro pavimento que la arena; de donde los fuertes vientos que allí soplan suelen levantar terribles polvaredas, lo mismo en la ciudad que en las regiones vecinas, también de suelo arenisco, en las que sería imposible la agricultura sin el sistema de regadío que se acostumbra en todo el interior ecuatoriano y para

el cual por todas partes se ven acequias que llevan las aguas a las haciendas desde bien largas distancias. Las hay de quince y veinte leguas de extensión y sé de alguna hacienda de la provincia de Imbabura, al Norte, que trae el agua desde territorio colombiano en la provincia fronteriza de Obando. Pero este ímprobo trabajo está compensado con la seguridad con que cuentan los agricultores para la cosecha, desde que ésta no depende allí de las contingencias del tiempo.

Riobamba es la antigua Liribamba, capital que fue del reino de los Purahaes y después ciudad principal, lo mismo en la dominación de los Caras que en la de los Incas. Ha llegado hasta nuestros días la fama de un templo que allí hubo, dedicado al numen tutelar de la ciudad, el que seguramente se consagró más tarde, bajo los Incas, al Astro Rey, pues existe también la memoria de un gran monasterio de vírgenes, semejante en un todo al que había en Quito junto al templo del Sol. El palacio residencia de los soberanos en tiempo de los Puruhaes, donde se verificaron las bodas del valiente Duchicela, su rey, y en seguida undécimo Schyri por efecto de aquellas bodas; aquel palacio que conservaron y enriquecieron más aún los peruanos vencedores, estaba también en Liribamba.

rodeado de fortalezas y dotado de un gran arsenal. El oro que en él había desapareció a la llegada de los españoles, pues parte entregó a Pizarro Illescas, hermano de Atahualpa, por el rescate de éste, y el resto llevóselo Rumiñahui, en su retirada a Quito, ocultándolo, con las riquezas de esta capital, a la avidez del conquistador.

Los primeros españoles que llegaron a Liribamba fueron Miguel Muñoz, (el fundador de Cali), Falcón de la Cerda, Francisco Pacheco y Juan Gutiérrez, de los compañeros de Belalcázar, en 1533, y allí se hicieron fuertes contra los indígenas de Tiocajas y Alausí que los perseguían en extraordinario número.

Bajo la colonia la famosa nación, que ilustrara sus propios fastos y los de los dos imperios a que perteneció más tarde, quedó reducida a un territorio cuasi desierto con miserables poblacioncitas de indios, sometida cada una a un cacique gobernado por los españoles ya dueños de la ciudad, llamáronla Riobamba, nombre con que fue elevada a la categoría de corregimiento de la Presidencia de Quito la región que comprende hoy la provincia del Chimborazo, por el Congreso reunido en Bogotá en 1824, formando de ella y de las provincias de Pichincha e Imbabura el departamento del Ecuador.

En Riobamba se reunió la Asamblea que, en 1830, declaró la separación del Ecuador, de la Colombia de Bolívar.

Ya en 1797 un formidable terremoto la había destruído completamente y al reedificarla se trasladó a la inmediata llanura de Tapi donde está hoy. Ciudad de fisonomía netamente colonial, sin más importancia hasta hace poco que su interesante pasado y el ser un centro social de primera clase por la distinción de su aristocracia, ha despertado a todas las manifestaciones de la vida moderna con la íntima unión en que la ha puesto el ferrocarril con las poblaciones de la costa y especialmente con Guayaquil. Hoy son muchos los negocios que hace con este puerto, de donde constantemente se dirigen familias acomodadas a buscar en Riobamba la salud y el bienestar que ofrece su clima primaveral.

Distínguense entre sus edificios: la casa de Gobierno y la del Ayuntamiento, ambas de moderna construcción no escasa de buen gusto; el templo de San Alfonso y la Basílica del Corazón de Jesús, también de reciente fábrica; y algunos conventos de comunidades religiosas. La catedral, sin mérito artístico, tiene el de estar construída con materiales que pertenecieron a la iglesia de la antigua ciudad, destruída en 1797, sobre todo la fachada.

En Riobamba hay alumbrado eléctrico, dos hospitales suficientes para las necesidades del lugar, un buen servicio de coches y automóviles y uno muy malo de tranvías que llegan hasta la estación del Ferrocarril.

El cultivo de los cereales y la fabricación de artículos varios, propios de la indumentaria de la población indígena, son las industrias principales lo mismo de la capital que de las demás poblaciones de la provincia del Chimborazo.

Riobamba es la patria del ilustre geógrafo Pedro Vicente Maldonado, miembro de la Sociedad Real Geográfica de Londres, de quien se cuenta que siendo Magistrado trabajó con su fortuna un camino de Quito a Esmeraldas que no pudo concluir por habersele agotado los recursos. Un hermoso parque recuerda su nombre en una de las plazas de la ciudad y llévalo también el Colegio de Segunda Enseñanza que hay en ella.

Éran las cinco y media de la mañana del día siguiente, 20 de Octubre, cuando después de tomar un ligero desayuno ocupábamos de nuevo nuestros puestos en el tren, el cual debía continuar la marcha a las seis y media. Acertada previsión la de aquella madrugada que nos libró de continuar el viaje de pie, alcanzando el número de los pasajeros que llegaron después a bastante más que el de los asientos disponibles.

VII. MONTAÑAS Y VOLCANES.

HERMOSO es siempre el cielo en la altiplanicie ecuatoriana. En la diafanidad de su atmósfera serena vense a menudo, en pleno día, Venus y Júpiter cuando están en el horizonte. Las noches son de una placidez infinita y convidan, más que en cualquiera otra región del globo, a estudiar el abismo y descifrar el lenguaje misterioso y mudo de las constelaciones; y en el azul eterno de las mañanas, las mismas en el invierno y en el verano, con raras excepciones, dibújanse las cumbres con tanta nitidez que, a considerables distancias, pueden precisarse los menores detalles de sus lineamientos.

Esas cumbres andinas podemos clasificarlas en tres clases distintas: los volcanes de forma regular, que afectan casi siempre la de un cono más o menos perfecto, parecidos a nuestro Puracé y coronados casi siempre, como éste, por el blanco penacho de sus vapores; aquellos cuyas cimas se destrozaron en medio de las convulsiones de su vida primitiva y cuyo aspecto es hoy el de crestas gigantes erizadas de puntas que separan abismos; y los grandes montes, quizá también volcanes apagados, en cuyos redondeados contornos está marcada aún, como un memento eterno, la onda propulsora que los sacó del Caos: tal el Chimborazo que, en aquella mañana, al dejar la estación de Riobamba, se presentó a nuestros ojos con toda la majestad de su corpulencia, asentada su base en la extremidad occidental de la gran mesa de Tapi y con su manto de plata fulgurando al primer beso del sol que en ese mismo instante alzábase al oriente en la mitad del Atlar.

«El Chimborazo, dice el geógrafo ecuatoriano Manuel Villavicencio, es el punto culminante de la República, su cúspide está a 7.682 varas de altura y déjase ver a muchas leguas de distancia desde el Océano Pacífico». Pude yo disfrutar de este magnífico espectáculo cuando apenas adolescente, en 1885, hice mi

primer viaje marítimo por la costa del Ecuador.

El baron de Humboldt dijo del Chimborazo que «se levanta sobre toda la cadena de los Andes, semejante a esa cúpula majestuosa, obra del genio de Miguel Angel, sobre los antiguos monumentos que rodean el Capitolio». Ascendió por él este célebre naturalista alemán hasta un punto a 5.909 metros sobre el nivel del mar, límite que traspasaron más tarde el Libertador en 1828, y el físico Bousingoult, en 1831, que alcanzó hasta la altura de 6.004 metros, faltándole, sólo 520 para llegar a la cúspide, que no ha sido hollada hasta el día por la planta del hombre.

Copio del citado geógrafo Villavicencio el siguiente párrafo sobre el rey de nuestras montañas (1), bastante anti-científico por cierto.

«En su base se halla el volcán extinguido de Calpi, de una roca porfídica que se asemeja al basalto; está contiguo a la eminencia llamada *Yanaurcu*, que es una roca traquítica abierta por

(1) El malogrado General don Rafael Uribe Uribe en su obra *por la América del Sur*, en el capítulo titulado «Los volcanes del Ecuador», siguió a este geógrafo al hablar del Chimborazo y de muchos otros de los montes a que se refiere.

» todas partes y cubierta de grietas: en
» ellas hay una caverna donde se oye el
» ruido de una cascada subterránea, que,
» según la intensidad del sonido, la ma-
» sa de agua que la ocasiona debe ser
» considerable; y es tanta su profundidad
» que las sondas que se han echado no
» dan con el fondo. Este río es sin duda
» el que se forma por la absorción de
» las aguas del Chimborazo y *le estorba*
» *inflamarse* (sic), puesto que a pesar de
» estar contiguo al volcán de Carihuai-
» razo, tan elevado en otro tiempo, ha
» permanecido inofensivo, conservando
» siempre su primacía como el padre de
» los Andes. La enormidad de su mole
» produce un efecto óptico que es curio-
» so de notar; pues, por esta causa, no
» puede calcular el viajero la verdadera
» distancia a que se encuentra el monte,
» sucediendo con frecuencia que parece
» retirarse cuanto más se aproxima. Es
» también notable el fenómeno meteo-
» rológico que se observa a causa del
» gran enfriamiento que produce en las
» columnas de aire que se acercan al
» monte, pues todas ellas inciden a él
» sirviendo como de centro a todos los
» vientos ».

La salida del sol, por detrás de las nieves del Altar, me trajo a la memoria el conocido símil de Nuñez de Arce, en su poema «El Vértigo».

«La luna como hostia santa
Lentamente se levanta
Sobre las olas del mar».

No pude menos que parodiarlo en la forma siguiente:

El sol como la hostia santa
Majestuoso se levanta
En la mitad del altar.

explicándome ante la magnificencia de aquella perspectiva sin igual el culto de los Incas por el rey de los astros.

El Altar, cuyo nombre indígena es *Capac-urcu*, queda casi al frente del Chimborazo, en la opuesta serranía, y debió ser el más alto de los volcanes ecuatorianos si atendemos al significado de ese nombre, pues *Capac-urcu* significa *cerro-jefe*. Alguno de aquellos terremotos de que existen tantos vestigios en toda la región ecuatorial de los Andes y que aún en los tiempos posteriores a la conquista han causado a menudo la destrucción de florecientes poblaciones, como hemos visto que sucedió con la primitiva Riobamba, produjo seguramente el hundimiento de la cima de este monte verdadera ruina de la Naturaleza, y tal debió pasar también con el Carihuairazo, que momentos después se presentaba algo al Norte del Chimborazo, unido a éste por la ensillada de Abraspungo, respecto del cual alcanzaron los españoles a

escuchar de boca de los naturales de la tierra la tradición según la cual había superado anteriormente en elevación a su compañero. El nombre de «Altar» lo dieron los conquistadores al Capac-urcu porque dos grandes pirámides limitan a uno y otro extremo, a manera de enormes candelabros, la planicie aparente que en el centro bordean numerosos picachos: 5.404 metros es la altura de la mayor de esas pirámides. En cuanto al Carihuairazo, Reiss y Stübel le dan 5.106 metros de elevación, y 6.310 al Chimborazo.

Los nudos, travesaños de la escala con que he comparado la gran meseta andina ecuatorial, son nueve, y, partiendo del Sur hacia el Norte, se conocen con los nombres siguientes:

1°. Cajanuma, 2°. Acayana y Guagrauma, 3°. Portete y Tinajillas, 4°. Azuay. 5°. Tiocajas, 6°. Sanacajas e Igualata, 7°. Tiupullo, 8°. Mojanda y Cajas y 9°. Altos del Boliche.

Las hoyas hidrográficas, o valles altos, comprendidos entre estos nudos son siguiendo el orden establecido para ellos: Loja, Zaruma, Jubones, Cuenca, Cañar, Alausí, Riobamba, Chimbo, Latacunga, Quito, Ibarra y Tulcán.

La línea férrea en su ascenso de la costa por las riberas del Chanchán y de su afluente el Alausí penetra en la pla-

nicie de este nombre y, salvando la cuchilla de Tiocajas, atraviesa el valle de Riobamba, primero en dirección NE hacia esta ciudad, y después hacia el NO hasta Chuqui-Pogyo, a 3.345 metros de altura sobre el nivel del mar, desde donde emprende ruta directa al Norte, ya en descenso, hasta la floreciente población de Ambato, cuyas aguas con las de los lugares vecinos forman el río de Patate, que, unido al Chambo, al cual tributan las suyas Riobamba y sus dependencias, vase para el Oriente a formar con mil otras vertientes el grandioso Pastaza, digno tributario del Amazonas.

Rumbo al Norte y salvado el nudo de Sanancajas, que más hacia el Oriente se llama de Igualata, penetramos en el valle de ~~Chimbo~~ y divisamos a la derecha el Tungurahua, cuyo nombre es también el de la provincia. El tren describe una inmensa curva y por algo más de dos horas aquel gigante atrae las miradas de todos los viajeros sobre su airosa mole piramidal cubierta en su tercera parte por la nieve perpetua en la cual se manifiesta perfectamente, algo más abajo de la cima y hacia el flanco occidental, el cráter de bordes escarpados y negros, aquel cráter que ha puesto miedo y pavor, más de una vez en cada siglo, en la población de las amenas praderas que a sus pies se divisan. Su úl-

tima gran erupción tuvo lugar en el año de 1886; las lavas, habiéndose concretado entonces sobre el lecho del Patate, produjeron la represa de las aguas, que habrían convertido en lago toda aquella hermosa región si no hubieran roto al fin la muralla y cavado sobre ella un nuevo cauce. Desde entonces se encuentra en estado constante de actividad, pero las erupciones posteriores, de poca consideración, no han causado nuevos males. En los últimos años del siglo XVIII fue cuando los causó mayores labrando la ruina de varios pueblos.

Se cree generalmente que el Tungurahua y el Cotopaxi tienen una comunicación directa, paralela al eje de la serranía del Oriente de la cual forman parte ambos, si bien el primero avanza algo hacia el centro de la altiplanicie. Fúndase esta opinión en la simultaneidad de algunas de sus erupciones. El geógrafo Villavicencio, a quien he citado ya, relata un fenómeno meteorológico—ocurrido en 1854— en apoyo de la misma opinión. «Por más de dos horas, dice, hablando del Tungurahua, se dejó ver una especie de aurora boreal que cruzaba sus fuegos con los del Cotopaxi permaneciendo iluminado por las dos horas todo el cantón de Tacunga».

Varios hombres de ciencia y muchos turistas han hecho la ascensión de este

volcán cuya altura alcanza a 5.087 metros sobre el nivel del océano. De su cima, dicen algunos de los que la han alcanzado, se puede contemplar, cuando el horizonte está limpio, el panorama infinito de las llanuras amazónicas.

Apenas reposados del asombro producido en el ánimo por la presencia de este hermoso y temible monte, que empezábamos a dejar a la derecha, el impecable cono del Cotopaxi se mostró en el Noreste. El monstruo estaba arrobador bajo la lisura de su argentada capa pluvial que semejaba la nieve, y, sin humo esta vez, la curva de su boca pintábase en el cielo. Acostumbrado a verlo así en los lejanos días de mi niñez, cuando iba a pasar las vacaciones en el valle de Chillo, no me inspiró el temor que la historia de sus devastaciones engendra en los que lo ven por la primera vez. Todo lo contrario, lo contemplé con amor, como se mira al viejo guardián del hogar cuyos temibles dientes no han de producirnos el menor daño. Me provocó tener un brazo muy largo y una mano muy grande con la cual acariciarlo afectuoso, y obsesionado por los recuerdos, e indiferente a la cinta cinematográfica de extraordinaria belleza que desarrollaba el tren haciendo curvas y curvas a medida que descendía hacia regiones más tibias, llenas de flores y

abundantes de frutas, repasé en mi memoria otra cinta, en colores, de mis lejanos años pasados en esa tierra cuyos paisajes empezaba a reconocer y en cuyos cuadros estaban siempre el Cotopaxi o el Cayambe, el Antizana o el Pichincha. —Ambato, gritó el conductor, y el tren paró quince minutos en una plaza donde había una casa que hacía las veces de estación, rodeándolo una turba multicolor en su indumentaria y multiforme por sus condiciones sociales.

Muchos vendedores de frutas se acercaron a ofrecerlas. Nos decidimos por las fresas de gran tamaño, o frutillas, que son una especialidad del lugar.

Bien hubiera querido detenerme algunas horas en la patria de Montalvo, en la ciudad donde anidan hermosas tradiciones republicanas y en donde el amor a la libertad empieza, como el instinto, con la vida misma. Apenas si alcancé a comprender, por la extensión del poblado y el aspecto de algunas calles que se enfilaron delante del tren al continuar la marcha, que es Ambato una ciudad, por su importancia, más o menos como la capital de nuestro departamento del Tolima, la aristocrática y comercial Ibagué, pero con un clima bastante más templado; algo como el de Popayán en invierno, pero con un suelo y una atmósfera más secos.

Terminada la conquista, dicen los historiógrafos ecuatorianos, se proyectó la fundación de una ciudad sobre las riberas del río de *Hambato*, afluente del *Patate*, y en la cercanía del lugar llamado *Inga-urcu*, que era seguramente algún punto de los muchos escogidos por el soberano para residencia temporal. Se dió principio a la obra en 1534 y ya en 1539 llamaba la atención el nuevo poblado que se aumentaba rápido, debido probablemente a los especiales atractivos de la naturaleza, pródiga allí de frutos de toda clase. Pero un siglo más tarde una erupción del *Carihuairazo* arruinó la floreciente población, arrojando sobre ella y sobre los vecinos campos un aluvión en que perecieron casi todos los habitantes. Los pocos sobrevivientes resolvieron entonces edificar una nueva ciudad, la que plantaron una legua más arriba de la anterior, pero también sucumbió al empuje de tremendo terremoto producido por el hundimiento del cerro llamado *Igualata*, en 1797; y entonces empezó la construcción de la actual sobre el suelo arenisco en que se encuentra, a 2.608 metros sobre el mar, con una temperatura media de 15° del centígrado.

La población de *Ambato* puede estimarse en unos diez mil habitantes. Sus casas, con pocas excepciones, son de un

solo piso y parece que no hay en ella edificio alguno que merezca mencionarse. Sus alrededores son extraordinariamente pintorescos, llenos de quintas, en las que se producen las mejores frutas que se conocen en el país mediante el esmerado y prolijo cultivo de huertos por el sistema de regadío, sin el cual toda esa tierra arenisca sería extraña a la vegetación que en ella se admira, como un oasis de verdura, en medio de comarcas desoladas sobre las cuales están aún visibles las diversas materias que arrastraron los aluviones de los volcanes, cuyas huellas semejan cauces abandonados por grandes ríos. En las inmediaciones de Latacunga, nueva ciudad a la cual llegamos a medio día y en donde demora el tren para que los pasajeros almuercen en un hotel que tiene la Compañía del ferrocarril inmediato a la estación, pudimos apreciar todavía la magnitud del brazo de aluvión de la erupción del Cotopaxi, que por allí pasó en 1876, sepultando vidas, haciendas y fábricas.

Tampoco pude darme una cabal idea de Latacunga desde las ventanillas del tren que no quisimos abandonar para el almuerzo temerosos de perder nuestros asientos, pues ya el número de los pasajeros era en el carro de primera casi el doble al de los puestos disponibles.

La compañía vende todos los pasajes que le compran, pero jamás se cuida de ver si los pasajeros consiguen siquiera espacio para ir aunque de pie. De allí el que las últimas horas de un viaje ferroviario entre Guayaquil y Quito sean de las más incómodas y desagradables que se pueden tener, sobre todo si al estado de apretazón de los carros se une, como pasó en el mío, la nube de arena que levanta el viento y penetra en ellos por la falta de vidrieras.

La ciudad se ve gris como la tierra en que está edificada. Débese tal color, seguramente, al material de que está construída que es la piedra pómez, sustancia que procede de las lavas enfriadas y que abunda en los alrededores.

Latacunga, capital de la provincia de León, es una ciudad cuyo origen es anterior a la conquista española, pues existía ya cuando el séptimo Schyri añadióla a su imperio con las comarcas a que sirviera de centro. Llamábase Llactacunga. Habilitáronla los tenientes de Pizarro, en 1534, rebautizándola con el nombre de San Vicente de Latacunga y en 1787 fue elevada a la categoría de villa. Su población puede igualar a la de Ambato, es más elevada su temperatura media, y está situada muy cerca de las faldas del Cotopaxi.

Este volcán ocupa el segundo lugar en el territorio ecuatoriano, tanto por su actividad plutónica como por su elevación que es de 5.943 metros, inferior solamente a la del Chimborazo. Como volcán activo supéralo el Sangay que es el primero del mundo, pero colocado este fuera del eje oriental de la cordillera y en una ramificación que se dirige hacia los bosques del Macas, no se distingue de la mesa interandina y apenas si sus espantosas detonaciones se perciben desde Riobamba que es la ciudad más inmediata. En cambio las erupciones del Cotopaxi han sido siempre de funestas consecuencias para la agricultura y para la existencia de hombres y animales en el territorio que le rodea, y aún han causado daño en regiones distantes a donde algunas veces han llegado sus cenizas o aluviones. La primera de esas erupciones que recuerda la historia, después de la llegada de los españoles al país, tuvo lugar el primero de Julio de 1748 y fue de extraordinaria violencia el período de actividad en que estuvo el volcán hasta muchos años después, lo que determinó la decadencia de la comarca que constituye la actual provincia de León, que hasta entonces había sido de las más florecientes y ricas, y aún la ruina de la primitiva ciudad de Latacunga alcanzada por el aluvión en 1768.

Tras largo período de calma entró en uno nuevo de actividad en el año tercero del siglo XIX, que dura todavía latente y durante el cual la mayor de las erupciones fue la del 26 de Junio de 1877; ella destruyó gran parte de la riqueza agrícola e industrial de las provincias de Pichincha, León y Tungurahua. De los tres grandes ríos formados entonces por las múltiples materias arrojadas por el volcán y aumentados por las aguas del deshielo producido al contacto de la lava, uno fué a la selva del Oriente; otro, de cuyas trazas me ocupé ya, rodó sobre la planicie vecina y el tercero, el de mayores proporciones dirigióse hacia el hermoso valle de Chillo, por el cauce del Pita, arrasó en ese valle ricas haciendas, mansiones hermosas y fábricas que representaban millones de pesos y enormes esfuerzos, y, por la hoya del Guallabamba y del Esmeraldas, alcanzó hasta las riberas del mar.

Esta erupción dió origen a un memorable episodio en la vida política de la Nación que no puedo pasar en silencio.

Decapitado el absolutismo imperante en el Ecuador durante las seguidas administraciones de García Moreno con el asesinato de este ilustre caudillo, la reacción republicana eligió presidente al Dr. Antonio Borrero quien, habiendo iniciado una política de moderación, fue derro-

cado pocos meses después por el Comandante Militar de Guayaquil, General Ignacio de Veintimilla, que asumió a su vez la Dictadura empujado y sostenido por el elemento exaltado del radicalismo. En nombre de esta comunidad política dedicóse el nuevo Jefe de Estado a realizar las reformas escritas en la bandera de la cual decía portador y, como era de esperarse, el conflicto con la Iglesia no se hizo esperar, sobre todo después de acaecida la misteriosa muerte del santo Arzobispo de Quito don José Ignacio Checa. Violado el Concordato por el poder Civil con el real o supuesto empeño de descifrar la clave del envenenamiento del Prelado, que se atribuía a uno de los canónigos, la pretensión de entregar el presunto reo a la Justicia ordinaria, contra el estipulado derecho de fuero, fue la chispa que produjo la explosión de la más acérrima enemistad entre los dos poderes, enemistad que culminó en el entredicho decretado por el Vicario Capitular de la Arquidiócesis. Pocas horas después el toque de plegaria volaba de los campanarios de los conventos y de las iglesias llevando la consternación al seno de las familias religiosas y el temor al espíritu de las masas ignorantes. . . . De repente detonaciones lejanas, como de gruesos obuses, interrumpen el silencio voluntario

de la población mientras una mancha negra surge en la lejanía del horizonte y creciendo, creciendo, extiéndose lentamente, pero implacablemente, sobre el cielo siempre hermoso de la capital ecuatoriana, hasta ocultar el sol, hasta extinguir la luz, hasta producir la tiniebla espesa en la mitad del día.

«Gritos horribles, que anunciaban el fin no sólo del Ecuador sino del mundo, se dejaron sentir, dice una brillante y apasionada escritora, testigo de lo narrado, cuando rasgado el vientre de la espantosa nube, empezó a caer una lluvia de finísima tierra, cuya procedencia volcánica no pusieron en duda ya los inteligentes».

Calmábase apenas la primera impresión de terror de las multitudes que vagaban de aquí para allá alumbradas por faroles que llevaban los más animosos, cuando nuevos gritos, pero no ya de terror sino de maldición, rasgaron la noche extraña. « Abajo los herejes », « el Cielo nos castiga por ellos » son las expresiones que como nuevas chispas van a producir otra erupción de odio preparada en la doble sombra por habilísimos políticos que quieren aprovechar para la consecución de sus fines la combinación de las fuerzas más grandes que actúan en el mundo: la Naturaleza y el Fanatismo.

Veintimilla, hombre valeroso y sereno, comprende el peligro que le amenaza y vuela a los cuarteles, arenga sus tropas, les explica el fenómeno del cielo lo mismo que el que se produce entre la turba que asume ya actitud de vengadora del idem, y dando órdenes oportunas alcanza apenas a desplegar los batallones de modo de contrarrestar la avalancha que de los barrios se viene sobre el centro de la ciudad. . . . En el crepitar de la fusilería extinguieronse después de una hora los rugidos de las dos bestias aliadas, que no volvieron a hacerse sentir hasta algunos años más tarde.

La lógica, verdadera hija de Dios, vindicó con el tiempo y sin apelar a métodos extraordinarios el buen nombre del canónigo calumniado. En su red inextricable quedó también vencido un lustro después, en el circo de la opinión, el General de Veintimilla al esgrimir su tridente contra las libertades que sirvieran de pretexto para escalar el solio por el camino de la deslealtad.

De Latacunga salimos a las doce y media y continuamos el ascenso en que veníamos desde Ambato, hasta llegar al punto más elevado del nudo, o pequeña cordillera trasversal, de Tiupullo, 3.604 metros. Aquí se dividen las aguas tributarias del Pastaza, que corren hacia

el Amazonas y el Atlántico, de las que, después de recorrer la provincia de Pichincha, van a dar en último término al Pacífico, contribuyendo a la formación del ya conocido río de las Esmeraldas. La escasa y raquítica vegetación que caracteriza el paisaje desde que se dejan las vegas del Ambato se vigoriza en la eminencia, libre su suelo de las corrientes eruptivas y apenas abonado de cuando en cuando por las lluvias de ceniza. Hay hasta algo de bosque en las heladas soledades que cruzamos con la velocidad de la brisa formando en la carrera otra que nos hiere desagradablemente y nos obliga a levantar los cuellos de los abrigo. Atrás se han quedado ya las desoladas llanuras donde ni los hombres, ni los animales, se atreven a fijar largo tiempo su morada temiendo siempre la repetición de los fenómenos plutónicos; y en la mitad de esos campos, que me recuerdan por su color las descripciones de Loti en su libro «El desierto», alcanzo a ver aún el montículo de Cayo, tan regular como nuestro «Azafate» de Popayán, pero más alto, y sobre el cual corre una leyenda semejante a la de éste atribuyendo la simetría de su figura a la mano del hombre. Las ruinas de palacios incásicos que se contemplan desde el Cayo hacen válida la versión sobre su forma, como corroboran también las

apreciaciones populares sobre el Azafate las narraciones de los escritores de la conquista, que señalan el collado papayanés como el sitio donde se elevaba el alcázar del régulo de los Pubenences.

El nudo o páramo de Tiupullo está lleno de historias de ladrones y cuadrillas de bandoleros que asaltaron repetidas veces a pasajeros indefensos en tiempos anteriores no sólo al ferrocarril sino también a la carretera de García Moreno, que por allí pasa: ésta y la oportuna aplicación de la pena capital, contribuyeron a devolver la tranquilidad a los viajeros que atraviesan ese lugar obligado.

Al doblar la cuchilla el paisaje cambia completamente. Nueva serie de nevados y volcanes aparece en el horizonte. Está a la izquierda en primer lugar el Iliniza en cuya mole se suelda el nudo que atravesamos, hacia el occidente. Esta montaña se compone de dos pirámides nevadas y separadas por una abra cuyo punto inferior está a 3.760^m metros de elevación, mientras que de los picachos, colocados en dirección de Norte a Sur, el uno mide 5.305 metros y el otro 5.162. «Las puntas de esta montaña, dice el geógrafo Villavicencio, fueron medidas trigonométricamente por Mr. Bouguer, uno de los académicos franceses, tanto por encima de la mesa

de Quito, como por el lado de la costa del Pacífico, y sus medidas sirvieron para determinar el valor aproximativo del coeficiente borométrico». Aseguran algunos haber visto columnas de humo en la hendidura que separa las dos puntas, de donde la opinión acerca de su naturaleza volcánica.

Signen hacia el Norte y por el mismo costado occidental, el Corazón con 4.816 metros de altura y la caldera, o cráter, de mayores dimensiones entre las de los volcanes ecuatorianos, pues mide 1,200 metros de profundidad. Apenas tiene nieve en la cima y jamás ha dado señales de actividad. Y el Atacazo, de forma irregular y 4.539 metros de elevación.

Por último el Pichincha, mole de inmenso perímetro, que coronan varios picos y en cuyas extensas faldas se levanta la capital ecuatoriana, cierra el hermoso cuadro en aparente unión con el nudo que lo limita al Norte. Al noreste detiéndose la vista en la baja serranía que separa el valle de Quito de los de Chillo y Guallabamba, todos del mismo sistema hidrográfico.

Tres altas montañas más divísanse a la derecha, de las cuatro que rodean al emperador Cotopaxi, pues el Quilindaña, aunque es el que más de cerca le hace compañía, ocúltase tras de la mole de

aquél, no obstante que alcanza a 5.720 metros de altura. Son tales montañas: el Sincholagua, el Pasochoa y el Rumiñahui, en que engasta, hacia el oriente, el nudo de Tiupullo. Lleva este cerro el nombre del más célebre de los generales de Atahualpa; del que luchó contra los blancos invasores hasta la última hora y, vencido, sepultóse, según la tradición, en las quiebras de ese monte con el resto de sus hombres y las riquezas de la capital, burlando así la codicia de los vencedores. Los detalles de este rasgo de magnífico heroísmo, acompañados de un rápido bosquejo de los hechos que precedieron a su ejecución, serán la materia del siguiente capítulo.



VIII. RUMIÑAHUI.

TERMINADA por Huayna-Capac la conquista del reino de los Caras con la batalla de Yagnarcocha, quiso el Inca consolidar por medio de la política lo que alcanzara con las armas, y, al efecto, tomó por esposa a la hija del último Schyri llamada Pacha. Encontró talvez acertado el procedimiento que, en siglos anteriores, fundiera en uno solo el reino de los Caras con el de los Puruhaes, y obró del mismo modo para soldar su propio imperio con el de su nueva esposa. Era ya Huayna - Capac padre de un príncipe habido en su primera mujer, de su propia sangre, pues era la costumbre de los Incas la misma de

los Faraones egipcios, que se desposaban con sus hermanas para que los herederos del trono fueran por ambos lados de estirpe real. Pero llegó a ser tan grande el afecto que cobrara por su Schyri - Pacha que al hijo de ésta, de nombre Atahualpa, dejó a su muerte el reino que fuera de sus abuelos maternos quedando al primogénito, Huáscar, el imperio pero sólo por los límites primitivos.

Por más de tres años gobernaron los dos hermanos pacíficamente sus respectivos estados, mas habiéndose enseguida suscitado algunas disputas acerca de la posesión de la provincia de Cañar, excitado Huáscar por los consejos de su madre y de sus cortesanos, pretendió arrebatar a Atahualpa el cetro de los Caras y exigióle, al efecto, que le reconociera no sólo como señor de Cañar sino del imperio todo por los límites que lo había poseído su padre. Atahualpa, ambicioso y valiente, muy superior a su hermano y disponiendo en Quito de las mejores tropas y de los tenientes educados en las campañas de su padre, rechazó la insinuación y se preparó para la guerra. Iniciada ésta alcanzó la victoria tomando prisionero a Huáscar y, ocupando la ciudad del Cuzco, se hizo proclamar Inca. Después ordenó degollar a todos los miembros de la familia

imperial exceptuando a Huáscar al que mantuvo en prisión. En esos mismos días, de 1532, Francisco Pizarro desembarcaba con una expedición en las costas meridionales del golfo de Guayaquil e impuesto de los sucesos del país resolvía avanzar sobre su territorio con un atrevimiento que no habría tenido en otras circunstancias. Lejos de encontrar resistencias es fama que recibió en su marcha hacia el interior dos embajadas del cautivo Huáscar pidiéndole protección; y otra del mismo Atahualpa que, temeroso de los extranjeros por las cosas que de ellos se decían, trataba de ganarles a su partido y enviándoles ricos presentes invitaba a su general para una conferencia.

Contestóle Pizarro aceptando la entrevista y diciéndole que venía de paz, en nombre del rey de España, para celebrar un pacto de alianza; y encaminóse hacia Cajamarca, lugar de baños, donde se hallaba el Inca que lo recibió como amigo. Disponíase éste a hacer una visita a su huésped cuando por la más indigna de las traiciones fue sorprendido y apresado por las tropas que Pizarro había preparado hábilmente para conseguir su designio. Los soldados de Atahualpa desconcertados por lo imprevisto de la celada y sorprendidos por las armas de fuego y la acción de la caballería no

pudieron resistir y se desbandaron, muriendo muchos de ellos en el empeño de impedir la prisión de su señor.

Conocida por el Inca la ambición de los españoles y su amor al oro, ofrecióles llenar con este metal el aposento que le servía de prisión, hasta donde alcanzara con el brazo, en cambio de su libertad. Aceptada la propuesta cumplió el indio su palabra entregando los tesoros prometidos a Pizarro, y éste la suya mandando ejecutar a su prisionero. Entre tanto perecía también Huáscar por orden de Atahualpa, según unos, o de su general Calicuehima, al sentir de otros, sabidas las embajadas que había enviado al jefe español. La muerte de los dos hermanos hubiera dejado el imperio en poder de los españoles, sin que se vertiera una gota más de sangre, sin la presencia de Rumiñahui.

Mientras que Pizarro se dirigía hacia el Cuzco, ciudad de la cual tomó posesión sin resistencia, aumentadas sus huestes con los refuerzos que le trajera, de Panamá, Diego de Almagro, Rumiñahui, uno de los más astutos y valerosos generales de Atahualpa, que se había hallado con éste el día de su prisión mandando una gran parte del ejército acampado cerca de Cajamarca, se dirigió con sus tropas a Quito después de conocer la desgraciada suerte de su señor, y, di-

ciéndose nombrado gobernante, se apoderó del reino. Para ello al saber la muerte del Soberano fingió grande aflicción, y reuniendo a los miembros de la corte y a las mujeres del difunto los mandó degollar en medio de la orgía con que celebró los funerales, proclamándose en seguida rey de Quito. Dueño de los tesoros y de la fuerza su autoridad fue reconocida en la mayor parte de la antigua monarquía de los Schyris. Sabida por Pizarro la actitud de Rumiñahui ordenó a su teniente don Sebastián de Belalcázar, a quien había dejado en el puerto donde desembarcara guardando la retirada y en espera de nuevos auxilios, que marchara hacia el Norte con el primer contingente de aventureros que llegaran al Perú, cuya fama empezaba a atraerlos en gran número. Preparó Belalcázar la expedición compuesta de doscientos hombres y aprovechándose de la alianza con los Cañaris, que le habían pedido auxilio para vengarse de los Quitos, salió de San Miguel —que así se llamó el puerto— en Octubre de 1533. Rumiñahui le esperaba en el límite de la provincia de Puruhá con la de Cañar, en una llanura en la que había mandado abrir hoyos algo mayores que las patas de los caballos con sendas estacas puntiagudas en el fondo y cubiertos en la apariencia; pero un

traidor hizo saber a los españoles la estratagema preparada por vengarse de Rumiñahui que le había hecho eunuco para dedicarlo al cuidado de sus mujeres.

Rabioso el indio por la penetración de su ardid y resuelto a morir en defensa de su patria y de su trono, situóse en el inexpugnable sitio de Tiocajas e hizo-se fuerte apoyándose en el baluarte que allí había en el paso obligado del camino para Quito. Empeñada la batalla duró ella entero un día y al caer de la noche el campo estaba lleno de cadáveres sin que la partida se decidiera a favor de alguno de los contendores. Belalcázar entonces, vista la grande pérdida que había tenido de soldados y caballos y sobre todo la gran carnicería hecha en las filas de sus aliados, estuvo a punto de retirarse a la tierra de éstos en busca de refuerzos cuando un suceso inesperado vino en su auxilio: el Tungurahua hizo una enorme erupción y los indios supersticiosos, que permanecían en su campamento esperando la continuación de la batalla, se acobardaron creyendo que el cielo se ponía a favor de los extranjeros y huyeron a la desbandada. Retiróse Rumiñahui con los pocos soldados que le quedaban hacia la capital, arrasando a su paso cuanto pudiera servir al enemigo. Llegado a Quito reunió a los principales, les expuso en fra-

ses ardientes la inutilidad de todo esfuerzo para vencer en lucha franca a los invasores y después de ordenar a los habitantes la retirada de la ciudad, alzando con todo lo que pudieran, le puso fuego y degolló a las vírgenes del Sol, porque, habiendo sonreído algunas, creyó que festejaban ya la llegada de los vencedores. Perseguido por Belalcázar, que al llegar a Quito en Mayo de 1534 encontró sólo cenizas donde pensaba hallar inmensos tesoros, y desesperado de poder hacer una resistencia eficaz, internóse ya casi solo en la montaña que hoy recuerda su nombre, y allí, dice la leyenda, enterró los tesoros inmensos sacados de los templos fabulosos del Sol y de la Luna de la destruida ciudad, presenció el suicidio de sus pocos compañeros y con el suyo propio borró para sus perseguidores todo rastro que pudiera conducirles a la satisfacción de su codicia (1).

La niebla oculta casi siempre a los ojos curiosos de los viajeros aquel vol-

(1) Esta leyenda que se ha formado tomando como base la Historia del P. Velasco ha sido completamente desvirtuada por otros historiadores entre los que se cuentan Herrera y Castellanos, que narran posteriores combates de Rumiñahui con las fuerzas de Belalcázar, hasta que fue hecho prisionero. El Dr. José Fernández Salvador, Director General de Estudios que fue en Quito, decía haber leído una acta del Cabildo de esta ciudad en la que consta que Rumiñahui fue ajusticiado en la plaza de la misma.

cán sepulcro que pregona con su nombre la gloria de un vencido. Parece como que la naturaleza quisiera proteger, llena de amor, el descanso buscado por el héroe. Los indios ecuatorianos hanse negado siempre a tomar parte en las expediciones hechas al monte por los buscadores de tesoros, pues es su creencia que el general Rumiñahui, convertido en un león, devora a cuantos pretenden ir a turbar su sueño. Cuando el viento, rasgando la perenne cortina, muestra por algunos instantes la misteriosa montaña, esta semeja en verdad, ante la fantasía impresionada, la figura del rey del desierto, vuelto la enorme boca, o caldera, hacia la vieja metrópoli y fingiendo una melena la negrura de sus peñascos



IX. LOS ULTIMOS KILOMETROS.

FL tren aumentó de velocidad desde que llegado a la cima de la cuchilla comenzó a descender. La vegetación característica de la región paramosa fue desapareciendo y los campos, más y más cultivados a medida que el terreno se iba suavizando, tomaron al fin un aspecto primaveral, con sus grandes llanadas de color de esmeralda, pobladas de numerosos rebaños y salpicadas de habitaciones que interrumpían los plantíos de toda especie, cuyos grandes cuadros formaban como tableros de ajedrez. Pasábamos por la rica región de Machachi y pronto nos detuvimos en una estación correspondiente al pueblo del mismo nombre aunque muy separada de él.

Machachi capital del cantón de Mejía, el más extenso de los tres que constituyen la provincia de Pichincha, está situado en el centro de un vallecito que rodean los montes Pasochoa y Rumiñahui y el nudo, o serranía, de Tiupullo, a 2.935 metros sobre el nivel del mar y a 35 kilómetros de Quito, con una temperatura de 13° del centígrado. Es centro de una de las más importantes regiones ganaderas de la República, contándose en sus dependencias unas cien mil cabezas de ganado vacuno de las cuales la mitad son rebaños domesticados y la otra mitad se compone de individuos dispersos en los páramos vecinos en estado salvaje, lo que hace muy difícil su reunión.

Los mejores hatos para la producción de leche y queso se encuentran en las cercanías del pueblo y sus productos son llevados diariamente a la Capital en un tren que sale en la mañana y se conoce con el nombre de «el tren de la leche». Como terrenos para la ceba los de Machachi igualan, si no superan, a los de las cercanías de Zipaquirá, en nuestro departamento de Cundinamarca, en los que es fama que cada novillo puesto a engordar gana una libra de grasa por día.

Otra de las riquezas naturales de Machachi es el sinnúmero de fuentes de

aguas termales de las que las más afamadas son las conocidas con los nombres de Tesalia, Guitig, Puichig, San Agustín y la Calera. Tienen todas diferentes temperaturas al salir a la superficie de la tierra y son muy medicinales. Enfermedades del hígado, del estómago y especialmente de los riñones se curan con ellas, según la naturaleza de los gases y de las sales que predominan en las de cada fuente. De regiones distantes hay una continua afluencia de personas a tomarlas en los propios manantiales, a la vez que constituyen la base de un activo comercio con todas las ciudades del país.

Se dice que en el páramo de «el Corazón» hay minas de carbón de piedra, pero yo pongo en duda la existencia allí de tan preciosa sustancia, traída desde California para el uso del ferrocarril y para todas las industrias que lo han menester en el Ecuador. Teniendo como tenemos en el Cauca inagotables yacimientos del precioso combustible, cuya calidad ha sido considerada por los entendidos al igual del mejor del que se produce en Australia, su comercio constituirá no muy tarde para nosotros una fuente extraordinaria de riqueza siempre que se abarate el flete del transporte ferroviario entre Cali y el puerto de Buenaventura y una vez que éste haya

sido dotado de los muelles necesarios y acondicionado, mediante los trabajos de dragado, prospectados ya, para que puedan penetrar a él, sin peligro, vapores de elevado tonelaje.

Por Machachi pasa la gran carretera nacional que ya dije que se extiende desde Quito hasta Guamote, adelante de Riobamba; con ella empata allí la que viene del valle de los Chillos comunicado también con la capital con otra sección de la misma. Magníficos caminos de herradura se desprenden también en Machachi para varios lugares de importancia y especialmente hacia la región conocida con el nombre de «Santo Domingo de los Colorados» por donde debe pasar algún día un proyectado ferrocarril que unirá a Quito con el puerto de Bahía de Caráquez y que habrá de redimir al Ecuador de la ominosa carga que soporta por efecto del contrato que dió origen al actual ferrocarril entre Guayaquil y el interior de la República.

Machachi, Aloag y Tambillo son las últimas estaciones antes de la de Chimbacalle, que es la correspondiente, por ahora; a Quito, pues la Compañía no se ha resuelto a emprender en la construcción del pedazo de línea que aun falta para llegar al seno de la ciudad, por lo muy costoso que resultaría ese trayecto en

que hay que salvar la cuenca del Machángara, según unos; y, según otros, porque con ello dejaría de coger lo que le produce la empresa de transportes establecida por la misma compañía para llevar la carga que trae el ferrocarril desde la estación de Chimbacalle a los parajes de su destino. En los tres lugares primeramente nombrados la proximidad a la capital se hace sentir ya por la afluencia de pasajeros, la mayor parte hacendados que regresan a sus hogares y que salieron a sus trabajos en el «tren de la leche», por la mañana, o en alguno de los días anteriores. Excusado es decir que tienen que hacer el viaje de pie, si no prensados contra los que con más fortuna, por derecho de prioridad, lo hacen sentados y expuestos a cada instante a tener que soportar el peso de los que no son suficientemente hábiles para guardar el equilibrio y resistir los empellones todas las veces que un nuevo pasajero penetra en el carro.

De Machachi la línea toma por las faldas del Corazón, y dejando atrás la mencionada estación de Aloag, llega a Tambillo, desde donde asciende por la última vez salvando un postrer accidente, pasado el cual atraviesa las valiosas haciendas de Turubamba y endereza hacia el final de su carrera que ter-

mina ordinariamente a las tres y media de la tarde. Desde los campos de Turubamba se alcanza a ver ya la capital cuyo poblado se derrama por los costados del Panecillo que, a manera de un baluarte, se levanta en el fondo del cuadro. Los últimos momentos del viaje son de una grande animación y ponen una nota alegre en el ánimo la riqueza de los campos, la hermosura del paisaje y el buen gusto que revelan en su construcción las quintas y lugares de recreo que pululan en las inmediaciones de la metrópoli.

En la estación de Chimbacalle la muchedumbre compuesta de curiosos, de negociantes de toda especie y de personas que ocurren a dar la bienvenida a amigos o parientes se concentra al aviso de la llegada del tren y se lanza sobre los carros de todas las clases apenas se detienen. Entre el rumor de la humana colmena sobresalen los gritos de los cocheros y conductores, haciendo su «reclame», a la par de las notas roncadas con que los autos avisan su presencia. Entre centenares de caras que se me presentan escudriño afanoso las de las personas que me esperan, y, deseoso de estrecharlas cuanto antes en afectuoso abrazo, esfuerzo la memoria para reunir los rasgos fisonómicos que no he visto hace tantos años y apli-

carlos a alguno, o algunos, de los circunstancias. . . . Las veo al fin y apenas podemos abrirnos paso entre la multitud corremos los unos hacia los otros, y el efusivo encuentro, preñado de todas las emociones placenteras y dolorosas que producen en tales casos la presencia de los seres queridos por tanto tiempo ausentes y la constancia de la eterna separación de los que no encontramos ya, se prolonga por un cuarto de hora indescriptible. . . .

Después nos dirigimos todos a la ciudad, repartidos los recién llegados en los carruajes de los encontradores.

— Quito, Quito! exclamé inconscientemente, maquinalmente, al recorrer el trayecto de la estación a la casa que se nos tenía preparada y reconocer los sitios y las calles que desfilaban ante mis ojos como una evocación de cosas y de tiempos que yo creía idos para siempre de mi vida.



X. QUITO.

TRIUNFANTE Belalcázar de las huestes de Rumiñahui se dirigió rápidamente a la capital cuya destrucción no pudo impedir y llegó a ella, según se dijo ya, en Mayo de 1534. Allí le alcanzó don Diego de Almagro con algunos refuerzos, y después de buscar en vano entre las cenizas los tesoros que suponían escondidos regresaron ambos hacia el sur y resolvieron fundar una ciudad en las inmediaciones de la laguna de Colta una vez terminada la pacificación del país, pero habiendo tropezado con varios inconvenientes cambiaron de parecer y optaron por la restauración de la destruída capital de los

Schyris. Al efecto, el 4 de Octubre de 1534 se extendió el acta correspondiente, que se dijo de *fundación*, dando a la ciudad el nombre de San Francisco de Quito, en honor del santo del día, y se hizo inmediatamente la designación de los primeros alcaldes y regidores tomando Belalcázar el título de Teniente del Gobernador. Procedióse en seguida a la distribución de solares entre los que habían de avecindarse en la nueva población, los que les fueron señalados en el lado norte tocando una manzana a cada dos vecinos.

Por su parte los indígenas sometidos levantaron también de nuevo sus habitaciones aceptando la amistad del conquistador, cuyo yugo encontraban más suave que el del ferroz Rumiñahui, y siguiendo el ejemplo del cacique de Cacha, descendiente de los Schyris, de nombre Cuchilima, que había trabado ya amistad con Belalcázar. Con esto Quito volvió a ser muy pronto el importante centro que había sido.

Empeñado Belalcázar en la conquista de las tierras que forman hoy los departamentos colombianos de Nariño, Cauca y Valle del Cauca, de las cuales recibió el título de Gobernador, siguió perteneciendo Quito a los dominios del Perú, bajo la autoridad de Pizarro y sus sucesores, erigidos en Virreinato. Me

extralimitaría si quisiera seguir el curso de las peripecias de los gobiernos que se siguieron en esos territorios hasta que se consolidó su administración, terminado el período que podemos llamar de la conquista, y empezó a funcionar en su capital el tribunal de la Real Audiencia, el 29 de Agosto de 1563, iniciándose otro bien distinto como fue el de la Colonia.

Establecido el orden continuó, la construcción de edificios con una rara actividad, y el esfuerzo paciente de los aborígenes, dirigido por arquitectos españoles, hizo pronto de Quito una de las mejores ciudades de Sur América, marcado en ella el estilo peculiar de esa época que aún conserva en gran parte la casi totalidad de las poblaciones del mismo origen y de la misma edad en el continente. El florecimiento de las instituciones monásticas, que tanto prosperaron bajo el régimen que siguió en los dos siglos posteriores, basado en la fe de los blancos criollos y en la abyección de los indios, púsole el tinte religioso que conserva todavía y que no vendrá a borrarse hasta que la magnificencia de los templos de antaño se confunda con la de los modernos edificios que empiezan a surgir, y la magnitud severa de los muchos claustros haga contraste con la de los

teatros y demás lugares consagrados a las necesidades de la vida que también brotan donde quiera por efecto de tendencias en que se derriten, como la nieve al fuego, ideas cristalizadas desde hacía mucho tiempo en todas las sociedades hispano parlantes.

Iniciado el movimiento emancipador en la mayor parte de las colonias españolas, desde las postrimerías del siglo XVIII, con la penetración en ellas, al través de las pocas rendijas que dejaba abiertas el celo inquisitorial, del espíritu revolucionario que nacido en Francia se extendió por el universo todo, cupo a los habitantes de Quito el alto honor de ser los primeros ejecutores de la sublime idea, y el 10 de Agosto de 1809 proclamaron solemnemente su independencia. Ahogado aquel esfuerzo en la sangre de sus genitores y hecho efectivo más tarde tan sólo con la ayuda del genio de Bolívar, ello no menoscaba su gloria y con razón y desde aquel día la preclara ciudad lleva en el mundo de Colón el merecido renombre de «ciudad luz de América».

La Presidencia de Quito, comprendida más o menos dentro de los linderos de la actual República del Ecuador, estuvo bajo la dependencia del Gobierno de Lima hasta el año de 1718, en que, elevado también el Nuevo Reino

de Granada a la categoría de Virreinato, le fueron agregadas las provincias ecuatoriales que desde entonces sufrieron más o menos la influencia política de Bogotá, a la vez que las tierras comprendidas allende el Mayo, hasta Buga, entraban en más estrechas relaciones con sus vecinos del Sur, sometidas desde entonces, en lo judicial, a la jurisdicción de la Audiencia quiteña. La guerra de la Independencia ligó más aún a los dos pueblos, cuya sangre corrió mezclada en las épicas jornadas que realizaron sus ensueños y vengaron a los mártires quiteños de 1810 y a los granadinos de 1816. La campaña del Perú y la campaña contra el Perú son también páginas escritas en común por granadinos y ecuatorianos. Después razones que no es posible analizar a la ligera separaron sus destinos, pero desde 1830 hasta hace poco puede decirse que las vidas de las dos repúblicas han corrido paralelas por la misma senda escabrosa que sus demás congéneres del continente, sin alcanzar a constituirse, y sin poder brindar ni a propios ni a extraños la anhelada seguridad, fuente del progreso material en todas partes. No extrañemos, pues, que la capital ecuatoriana permaneciera estacionaria hasta veinte años atrás y que el Quito en el cual tocárame pasar años inolvidables de mi juventud, en las postrimerías del siglo que

terminó, fuera el mismo que encontrara en sus comienzos aquella agitada centuria. En cambio su progreso, iniciado y acentuado en lo que llevamos recorrido de la presente, ha sido extraordinario en la última década; ¿hasta dónde no habría ido si nuevas convulsiones políticas no hubieran agitado a la familia ecuatoriana?

La más útil y trascendental de las mejoras materiales llevadas a cabo en los últimos tiempos es el aprovisionamiento de agua potable para la población por medio de un magnífico acueducto de hierro que lleva tan indispensable elemento de vida a todas las casas y a cualquiera altura de ellas merced a la elevación de los tanques depósitos en que se renne y decanta el líquido antes de entrar en los tubos que la distribuyen por todos los barrios. El agua es de calidad superior, proveniente de la chorrera llamada de Pichincha, por formarse de vertientes nacidas en dicho cerro, y en cantidad suficiente para las necesidades actuales. Colocados los tanques en lugar adecuado no tienen los inconvenientes de los del acueducto de Bogotá, que aunque rodeados de muros lo están también de habitaciones miserables, verdaderos semilleros de enfermedades, de las cuales el viento coge y arrastra en verano el polvo que va a

dar a los depósitos del agua convirtiéndola así en el primer agente de infección. En Quito puede tomarse en todo tiempo con confianza, cosa que en la capital de Colombia sólo se puede hacer con la afamada de Padilla, que llevan a las mesas de los acomodados gremios de gentes dedicadas a ese oficio, mientras que el pueblo tiene que envenenarse pacientemente hasta que el Municipio remedie tan terrible situación.

Antes de la instalación de este acueducto los quiteños se servían únicamente del agua que recogían de las varias fuentes públicas, que se encontraban en todas las plazas y plazuelas, de donde la acarreaban a las habitaciones unos indios que ejercían el oficio de aguadores, tipo original del que apenas si queda hoy alguno de muestra. Son de suponerse las incomodidades consecuenciales a tal estado de cosas, en aquella época. Jamás he podido explicarme por qué los españoles no hicieron en Quito un acueducto de la clase de los que hubo, desde ha más de dos siglos, en la mayor parte de las ciudades del Nuevo Reino, hoy Colombia, de los cuales muchos prestan aún perfecto servicio mientras se cambian por los modernos de hierro.

A la buena agua, obra de la Municipalidad, se ha venido a unir la buena luz, como resultado de una completa

instalación de energía eléctrica que tiene ya algunos años de existencia y que se debe a una sociedad anónima cuyas acciones pertenecen en parte a vecinos del lugar y en parte a un sindicato extranjero. Esta empresa de luz suministra la fuerza necesaria para el servicio de tranvías eléctricos que se acaba de instalar y que pertenece a otra compañía cuyas acciones están casi todas en manos de ciudadanos americanos. Se habla de la consolidación de las dos empresas en una sola resuelta a dar grande ensanche a ambos negocios.

Pero la grande obra ejecutada en los últimos tiempos en beneficio de toda la República, y especialmente en el de la capital es la del ferrocarril que la pone ya en comunicación directa con el mar y da acceso, hasta el interior, a todos los demás elementos del progreso moderno los cuales no pueden andar sino sobre las férreas paralelas. Ese ferrocarril que dije ya que había sido comenzado por García Moreno y seguido lentamente por las varias administraciones subsiguientes con los pocos recursos con que contaba la Nación, pero con la ilusión de de verlo propiedad de la misma Nación, se llevó adelante y se concluyó en un lapso cortísimo de tiempo mediante un contrato que para el efecto hizo la ad-

ministración del General Alfaro con el ciudadano americano Archer Harman. El rápido avance de la línea mientras se construía y el desarrollo que su terminación produjo en cierta clase de industrias causó en los primeros momentos una especie de vértigo en todas las masas del país, que miraron entonces al General Alfaro como el redentor de la Patria. Hechos posteriores parece que han venido a demostrar que ese ferrocarril, en la forma en que se hizo el contrato, es uno de los peores negocios llevados adelante por tal administración y que en las manos en que se encuentra, constituye un peligro permanente para la paz y talvez hasta para la independencia del Ecuador. El porvenir está encargado de decir la última palabra en el asunto. Los términos generales del mencionado contrato son los siguientes :

Archer Harman debía conseguir el capital necesario para la realización de la obra mediante la colocación de bonos del 7 por ciento emitidos por el Gobierno Nacional (6 por ciento de intereses y 1 por ciento de amortización) y garantizados con la primera hipoteca de la renta de aduanas, debiendo el gobierno responder hasta el monto total del servicio anual una vez aplicados a éste

los productos netos del tráfico de la línea completando la diferencia si la hubiere. Harman, o la Compañía por él formada, explotaría, en pago, la línea por 60 años, después de los cuales el ferrocarril pasará a ser propiedad del Gobierno. En esa compañía el Gobierno tiene el 49 por ciento de las acciones y Harman, o el grupo que representa sus derechos, el 51 por ciento, lo que significa que el control de la entidad que maneja la empresa lo tienen los herederos de Harman, quienes alegan que no habiendo hasta ahora utilidades que repartir, por absorber la administración y conservación de la línea todos sus productos, toca al Gobierno pagar íntegramente las anualidades en servicio de la deuda creada para la construcción de la misma. En dos platos: el Gobierno Ecuatoriano puso el capital para la obra, puesto que es una deuda suya que él sólo garantiza, y los herederos de Archer Harman se benefician solos de sus productos si es verdad, como lo asegura el público, que el ferrocarril sí deja pingües utilidades de las cuales tampoco se da al Gobierno lo que le corresponde como accionista. Un desagrado latente existe en toda la República contra la «Guayaquil and Quito Railway Company», así se llama la Compañía formada por Mr. Harman, a la que se designa como

fautora principal de la revolución que derrocó el gobierno legítimo de don Lizardo García y elevó, por segunda vez, al General don Eloy Alfaro a la cima del poder contra la voluntad de la mayoría de sus conciudadanos.



XI. POR CALLES Y PLAZAS.

AL día siguiente de nuestra llegada a Quito lanceme temprano a la calle ansioso de contemplar lugares y monumentos no vistos en tantos años aunque siempre presentes a mi memoria. La casa en que nos habíamos instalado está situada en la carrera de «García Moreno», llamada de «Nueva Granada» hasta las jornadas de las Gradas de Tulcán y de Cuaspud, batallas que en verdad no fueron otra cosa que meros episodios de una guerra de partidos en que tomaron parte tanto los ciudadanos como los gobiernos de Colombia y del Ecuador. No ha cambiado en los últimos veinte años la fisonomía de esta calle, o

que con su paralela, la de Venecia, son las principales arterias de la capital ecuatoriana y equivalen a las carreras 7ª y 8ª de Bogotá, calles «Real» y de «Florián». Del mismo modo que estas, desembocan aquellas en la plaza principal, llamada de la Independencia, y considerada con razón como una de las más bonitas de nuestra América. Enmarcan esta plaza los siguientes edificios: el Palacio de Gobierno, o Capitolio, de hermoso estilo de la época del Renacimiento Italiano. Constitúyelo una galería levantada sobre bóvedas ocultas que sostiene a su vez amplia azotea limitada en los extremos por pabellones que se adelantan un tanto del principal, coronado este por la torrecilla en que funciona un reloj. Con las luces de las bóvedas de la base se han formado otras tantas tiendas, con puertas a la plaza, conocidas con el nombre de *covachas*, en las que funcionan oficinas públicas y privadas. Este palacio, de vieja data colonial, no está terminado aún. Después de 1885 se hizo el claustro del Norte, que no guarda armonía con el primitivo, del Sur, único que existía hasta entonces además de la parte delantera descrita. Se piensa actualmente en continuar la edificación en el resto de la manzana. Está ocupado por el despacho presidencial, los varios Ministerios menos el de Relaciones Ex-

teriores, algunas oficinas de Hacienda y todas las del Correo. No ofrece el Capitolio ecuatoriano nada de extraordinario a la atención del viajero, a no ser los recuerdos de los sucesos trágicos en él verificados. En efecto, la alta galería manchada parece aún con la sangre de García Moreno, victimado sobre sus lozas el día 6 de Agosto de 1875; en la azotea y adjuntos pabellones evoca la memoria toda la belleza y juventud de la heroína que en la noche del diez de Enero de 1883 extremara, con un centenar de soldados adictos y valientes, la agonía de la dictadura militar de su padre; y en los salones del despacho presidencial la mirada del *Viejo Luchador*, conservada en uno de los lienzos que decoran los muros, severa y bondadosa, esfuérsase por adivinar en las impasibles fisonomías de cuantos allí penetran signos reveladores de lealtad o de traición.

En frente al Palacio Nacional y en la esquina del Norte una casa particular, habilitada para el efecto, sirve de Ministerio de Relaciones Exteriores, y en la del Sur álzase el Palacio Municipal, reconstruído sobre planos modernos en el sitio mismo en que sesionaran los Alcaldes y Regidores de la Colonia y en que tuvo lugar el memorable cabildo abierto del 10 de Agosto de 1809.

Una galería conocida con el nombre de «los portales de Salinas» extiéndese de extremo a extremo de esa cuadra uniformando el piso bajo de todos los edificios.

Con un atrio de piedra por delante, sobre bóvedas semejantes a las del Palacio de Gobierno, y una glorieta que corona una cúpula en la mitad de tal atrio, ocupa la Catedral Metropolitana todo el costado meridional de la plaza en cuestión, quedando la fachada y la torre en la carrera de García Moreno, de modo que la glorieta corresponde a la entrada lateral. El atrio es lo único notable de este templo por lo demás sin mérito arquitectónico, pero en cuyo interior causa grata impresión el aseo, poco común en las demás iglesias de Quito, y el orden y compostura con que se verifican las ceremonias religiosas.

Sobre otra serie de portales, llamados «del Arzobispo», levántanse, al lado opuesto a la Catedral, algunas casas particulares y la mansión del prelado católico cuyos balcones se abren también hacia la carrera de Venezuela. Es este edificio de bastante amplitud, sin correspondencia de estilo entre los cuerpos que lo componen y de una frialdad de detalles que se aviene muy mal con la buena apariencia de la mayoría de los que se destacan en la vecindad. Además de

las habitaciones privadas del Metropolitano contiene varias oficinas eclesiásticas.

La plaza de la Independencia lucía hasta hace algunos años una fuente de salto, labrada en piedra, en todo el centro, a la que ocurrían los aguadores que entonces hacían el servicio del barrio de la catedral. Realizada la obra del acueducto de hierro esa fuente desapareció y en el lugar que ella ocupaba levántase hoy un hermoso monumento de bronce y mármol a la memoria de los mártires del 2 de Agosto de 1810, rodeado por un jardín bastante bien tenido, en medio de su verja. En memoria de los mismos mártires una placa conmemorativa se ve a pocos metros de la plaza, en la carrera de García Moreno, en el edificio que hoy ocupa la Biblioteca Nacional y sobre el muro exterior que cierra el gran salón en donde se consumó su sacrificio. Frente a tal placa, otra señala, al frente, en la casa cural de la parroquia del Sagrario, el lugar donde los mismos próceres victimados se reunieran un año antes a decidir y proclamar la independencia de la patria que hoy pronuncia reverente los nombres de Morales, Salinas, Quiroga, Ascázubi, Larrea, Arenas, Peña, y Riofrío.

Tampoco han perdido las demás calles de Quito el aspecto o fisonomía con que las conocí niño, no obstante los mu-

chos edificios de estilo moderno levantados en los últimos lustros, entre los cuales algunos rompen la uniformidad con terceros y cuartos pisos, cosa inexplicable por cierto en una población en donde son tan frecuentes los temblores de tierra que dos veces por lo menos en cada siglo alcanzan las proporciones de cataclismos. El Quito del centro es todavía la hermosa capital de la colonia; pero no sucede lo mismo con sus prolongaciones, en donde las nuevas calles y avenidas, surgidas como por encanto en los últimos diez años, llevan el sello del día, lo mismo en sus líneas exteriores que en el interior de las habitaciones arregladas en un todo de acuerdo con las necesidades de la vida moderna. Entre esas nuevas avenidas está «la avenida de Colombia», bautizada así en el centenario de nuestra emancipación.

Hermosos hoteles, montados en edificios adecuados y sobre planes europeos o americanos, han remplazado a las antiguas casas posadas con grande provecho para los empresarios y comodidad para el elemento flotante extranjero y nacional que es ya de bastante consideración. Entre los mejores están el «Hotel Froment» y el «Hotel des Etrangers», en la carrera de Venezuela, en la cuadra conocida con el nombre de «la calle del

correo» por haberse encontrado en ella la oficina de este servicio en épocas anteriores. Esta calle es el sitio de mayor movimiento de Quito, algo así como *Arrancaplumas* en Bogotá.

La capital ecuatoriana tiene la figura de un cuero de res con la cabeza entera conservada, que viene a ser el Panecillo, hacia el Sur, y con la extremidad correspondiente al cuarto trasero derecho levantada sobre otra colina, llamada de San Juan por el pequeño templo que ocupa la eminencia. Sus calles, más o menos de ocho metros de anchura, son inclinadas en la mayoría, pero generalmente rectas; las que van hacia el occidente ascienden hacia el Pichincha como las que en Bogotá se dirigen hacia Egipto, camino de los cerros de Guadalupe y Monserrate. El poblado se extiende más y más cada día hacia el otro cuarto trasero y los dos delanteros, y, sobre todo, en la dirección de la cola, que es hoy un camellón semejante al que une la capital de Colombia con el vecino pueblo de Chapinero. Existe una tradición según la cual en la colina de Panecillo estaba, en la época de la conquista, el templo consagrado por los Incas al Sol, su divinidad tutelar, y en la de San Juan el dedicado a la Luna. De templo a templo (más o menos un kilómetro) dizque se extendía una cadena de

oro que hizo parte de las riquezas recogidas y enterradas por Rumiñahui. Hoy sólo hay en Panecillo una columna que recuerda los trabajos de la última misión geodésica venida al país a rectificar la medida del arco del meridiano que doscientos años antes hicieran los académicos la Condaminne y Bouguer.

Por largo trecho limita, la ciudad al sudeste, el río Machángara de poco volúmen de agua aprovechado en todas partes, ya como generador de fuerza para diversos usos ya para el reguío de los campos. Este río, cuyas vertientes están hacia el sur en las rugosidades del Atacazo vuelve hacia el occidente por detrás de la loma de Ichimbía para tornar de nuevo al Norte a unir sus aguas con las del Guallabamba, origen del río de Esmeraldas. Una legua adelante de la población mueve las máquinas productoras de energía eléctrica de propiedad de la Compañía que la suministra a la ciudad, según lo dije ya, en un punto llamado «El infiernillo» inmediato al pueblo de Guápulo. La misma compañía tiene otra instalación de menos poder algo más arriba, y cerca de ésta hay otras dos más, adjuntas a una fábrica de tejidos la una y la otra a una empresa de fundición, que funcionan únicamente por la noche.

Atraviesan a Quito dos enormes quebradas, enormes no tanto por la cantidad de agua que llevan sino por lo profundo de los cauces, pero, en parte rellenas, en parte cubiertas por bóvedas inmensas, apenas aparecen en los barrios extremos. Cuando después de fuerte huracanada en los vecinos cerros, en que tienen su origen, los delgados raudales se convierten en torrentes, es cuando sorprende el maravilloso trabajo ejecutado para levantar sobre aquellas quebradas edificios tan vastos como los que soportan los arcos que las cubren, bajo los cuales braman entonces con furia aquellos ríos subterráneos sin que los muros que los contienen cedan una línea a sus embates. Todas las alcantarillas de la ciudad van a dar a las quebradas en cuestión, de modo que cuando crecen el aseo es perfecto. Al contrario un verano prolongado suele determinar epidemias de fiebre tifoidea cuya causa no hay que buscar en otra parte que en el estancamiento de las basuras y materias fecales en aquellos antros entonces casi secos.

Abundan en Quito los templos y conventos, y estos ocupan de ordinario una manzana entera formada por una o más hectáreas de terreno encerradas por altos muros de cal y ladrillo que afean extraordinariamente las calles en que se en-

cuentran. Los más grandes son los de San Francisco, Santo Domingo y la Merced. Es este uno de los tres únicos que tienen ya en el mundo los hijos de San Pedro Nolasco, frailes desocupados desde que los musulmanes, por convicción o por temor a los buques de guerra de las naciones europeas, dejaron de hacer cautivos a los cristianos. Los residentes en Quito parece que llevaban una vida de holganza bastante censurable hasta que García Moreno, que en todo se entremetía, resolvió ponerlos en orden, y de simplísima holgura hasta cuando una administración denominada liberal, amiga de hacer la caridad con los bienes ajenos, les arrebató su patrimonio para dedicarlo a la beneficencia.

Entre los templos sobresalen San Francisco y la Merced por sus dimensiones, construcción atrevida y algunos hermosos detalles, sobre todo en el primero; el del Sagrario, al lado de la Catedral, que debía hacer las veces de ésta, tanto por su magnitud como por el clasicismo de sus líneas revelado sobre todo en la magnífica fachada de piedra; y el de la Compañía, que aunque los jesuitas tienen por el mejor de Suramérica está bien lejos de ocupar lugar tan preminente, si bien hay que admirar en él la prolijidad del trabajo de ornamentación, tan sumamente recargada que no vacilo en colocar este

templo entre los mejores monumentos del churriguerismo. En el frontis hay de todo: columnas salomónicas, estatuas de santos en sus nichos, bustos de idem, ángeles de todos tamaños y posturas, corazones lacerados, geroglíficos indecifrables, inscripciones latinas y relieves en cuya ejecución no se sabe si trabajó más la imaginación del artista, que todo aquello hizo, o su admirable cincel a que la piedra obedeció hasta satisfacer los menores caprichos. « En el año de 1722,— dice una inscripción colocada a la derecha del considerado frontis, en un muro de la parte del convento de los hijos de San Ignacio en que funciona hoy la Universidad Central,—el P. Leonardo de Ubler empezó a labrar las columnas enteras para este frontispicio, los bustos de los apóstoles y sus geroglíficos inferiores, etc., etc.» Lo que confirma mi dicho: el templo de la Compañía de Jesús, de Quito, es una obra maestra de aquel estilo con que reaccionó la arquitectura española, en el siglo XVII, contra la severidad de las líneas puesta en boga en el anterior con la construcción del Escorial, estilo que alcanzó su apogeo en la península en los últimos años de aquella centuria, y a que dió su nombre no su iniciador, que lo fue Alonso Cano, sino uno de sus últimos seguidores llamado don José

Churriguera, y el que, una vez adoptado en la metrópoli, se propagó rápidamente por el nuevo mundo. Creo hasta encontrar grandes analogías, si no una verdadera semejanza, entre la fachada de la Compañía de Quito y la de la iglesia de San Luis, de Sevilla.

Por dentro la Compañía es un encaje de oro sobre un fondo de albayalde, pero encaje de oro puro y de la buena ley del que se empleaba en esos maravillosos altares de maderas talladas que son característicos de los templos españoles e hispano americanos de la misma época y que pasados dos siglos conservan todavía el brillo del primer día. En medio de tanta riqueza de detalles y de conjunto, qué mal están los dos grotescos cuadros del Infierno y del Juicio colocados en el principio de las naves laterales para asombro de los indios, terror de las beatas y admiración de los tontos. Esos cuadros en ese templo no parecen cosa de los Jesuítas.

Aunque de poca apariencia exterior tienen también grande importancia el templo y el convento de San Agustín, tanto por la magnitud de sus proporciones como por las curiosidades que encierran entre las cuales son de notarse varios lienzos del afamado pintor Miguel de Santiago que trabajó en Quito en el siglo XVIII.

Las demás iglesias se llaman Santa Clara, Santo Domingo, la Merced, Santa Bárbara, San Blas, San Marcos, San Roque, San Sebastián, la Concepción, el Carmen Antiguo, el Carmen Moderno, Santa Catalina, San Juan, Jerusalén, Belén, el Tejar y San Diego. Adjuntos a estas dos últimas están los cementerios, conocidos con los mismos nombres, en que se inhuman todos los cadáveres de la capital. Aunque bastante bien tenidos son infecciones en todo al gran cementerio católico de Bogotá.

Belén, pequeñísima capilla en el extremo Norte, fue la primera iglesia que se levantó en la ciudad. Según la tradición en su suelo deben reposar los restos del Virrey Blasco Núñez Vela, vencido por las huestes rebeldes de Gonzalo Pizarro, en la vecina llanura de Iñaquito, el 15 de Enero de 1546.

Apesar de que la Constitución política del Estado garantiza la libertad absoluta de cultos, todavía no se ha levantado templo alguno en el Ecuador perteneciente a otra religión que no sea la Católica Romana.

Digno de especial mención es el Panóptico o Penitenciaría, mandado construir por el Presidente García Moreno. Yérguese al occidente de la población, en uno de los puntos más elevados, y tiene la figura de una estrella encerrada

por un recinto amurallado protegido por torres distribuídas al rededor. Un puñado de soldados puede defenderlo e impedir el acceso a él a un ejército numeroso. De donde deducen algunos la complicidad del Gobierno, que actuaba en el país, en la espantosa tragedia del 28 de Enero de 1912, cuyo primer acto se desarrolló en aquel recinto tenebroso.

Merecen visitarse también, el Hospital, el Manicomio, la casa de Maternidad, la Escuela de Artes y Oficios, los Seminarios Mayor y Menor, la casa de Huérfanas de San Carlos, los colegios para señoritas de la Providencia y los Corazones, algunos de los cuarteles, el Colegio de los Jesuítas, y sobre todo el Observatorio Astronómico, obra también del Presidente García Moreno, que es el mejor del mundo si nos fijamos tan sólo en su excepcional posición, a pocos minutos de la línea ecuatorial, y en la pureza constante del cielo a que apuntan sus telescopios. Ocupa el Observatorio el centro del único paseo público que tiene la capital y que se conoce con el nombre de la Alameda, semejante en su forma al Parque del Centenario de Bogotá, pero un poco mayor en sus proporciones. Adornan además este paseo un busto del doctor Eugenio Espejo, esclarecido quiteño que desempeñó en su

ciudad natal, en los años anteriores a la Independencia, el mismo papel que en Santafé correspondió a don Manuel del Socorro Rodríguez fundador del periodismo granadino; otro de don José Mejía, representante de Quito en la Junta Central de Gobierno tenida en Sevilla en 1809 y defensor en ella de la libertad de la prensa; y una pirámide levantada, a expensas de los gobiernos francés y ecuatoriano, en recuerdo de la misión que envió el servicio geográfico del Ejército Francés a las órdenes del Coronel R. Bourgeois, en 1899, a medir el arco del meridiano, y de la que anteriormente y con el mismo objeto había venido durante la colonia, según lo dije ya, presidida por la Condaminne y Bouguer.

También hacia el norte de la ciudad y detrás de la colina de San Juan existen dos edificios que, aunque inconclusos todavía, demuestran bien la grandiosidad de su concepción y la manera como habrán de corresponder a ella una vez que se encuentren en estado de satisfacer las necesidades que los motivaron. El uno es el Sanatorio, en el que las innúmeras víctimas que hace la tuberculosis en las poblaciones del litoral hallarán descanso y alivio si acaso no la salud; el otro es la Basílica del Corazón de Jesús, llamada también, como la de

Montmartre en París, *del voto nacional*. Será un templo inmenso, de orden gótico, este que se levanta hoy en medio de tantos otros, con el óbolo de todos los católicos del Ecuador.

Además de la plaza de la Independencia existen, la de Sucre con la estatua del gran Mariscal en el centro; la de San Francisco, antigua del mercado, que llenan unos jardines no muy bien tenidos; la de la Recoleta, en la que se desmorona, por mala construcción, el hermoso edificio levantado para la exposición con que, en 1909, se festejó el primer centenario de la independencia nacional; y varias plazuelas entre las cuales sobresale la del Teatro. Este, que lleva también el nombre de Sucre, es de bastante capacidad, pero no resiste que se le compare con el «Colón» de Bogotá, al que tan sólo supera por su situación pues el teatro colombiano debió hacerse en una calle más ancha para facilitar el acceso de los carruajes. Además del teatro «Sucre» hay otros dos, muy pequeños, de propiedad particular en los que casi siempre funcionan cinematógrafos: el uno llamado de «Variedades» está en la misma plazuela que el nacional, y el otro, que se conoce con el nombre de «Teatro Edén», ocupa un costado del gran «Pasaje Royal» que se acaba de abrir entre las calles de García

Moreno y Venezuela a media cuadra de la plaza principal.

Las calles de Quito están regularmente empedradas con guijarros menudos sobre los que ruedan los carruajes sin mayor dificultad. Algunas de las más centrales están cambiando actualmente ese empedrado por otro hecho con sillares. Todas tienen las aceras y una faja, en el centro, también de este material. Apesar del poco cuidado de los habitantes se conservan aseadas por efecto de un servicio muy bien establecido de barredores y carros auxiliares que funciona desde la madrugada. Los empleados de la Sanidad, mediante constantes visitas domiciliarias, evitan el peligro de los focos de infección que pudieran formarse dentro de las casas particulares.



XII. EL PUEBLO.

LAS principales calles de Quito son de grande animación. Determinála el constante y rápido pasar de los automóviles y coches, de más uso que en Bogotá, abundando sobre todo los primeros, probablemente por la facilidad con que vencen las fuertes pendientes de algunas de dichas vías en las que los caballos se ven en dificultades para arrastrar su carga si no constituyen una pareja de primera. Entre éstas las hay de troncos muy hermosos importados casi todos de Chile, lo mismo que muchas de las unidades de trote en que suelen pasear los aficionados a la equitación. En la carrera de Venezuela, en

donde estacionan gran número de los vehículos mencionados, contribuyen a acrecentar el ruido y movimiento del tráfico los carros del tranvía, que la recorren en su mejor parte, con su constante campanileo no obstante el cual ocurren desgracias tan a menudo como en nuestra Atenas muisca, porque aquí como allá se tolera a los conductores velocidades inadmisibles en el centro de las poblaciones y en calles estrechas y concurridas. En esta carrera de Venezuela, como en otras varias de las arterias más centrales, predomina entre los transeuntes el tipo de la dama y del caballero vestido a la europea, pero el traje que convendremos en llamar civilizado casi desaparece, en las demás, en medio de una multitud de pueblo cuya heterogeneidad de costumbres e indumentaria bien merecen fijar la atención del viajero que por la primera vez llega a la capital del Ecuador. Aunque acostumbrado yo a ver cuando era niño esa diversidad de vestidos multicolores y multiformes, cada uno de los cuales corresponde a una clase distinta de las muchas que forman la masa del pueblo quiteño, desde el petrimetre que exagera las características de la moda parisién hasta el salvaje del oriente amazónico que recorre asombrado la ciudad con ligero calzoncillo que apenas le cubre las ver-

güenzas, no he podido menos de embellezarme ahora con el delicioso kaleidoscopio que forma esa multitud ingenua hasta lo increíble, mansa y bondadosa de ordinario, feroz alguna vez y heroica cuantas veces lo es menester; esa multitud cuyos abuelos escribieron con caracteres indelebles la primera página de la magnífica epopeya americana. Entre el salvaje y el petrimetre qué interesantes los demás tipos en los diversos grados de cultura que han alcanzado! Distínguense los indios *zámbizas*, llamados así del nombre del pueblito vecino de donde proceden, que desempeñan menesteres domésticos en las casas particulares, si no pertenecen al servicio del aseo municipal en que se les emplea con éxito sorprendente, y se asemejan a los hermosos *otavalos* por la cabellera larga y la pulcritud en el vestido (calzoncillo corto de lienzo, ruana, o poncho, de lana casi siempre encarnado y sombrero de fieltro gris). Considerados como superiores a estos son los que hacen de obreros de albañilería, procedentes también del campo y otras poblaciones vecinas de la capital, cuyo cabello recortado y pantalón largo son signos de supremacía si bien yo los encuentro inferiores por sus hábitos de desaseo y *chichismo* que tanto los asimila a los indios boyacences. A estos se les llama, o mejor dicho se les lleva

a servir en el ejército, lo que no pasa con los zámbezis, otavalos y demás de cabellera luenga a quienes tan sólo se exige en la guerra el servicio de acémilas, privilegio de que gozan también en Colombia los *guambías* de los alrededores de Silvia, cerca de Popayán.

Sobre la clase que forman los indios puros están los cholos, o mestizos, en los que predomina la sangre americana, obreros también si no artesanos, muchos de ellos de buenas capacidades intelectuales y económicas, a que corresponden en el sexo femenino las bolsiconas que visten de bayetón y ostentan en orejas y gargantas ricos y vistosos perendengues.

Ascendiendo la escala encontramos el tipo conocido en Colombia con el nombre de *medio pelo*, aquí llamado *chullaleva*, voz compuesta de español y quichua que significa una sola levita o gabán. El empleo de las palabras quichuas mezcladas con el castellano es muy común en las provincias serranas del Ecuador, hasta entre las gentes bien educadas, y el quichua puro es el idioma que predomina entre los indios del campo en las mismas provincias, no siendo raro encontrar algunas haciendas en donde el patrón que no conoce la lengua de Atahualpa necesita de intérprete para entenderse con sus dependientes y trabajadores.

Ricos nobles y burgueses visten en Quito a la última moda de París y tienen en sus habitaciones todo el confort de estilo en los centros más aventajados de Europa y América, pasando de una docena los salones que por su rico mueblaje, adicionado de valiosos objetos de arte, pudieran figurar en la sociedad más exquisita. Desgraciadamente esos salones permanecen cerrados casi siempre, pues un retraimiento exagerado es la característica de la mayoría de las familias quiteñas. Para este retraimiento ha influido, a no dudarlo, el demonio de la política, pues tratándose de alguna fiesta social habida en los días siguientes a mi llegada supe de personas que no asistirían por estar invitadas otras distanciadas de las primeras por los odios del día. Y de este retraimiento no se sale ni para ir al hermoso parque de la Alameda en las retretas de los domingos en que las encantadoras hijas de Pichincha podrían encontrar la ocasión de lucir sus galas todas. Para conocer a muchas de éstas es menester sorprenderlas en sus viajes a las iglesias, de saya y cubierta la cabeza con el manto tradicional las más conservadoras, y con graciosa manteleta de tul y vestido sastre todas las demás: la manteleta en acatamiento a las órdenes del Arzobispo, el Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Dn. Federico

González Suárez, gran enemigo del sombrero femenino en los templos, al igual de todos los Arzobispos y Obispos colombianos, menos el de Bogotá.

Carros de toda clase halados por mulas y rocines, y partidas de burros cargados con distintos objetos complican el tráfico cotidiano, exceptuados los domingos y demás días festivos en que prevalecen los carruajes de lujo paseando una juventud masculina alegre y bien trajeada y alguna que otra dama que se resuelve a romper la monotonía de su vida de encierro. En la gran avenida «18 de Setiembre», donde principia la carretera del Norte, son de notar también las numerosas recuas cargadas de mercancías extranjeras y del país que salen con destino a las provincias de Imbabura y del Carchi y aun a nuestro departamento de Nariño, que mantiene un comercio muy importante con la capital ecuatoriana, en donde los pastusos son bien conocidos y se distinguen por la alta copa de sus sombreros de paja toquilla, la luenga barba y el acento peculiar.

Grupos de llamas (ovejas del Perú) se ven una vez que otra con su liviana carga, las cabezas en alto sobre el erguido cuello; con los ojos preñados de dulzura parece que interrogan al hado sobre el destino futuro de su raza. Sus

gráciles movimientos atraen las miradas de la muchedumbre, y, dóciles a la rienda los nobles brutos que antaño las vencieran en el concurso del trabajo cédenles ahora el paso; y lo mismo los autos velocísimos, temerosos de su delicadeza de flores: es la victoria de la línea, expresión de las almas en las bestias como en el hombre.

Las cortesanas quiteñas tienen una fama tan bien puesta como las de la antigua Alejandría. Con las historias de la vida galante en la vieja capital de los Schyris se podría llenar volúmenes y volúmenes si fueran esas cosas para escribillas. Toscos soldados vestidos de acero y venidos a la conquista, en cuyas corazas se mellaron los innúmeros dardos de las tribus enemigas, fueron sus primeras víctimas: las vestales que escaparon a la fiera de Rumiñahui mudáronse en la fe y en las costumbres y flecháronlos implacables. Más tarde serios oidores, regidores, alcaldes y hasta alguaciles de terrible apostura dieron motivos, durante la colonia, para anécdotas deliciosas que la maledicencia de antaño ha trasmitido religiosamente a la de ogaño. Y, por último, sabido está que en Lima y Quito languidecieron, en la molicie, los corazones que se templaran en las campañas libertadoras de Venezuela. Pues bien, o el gremio ha desaparecido, o ha cambia-

do de táctica, pero es lo cierto que esas mujeres cuyas miradas y vestidos ofenden el pudor en casi todas las urbes populosas faltan en las calles de Quito. Alguien me ha dicho que es lo segundo: semejantes a los submarinos las cortesanas, de ahora, dizque no se presentan en la superficie, pero sus tiros son más seguros y sus efectos mayores. ¿Débese ello a temor o hipocrecía? No he podido saberlo. En todo caso el hecho constituye siempre un homenaje del vicio a la virtud y dice de la moralidad pública. Lo malo es que los que están en el secreto se han vuelto suspicaces y por todas partes están viendo periscopios.



XIII. SOBRE INDUSTRIAS.

COMO en las provincias del litoral, constituye la agricultura, en las del interior, la fuente principal de la riqueza; pero mientras que en las tierras ardientes de la costa se cultiva, especialmente, el cacao, el café, el caucho y la caña de azúcar, dedícanse los agricultores interioranos a la siembra del trigo, la cebada, las papas y el maíz cuyas cosechas satisfacen las necesidades de toda la población de la República sin dejar excedente para la exportación, la que, por otra parte, no podría hacerse ventajosamente, de estos artículos, desde que en la mayor parte de los puertos escalonados a lo largo de la costa del

Pacífico se consiguen, producidos en California, con poca diferencia de precios.

Como forraje para los animales cultíbase en toda la altiplanicie ecuatoriana la alfalfa, superando su calidad a la del resto del mundo, no obstante la ninguna selección de la semilla.

En cuanto a los métodos empleados en el laboreo del suelo, poco o casi nada es lo que ha progresado el país: el arado primitivo, introducido a raíz de la conquista, apenas si empieza a verse reemplazado por los de cuchilla de procedencia americana, alemana o inglesa en algunas haciendas en donde también una que otra maquinaria comienza a hacer el trabajo del indio o de la bestia. Sólo en las grandes fundaciones de la costa están en uso los sistemas modernos para el transporte y beneficio de los productos campestres, especialmente en los grandes ingenios de la provincia del Guayas.

Además de los cereales enumerados cultívanse también, en proporciones considerables, las lentejas, las arbejas, y sobre todo las habas y frejoles que, con la harina de cebada (en quichua *mashca*), constituyen el fuerte de la alimentación de los indios.

En las quebradas ardientes que dividen las tierras altas, por las cuales se precipitan los ríos, que en ellas se forman, a la Amazonia o al Océano, cultíbase

también, lo mismo que en la costa, pero en escala muy interior, la caña de azúcar que se convierte toda en aguardiente.

La cantidad de agua disponible y el número de *conciertos* son los factores que se tienen en cuenta para estimar el valor de la tierra en la altiplanicie andina ecuatoriana. Los *conciertos*, además del reducido jornal que ganan ordinariamente, adquieren el derecho de trabajar por su propia cuenta una parcela de la misma hacienda que denominan *guasipongo* y el amor a ese *guasipongo* arráigalos talvez más a la finca en que está incrustado que la costumbre (suprema razón de los actos entre todas las tribus o naciones indígenas de América) y las leyes iníquas que han sancionado tal costumbre. También los *conciertos* determinan en algunas regiones de Colombia el aprecio comercial de muchas haciendas, pero los *conciertos* colombianos (simples terrazgueros) son libres de marcharse de ellas cuando a bien lo tienen sin que deban pagar con su libertad el valor de las obligaciones contraídas con sus patrones a quienes responden sólo con las mejoras que hubieren hecho en la respectiva parcela de tierra que hayan ocupado o con sus demás bienes si poseen algunos.

La ganadería constituye en el Ecuador, como en los demás países de Amé-

rica, una de las principales industrias si bien la carne no ha sido hasta hoy artículo de exportación como lo es, en inmensas proporciones, en la República Argentina y lo ha sido, ocasionalmente, en escala mucho menor en el litoral atlántico colombiano. La raza indígena de ganado, procedente de la que introdujeron los primeros colonos, de la isla Española (hoy Santo Domingo), apenas empieza a ser mejorada por cruzamientos con individuos importados de Estados Unidos o Europa, por agricultores de proporciones ansiosos de mejorar su rendimiento en carne o leche. No obstante, el ganado de las altas mesetas andinas y de los páramos adyacentes fue siempre de buena calidad debido a la excelencia de los pastos naturales (los mismos de la sabana de Bogotá) y muy estimado por la sanidad y peso de su piel que se cotiza en los mercados como la mejor clase bogotana. Con el ganado de la sierra se surten en parte las provincias del litoral en donde el artículo, de calidad inferior, no alcanza a satisfacer las necesidades de la población.

La cría de ganado lanar y de cerda toma cada día mayor incremento, también en las haciendas de la serranía, aprovechándose para el primero los terrenos inferiores por la calidad de pastos, o por lo demasiado accidentados,

y para el segundo todos los desperdicios de la agricultura. El consumo de cerdos alcanza a cifras elevadas y su carne es plato de rigor el día domingo entre la gente del pueblo lo mismo en las ciudades que en los campos.

En materia de caballos poco tenemos que envidiar los colombianos á nuestros vecinos del sur. La raza andaluza, que es la aclimatada entre nosotros, encontró seguramente en los valles del Cauca y del Magdalena, lo mismo que en Bogotá y en Sogamoso, un medio más adecuado a la conservación de sus distintivos de agilidad, suavidad y fortaleza, y a ello deben seguramente nuestros caballos de silla su superioridad a la mayoría de los que se ven en el Ecuador. En cambio abundan más en Quito que que en Bogotá los buenos ejemplares de tiro, que han sido introducidos de Chile, o han nacido en el país como productos de la mezcla de la sangre criolla con la de la raza araucana.

Con burros del Perú y yeguas chilenas se empieza a producir mulares de excepcionales condiciones. Este cruzamiento está ya establecido en varios criaderos y será de gran beneficio para la industria.

Los telares y molinos rudimentarios se conocen desde tiempo inmemorial en la región interandina ecuatoriana. Los

primeros son probablemente anteriores a la conquista, pues sabido es que los españoles encontraron establecido el cultivo del algodón en las naciones más adelantadas de América, como eran las de los Mexicanos, Chibchas y Peruanos. De seguro que en la parte septentrional del imperio incásico conocíase ya el hilado y el tejido de tal producto desde los tiempos remotos en que los Caras no la habían invadido y dominado todavía. En las provincias de Imbabura y de León, como en el departamento colombiano de Boyacá, se confeccionan en el día telas de algodón, de lana y de cabuya por el sistema primitivo, modificado quizá algún tanto, y constituyen un comercio de bastante importancia. En cuanto a los molinos de piedra, movidos por una caída de agua, empezaron con el cultivo del trigo, cuya primera semilla se dice que la trajo a Quito el fraile Jodoco Ricke, de la orden de franciscanos, fundador de varios conventos, entre los que se cuentan el de Quito y el extinguido de Popayán.

Antes de la inauguración del ferrocarril del sur habíanse establecido ya también, introducidas sus pesadas piezas a hombros de indios, las fábricas de tejidos de Ohillo de propiedad unas de la familia Ordóñez y otras de los herederos del Sr. Manuel Jijón; las de Qui-

to de la familia Palacios; y las de Otavalo, de propiedad del Sr. Fernando Pérez, de cuyos productos buena parte se va para el sur de Colombia. Pero en verdad el mayor desarrollo que han alcanzado algunas industrias fabriles en los últimos años se debe a la línea férrea que facilitó la entrada al interior de toda clase de maquinaria. Debo mencionar la fabricación de cerveza, que cuenta en la capital con cinco establecimientos que la producen en grande escala, aunque de calidad muy inferior a la que se fabrica en Guayaquil; y la de cigarrillos, en cuya elaboración sobresalen las fábricas de Chillo, del Sr. Dn. Leopoldo Mercado, y la de *La Corona*, en la ciudad, del Sr. Dn. Modesto Sánchez Carbo. De poco tiempo para acá se han montado también algunos grandes talleres para aserrar, acepillar y moldear la madera por medio de máquinas.

Una fundición bastante bien instalada, perteneciente a los hermanos Martinod, llena en gran parte las necesidades locales en trabajos de hierro y bronce. Los mismos caballeros ocúpanse de montar actualmente una maquinaria completa para hacer calzado.

De las artes manuales está muy adelantada la sastrería, y puede asegurarse que la ropa de hombre trabajada por

cualquiera de los varios maestros que ostentan sus diplomas de cortadores, obtenidos en París o Londres, nada tiene que envidiarle a la venida de esos grandes centros de la moda. En cambio la zapatería, la talabartería y algunas otras pueden hacer aún muchos progresos.

Quito ha tenido siempre fama por sus pintores y escultores, cuyas innumerables obras se encuentran esparcidas en todas las ciudades y pueblos no sólo del Ecuador sino también de Colombia y quizá de Venezuela y el Perú. Con gusto he visto que el núcleo de los aficionados empieza a disminuir en beneficio de los verdaderos maestros de cuyas manos salen hoy lienzos y estatuas que si no están como las del arte primitivo quiteño al alcance de todas las fortunas dan justo renombre a los autores cuyas firmas ostentan al pie.

Por la finura y exquisito gusto de los encajes y bordados que trabajan a mano las hijas del Pichincha podría aplicarse a su patria el nombre de Bruselas sudamericana.

Dominado completamente el comercio de importación por las grandes casas introductoras de Guayaquil, apenas si hay en la capital y cabeceras de provincia una que otra que resista la competencia de aquéllas, sobre todo en materia de

ropaza y quincallería. La venta al detal de artículos de lujo constituye el único ramo halagador para los comerciantes de Quito. Del menudeo, en el Ecuador como en Colombia, se están apoderando los asiáticos, especialmente los turcos, a quienes, yo creo que sin fundamento, se acusa de hacer grandes contrabandos explicándose así su irresistible competencia.

La minería es la industria más atrasada en todo el territorio de la República a pesar de que hay en ella ricos aluviones de oro, tanto en las vertientes que se dirigen al Océano como en las que van hacia el oriente; depósitos de hulla en la provincia de Cañar; yacimientos de petróleo en varias zonas y especialmente en el cantón de Santa Elena de la provincia del Guayas; filones abundantes en cobre en la de Pichincha; y canteras de mármoles de primera clase en varios puntos y especialmente en las regiones meridionales. Apenas si se extraen, no obstante, pequeñas cantidades de oro en los lavaderos de Esmeraldas y en algunos del Oriente sin que la exportación de este metal haya pasado hasta hoy en mucho de la cantidad de medio millón de sucres por año.

La sal que se consume en la República, y que está monopolizada por el

Gobierno, se produce casi toda en el cantón de Santa Elena, al norte del golfo de Guayaquil, por los mismos procedimientos empleados en la costa peruana, de donde se surten del artículo los departamentos del Cauca, en Colombia.



XIV. ASUNTOS ECONOMICOS.

PBEDECE la extraordinaria diferencia del interés del dinero, entre Colombia y el Ecuador, a una mayor riqueza de este país en relación con el número de sus habitantes y de consiguiente a una abundancia de capitales en contraposición con la demasiada escasez que de ellos hay entre nosotros? Pregunta es ésta que me he hecho a menudo al saber que el tipo que ordinariamente cobran los Bancos ecuatorianos tanto en cuentas corrientes como en préstamos a plazo es el 9 por ciento anual, y que raras veces pasa del 10 por ciento, mientras que en Colombia llevamos muchos años con el 18 por ciento, que el Ban-

co de Bogotá redujo por pocos meses del año antepasado al 12 por ciento para volver poco después a lo que ya podemos llamar el estado normal; y al conocer el capital con que giran los principales establecimientos bancarios de Quito y Guayaquil, capital que sube a once millones de sucres, o sean cinco y medio millones de pesos colombianos, que apenas alcanzarán a sumar los bancos todos de Bogotá y Medellín, sin que ninguno de ellos, excepción hecha del Banco Central, pueda rivalizar con el Banco del Ecuador, o el Comercial y Agrícola de Guayaquil, pues si bien los Bancos «de Colombia» y «Bogotá» pueden medirse en materia de crédito con los dos mencionados de la capital del Guayas ninguno alcanza siquiera al millón y medio de dólares propios con que trabaja el «Banco del Ecuador».

Esos once millones de sucres dedicados a la industria bancaria en el Ecuador están distribuídos de la siguiente manera.

El Banco del Ecuador (de Guayaquil), banco de emisión establecido en 1868 con un capital de \$ 400.000, tiene hoy uno de \$ 3.000.000 pagado todo. Reparte del 15 al 16 por ciento de dividendo anual, sus acciones se cotizan a más del doble de su valor nominal y sus billetes tienen un premio de 3 por ciento

sobre los de los otros bancos de la República.

El Banco Comercial y Agrícola (de Guayaquil), banco de emisión e hipotecario fundado en 1895 con un capital de \$ 2.000.000, lo ha elevado a \$ 5.000.000 que están íntegramente pagados. Tres millones están dedicados a la sección comercial y dos a la hipotecaria. Se me asegura que ha llegado a repartir el 20 por ciento de dividendo anual.

El Banco del Pichincha (de Quito), banco de emisión establecido en 1906, con \$ 1.000.000 de capital. Este Banco ha repartido entre el 15 y el 18 por ciento anual y sus acciones se cotizan con premio en el mercado.

El Banco de Crédito Hipotecario (de Guayaquil), con un capital de \$ 1.000.000.

El Banco Territorial (de Guayaquil), hipotecario, con \$ 700.000; y

La Compañía de Crédito Agrícola e Industrial (de Quito), con \$ 300.000 de capital, dedicados a simples operaciones de préstamo sobre hipotecas y a la venta de productos agrícolas e industriales por cuenta ajena.

A mi modo de ver la prosperidad de los establecimientos bancarios del Ecuador y el bajo tipo a que se mantiene el interés del dinero, por influencia de la acción de los mismos, depende primeramente de la sabia legislación que rige en la ma-

teria, muy parecida a la que tuvimos en Colombia hasta que, en mala hora, los gobiernos resolvieron, con la fundación del desgraciado Banco Central, hacer del monopolio de la emisión de billetes de banco una nueva fuente de recursos y llevarnos por la pendiente peligrosa que nos condujo, al fin, al abismo insondable del papel moneda. Esa legislación al amparo de la cual ha sido fácil en Quito como en Guayaquil levantar en poco tiempo uno o más millones para fundar establecimientos de crédito, que a la vez que hacen un buen negocio prestan grandes servicios a la agricultura, al comercio y al Estado mismo, establecimientos tan diferentes de las vulgares casas de usura que entre nosotros se disfrazan con el nombre de Bancos y han sido y son la causa de tantas ruinas para los que les confiaron sus economías, establece más o menos lo siguiente:

Los bancos de emisión deben tener un capital no menor de \$ 400.000, o sean 40.000 Libras Esterlinas, del cual debe estar pagado el 60 por ciento;

La emisión de billetes a la vista y al portador está limitada al doble del capital suscrito y la circulación debe estar respaldada con una reserva en oro sellado del 50 por ciento;

Los billetes pueden ser de cualquier valor no inferior de *un sucre* y son pa-

gaderos en moneda metálica, para cuyo pago se fijarán por lo menos cuatro horas diarias.

Las operaciones permitidas a los bancos de emisión son las siguientes:

Compra y venta de plata y oro acuñados y en barras; compra y venta de giros o letras de cambio; descuento de letras de cambio y cualquier otra clase de títulos de crédito; depósitos, préstamos y adelantos sobre mercaderías en depósitos o sobre cargamentos asegurados.

Les está prohibido:

Tomar parte directa o indirecta en operaciones que no sean de las expresadas anteriormente;

Conservar bienes raíces que no sean necesarios para su servicio por más de cuatro años sin permiso del Congreso; y

Hacer figurar créditos contra insolventes notorios.

El fondo de reserva debe constituirse por lo menos con el 30 por ciento de las utilidades líquidas anuales, después de pagado el 12 por ciento sobre el capital integrado, y dicho fondo se destina a reparar las pérdidas del capital social y a completar, en caso necesario, el 12 por ciento como dividendo anual.

Los bancos están obligados a presentar sus balances mensuales al Gobierno durante los quince primeros días del mes

siguiente y su balance general cada año para su publicación en el periódico oficial.

El Gobierno está facultado para vigilar las operaciones de los bancos por medio de agentes o comisionados especiales.

Los estatutos y sus reformas deben ser sometidos al Poder Ejecutivo para su aprobación de acuerdo con el Consejo de Estado.

El establecimiento de sucursales y agencias es permitido en cualquiera de las poblaciones de la República quedando obligadas al cambio por metálico de los billetes hasta el monto del capital con que giren.

Los bancos de emisión están gravados con la contribución general del 3 por ciento sobre el monto total de sus respectivas emisiones; con el 2 por ciento sobre el valor de sus dividendos anuales y con el medio por ciento sobre su emisión circulante.

En lo no regulado de manera especial para los bancos quedan estos sometidos a las disposiciones generales del Código de Comercio.

Contribuye también al bajo tipo del interés la oferta de dineros a mutuo hecha a menudo por los agricultores del interior, quienes con pequeños gastos obtienen grandes rendimientos en cada co-

secha que aprovechan, y que, económicos y prudentes en demasía, no aventuran sus utilidades en mejorar los sistemas de trabajo, que hoy, como hace dos siglos se reducen al arado de chuzo y a la oportuna irrigación llevada a cabo con los pacientes y baratos peones conciertos. Los industriales ecuatorianos poco amigos de correr aventuras, como los de Colombia, no solicitan con empeño tales dineros para colocarlos en empresas aleatorias, y, por otra parte, sus dueños prefieren confiarlos a personas tan prudentes como ellos mismos, a un ínfimo interés, pero con seguridades, antes que exponerlos a perecer halagados con una prima de verdadero seguro.

No es pues que entre nosotros haya relativamente menos riqueza que en el Ecuador la causa de la carestía del capital. Es que en Colombia el carácter emprendedor y aventurero de la mayoría de sus habitantes mantiene una demanda de capital numerario para toda clase de empresas que no existe en el Ecuador, sobre todo en las provincias interioranas; y la tacañería de una legislación mal inspirada limita entre nosotros la oferta que con una ley de bancos, como la ecuatoriana, se produciría al momento con beneficios notorios para prestamistas y prestatarios acabando con la usura, fuente de los innumerables de-

sastres lo mismo de individuos que de instituciones registrados tan a menudo en los últimos tiempos.

La unidad monetaria del Ecuador es *el sucre*, que equivale a 24 peniques de la moneda inglesa, o sea una moneda de 0,8136 gramos de oro a la ley de 0,900; pero en verdad esta moneda no existe, pues la moneda de oro de menor valor que se debe cuñar es de dos sucres, con peso de 1,6272 gramos de oro, 14 milímetros de diámetro y 0,900 de ley. Del valor de un sucre existen monedas de plata de 25 gramos de peso y 0,900 de ley, y son también de plata las monedas de veinte y diez centavos de sucre. Las monedas de menor valor, o sea de uno, dos y cinco centavos son de níquel. Los múltiplos del sucre son, además del doble sucre o quinto de condor cuya ley y peso dije ya, el medio condor de valor de cinco sucres con peso de 4,068 gramos de oro y 18 milímetros de diámetro, y el *condor ecuatoriano* del mismo peso, diámetro y ley de la libra esterlina, cuyo valor es de diez sucres. Prácticamente sólo circulan las monedas de plata y los billetes de banco que, conforme a la ley, deben estar respaldados por la reserva de oro y ser cambiados, a su presentación, por monedas de este metal: esa reserva alcanza, más o menos, a cinco millones de sucres, cal-

culándose otra cantidad igual de monedas de oro en manos del público. La mayor parte de este oro es de monedas extranjeras de la ley ordenada para las nacionales.

En billetes de los tres bancos principales del país (el del Ecuador, el Comercial y Agrícola, y el del Pichincha) había en circulación a principios de 1914 la suma de \$ 9,858,256; pero hoy casi está duplicada esta cantidad debido a emisiones hechas en los dos últimos años por el Banco Comercial y Agrícola, por orden y autorización del Gobierno para poder ayudar a éste en sus necesidades fiscales motivadas por la reciente guerra civil, con lo que la ley de bancos ha sido quebrantada, pues el establecimiento emisor no tiene para respaldar esas nuevas emisiones sino la deuda del Gobierno, y se ha dado el primer paso hacia el papel moneda. Al efecto, como consecuencia de tal situación, el Gobierno ha decretado una moratoria que faculta a los bancos para suspender el cambio de sus billetes por oro. ¿Cuánto habrá de durar tal moratoria? Si el Gobierno consigue el empréstito que solicita y necesita para satisfacer su deuda al Banco Comercial y Agrícola, el tiempo necesario para la consecución de dicho empréstito; pero si no encuentra quien le proporcione el

dinero que requiere, es muy posible que el decreto de moratoria tenga que convertirse, en día no muy lejano, en otro en que se declare el curso forzoso, bien del papel emitido sobre la base de la fe gubernativa, o de otro con que habría que recoger este. Verdaderamente interesados en que el Ecuador no encuentre un solo tropiezo en la vía de su prosperidad los colombianos debemos hacer votos fervientes para que la República hermana se libre de la más grande de las calamidades que nos han afligido durante los años de nuestra vida como nación independiente.

Las cédulas de los bancos hipotecarios sumaban el 31 de Diciembre de 1913 un valor de \$ 12.866,700 y las acciones de las distintas instituciones de crédito alcanzaban en la misma fecha a un valor pagado de \$ 14,632,500. El conjunto de los valores circulantes en la República lo estimó entonces la Cámara de Comercio de Guayaquil en muy cerca de cincuenta y dos millones de sucres.



XV. GEOGRAFIA POLITICA.

LA República del Ecuador cuyo gobierno, según la carta fundamental, debe ser representativo, republicano, y democrático, está dividida para su administración en diez y seis provincias, con gobernadores de libre nombramiento y remoción del Ejecutivo superior, y son a saber: Azuay, Bolívar, Cañar, Carchi, Chimborazo, El Oro, Esmeraldas, Guayas, Imbabura, León, Loja, Manabí, Pichincha, los Ríos, Tungurahua y Oriente. Divídense éstas en cantones, que constituyen la entidad municipal, y los cantones se subdividen en parroquias que equivalen a nuestros corregimientos, aunque en verdad muchas

de ellas disfrutarían por su importancia, si estuvieran en Colombia, de las prerrogativas municipales, reservadas en el Ecuador para los grandes centros y que entre nosotros se han otorgado a villorrios insignificantes que ni siquiera cuentan con el personal idóneo necesario para manejar los intereses de la comunidad, constituyendo ambos extremos grave defecto que contraría los preceptos del Derecho Administrativo confirmados por la experiencia.

En lo judicial la división es igual a la nuestra, aunque varía la designación de los tribunales de segunda instancia (Cortes Superiores) y la de los jueces de primera, llamados alcaldes municipales y jueces de letras, conforme esta nomenclatura con el procedimiento, que es el viejo procedimiento de la colonia, abandonado en Colombia hace más de medio siglo, el cual no deja de ser engorroso con sus escribanos, asesores y alguaciles encargados de llevar a la cárcel a los delincuentes y a los que no pagan oportunamente las costas a que son condenados en los juicios civiles, anacronismo que no se compadece con los principios de la jurisprudencia moderna y menos aún con un régimen político que ha dado en llamarse liberal. En materia civil las partes sufragan los honorarios de los juzgadores, lo que se

presta también más fácilmente a establecer corruptelas de irreparables y funestas consecuencias.

La administración municipal está a cargo de los Concejos Cantonales cuyos miembros pueden ser cinco, nueve u once—según la población del cantón—elegidos por el voto directo de los ciudadanos, que lo son todos los ecuatorianos mayores de veintiún años que saben leer y escribir. Entre nosotros son ciudadanos, para el efecto de elegir los ediles y los diputados a las Asambleas Departamentales, todos los varones mayores de la edad expresada estén o no comprendidos entre los analfabetos. Yo estoy por el principio consagrado en la legislación ecuatoriana para hacer forzosa, siquiera de esta manera indirecta, la asistencia del mayor número posible de mis compatriotas a las escuelas de primeras letras, ya que la incontrarrestable influencia del clero católico ha impedido hasta ahora consagrar en nuestra carta fundamental el canon de la instrucción primaria gratuita y obligatoria para todos los niños existentes en el territorio de la República. En materia de atribuciones, los Consejos ecuatorianos tienen más o menos las que tienen dichas entidades en Colombia, y en cuanto a rentas derivanlas también de las mismas fuentes las municipalidades de uno y

otro país. Los cantones, o municipios, eran por todos cincuenta y cuatro en el año de 1910; y de ellos el más rico es el de Guayaquil que en ese año tenía \$ 1.387.424 de renta anual y 140.000 habitantes; le sigue el de Quito con \$ 315,000 y 100.000 habitantes. El más pobre es el de Macará, en la provincia de Loja y en la frontera con el Perú, este cantón no tiene sino \$ 4.625 de renta y una población de 10.000 habitantes. En cambio el cantón de Tulcán, venino de nuestra frontera, tiene \$ 60.432 de renta para una población de veintidós mil habitantes.

Constituyen el poder legislativo dos cámaras: la del Senado y la de Diputados, que entre nosotros se llama de Representantes. Reúnense por derecho propio cada año, el 10 de Agosto, y duran sus sesiones sesenta días que pueden prorrogar por treinta más, y extraordinariamente por el tiempo que los convoque el Ejecutivo. Los senadores son dos por cada provincia y los diputados uno por cada treinta mil habitantes; deben ser elegidos por el voto directo popular, los primeros para un período de cuatro años y los segundos para uno de dos. Para ser elegible, se requiere en ambos casos, la calidad de ecuatoriano de nacimiento: los senadores deberán ser mayores de treinta años y los dipu-

tados de veintiuno. Unos y otros tienen la asignación de \$ 20 al día por el tiempo que duran las sesiones. Con ligeras variantes las atribuciones de ambas cámaras son las mismas de las que componen el Congreso Colombiano.

El Poder Ejecutivo debe ser ejercido, conforme a la Constitución, por el Presidente de la República acompañado por los respectivos Ministros o Secretarios de Estado que son: el de lo Interior, Policía, Obras Públicas y Beneficencia; el de Relaciones Exteriores y Justicia; el de Hacienda y Crédito Público; el de Instrucción Pública, Fomento, Correos y Telégrafos; y el de Guerra y Marina. Al faltar por cualquier motivo el Presidente, que tiene que ser elegido directamente por el pueblo para períodos de cuatro años, deben subrogarlo en el orden respectivo: el último Presidente del Senado; el último Presidente de la Cámara de Diputados; el último Vicepresidente del Senado y el último Vicepresidente de la Cámara de Diputados. No obstante, a partir del 23 de Diciembre de 1906 en que fue sancionada la Constitución en vigencia, el Poder Ejecutivo ha sido desempeñado ilegalmente en más de dos ocasiones en las que el orden preestablecido por la misma fue alterado por la violencia de las revoluciones triunfantes.

Como cuerpo de consulta para el Ejecutivo existe en el Ecuador, como en Colombia, la institución que lleva el nombre de Consejo de Estado; pero su formación difiere completamente en los dos países. Compónenlo aquí: el Presidente de la Corte Suprema de Justicia que lo preside; el Presidente del Tribunal de Cuentas; dos Senadores; dos Diputados; tres ciudadanos y los cinco Ministros de Estado, que tienen voz pero no voto. En general es un cuerpo de mera consulta sin que sus opiniones obliguen al Gobierno sino en muy pocos y determinados casos; pero desempeña también las funciones de Supremo Tribunal de lo Contencioso - Administrativo y entonces sus resoluciones son de carácter obligatorio. Como entre nosotros no se ha formado aún en el Ecuador el verdadero código de lo Contencioso administrativo.

Dice la ley fundamental de la República, en su título sexto, que el Estado garantiza a los ecuatorianos entre otras cosas :

«La inviolabilidad de la vida, quedando abolida la pena capital»;

Pero esta regla parece que ha sufrido sus quebrantos.

«La libertad de conciencia en todos sus aspectos y manifestaciones, en tanto que és-

tas no sean contrarias a la moral y al orden público »;

Pero nadie puede contraer matrimonio conforme a los ritos de su religión y a los dictados de su conciencia sin contraerlo, *previamente*, ante el Jefe Político del Municipio, de lo que resultan muchas pobres muchachas burladas ante la sociedad sin que la ley alcance a hacer algo efectivo a su favor.

«La libertad personal. Prohibiendo el reclutamiento; así como la prisión por deudas, salvo las casos previstos por la ley »;

Pero la ley tiene establecidas excepciones, como la prisión por costas, que destruyen el principio de la garantía que trató de establecer el constituyente; y el reclutamiento es el método ordinario de formar el ejército.

«La libertad de trabajo e industria»;

Pero mientras que en Colombia se puede ejercer cualquier profesión u oficio sin necesidad de pertenecer a gremios de maestros o doctores y el Estado vigila sólo el ejercicio de las profesiones médicas y sus auxiliares, por razones de seguridad pública, en el Ecuador sólo pueden desempeñar ciertas profesiones liberales, como la de abogado, los titulados y sólo los titulados por las Universidades oficiales.

«*La libertad de sufragio*»;

Pero en realidad sólo existe sobre el papel, pues nadie se acerca a ejercer el derecho electoral, so pretexto de que no está garantizado debidamente.

«*La libertad de asociación y reunión sin armas, para objetos no prohibidos por la ley*»;

Pero está prohibido a las mujeres ingresar como monjas a los conventos.

«*La enseñanza es libre, dice el Título V, sin más restricciones que las señaladas en las leyes respectivas*»;

Pero esas leyes señalan pauta a todos los establecimientos particulares de educación cuyos títulos el Gobierno se arroga el derecho de refrendar.

El texto de las disposiciones que he copiado hace ver que las garantías en ellas consagradas no son verdaderas garantías constitucionales, desde que en vez de servir como molde a la ley, se deja a ésta en la posibilidad de establecer excepciones, que no se expresan, y que, de consiguiente, pueden hacer completamente nugatorias tales disposiciones.

Quien quiera que en Colombia pueda pensar que nuestra carta fundamental de 1886, reformada como ha quedado por el acto legislativo N°. 3 de 1910, no es ya la expresión de un avanzado liberalismo político, que estudie las leyes y costumbres de otros países como el Ecu-

dor, cuyos gobiernos se dicen liberales. Y eso que he pasado en silencio *el concertaje*, fórmula de iniquidad que autoriza la esclavitud de toda una raza; pues no otra cosa que un siervo es el que debiendo una suma está obligado a trabajar a su acreedor hasta pagarle, sin poder entre tanto abandonar la finca a que está vinculada su deuda.

La república ecuatoriana, si bien tiene conquistado — hace ya un siglo — su puesto como nación independiente, no puede aún consolidar sus instituciones. La carta fundamental vigente hoy día, expedida en 1906 por la Asamblea Constituyente que siguió a la revolución que dió en tierra con el gobierno del Sr. Lizardo García, es la obra no siquiera de uno de los dos grandes partidos políticos que se han disputado el poder en toda la América latina, sino de una fracción vencedora de otra que se encarnaba en el gobierno derrocado, con el mismo apellido, y que fundaba su legitimidad en la Constitución dada al país apenas dos lustros antes.

No acostumbrado, por otra parte, el pueblo a los torneos civilizados de la democracia, cuyos principios fundamentales determinan, a la luz del moderno criterio mundial, la legitimidad de los gobiernos, y enseñado a ver surgir sus mandatarios, con pocas excepciones, de los golpes de

cuartel, más que del ejercicio de los derechos electorales consagrados en las leyes pero burlados por la acción de la fuerza, como lo fueran también hasta hace pocos lustros entre nosotros por el fraude, ni siquiera ha querido sancionar lo existente tomando parte en los comicios, que pasan casi desapercibidos. Nótase, sin embargo, un resurgimiento a la vida republicana en el entusiasmo con que se empieza a hablar y escribir sobre candidaturas a la presidencia de la República para el período que debe comenzar a fines del año venidero. Si en este despertar del alma nacional y del espíritu democrático los gobernados, dejando a un lado los odios y prejuicios que los dividen, se reúnen en agrupaciones homogéneas y conciertan las alianzas que determine la identidad de aspiraciones para ir a las urnas, y van a ellas llenos de valor civil, único que ~~debe manifestarse, de amor a la Patria~~ y de confianza en el porvenir, después de mantener el debate en el campo sereno de que no debe salir jamás, yo sí creo que al Ecuador se le esperan tiempos mejores, tan buenos como los que nos han llegado en Colombia, donde también recorrimos por muchos años la vía dolorosa que han traginado todos los pueblos de América, hasta que un hombre de corazón y de espada, como el

que actualmente preside los destinos ecuatorianos, alzó un templo a la Concordia, abrió las puertas del Capitolio a todos los partidos mediante la ley de representación de las minorías — hoy cánón constitucional colombiano — e hizo efectiva, por la primera vez, la libertad del sufragio, consolidando así el terreno en que había de levantarse, en 1910, como un tributo a la memoria de nuestros próceres, la Nueva Colombia, libre y feliz, con mandatarios de la talla moral de Carlos E. Restrepo y José Vicente Concha y con probadas instituciones que aceptaron ya todos los partidos mediante las rectificaciones que había aconsejado la experiencia y las mutuas concesiones que inspiró el patriotismo.



XVI. SOBRE MOVIMIENTO

INTELLECTUAL.

PARA terminar diré algo sobre el estado general de la instrucción pública y de la cultura intelectual en el Ecuador. Divídese aquella en escolar, secundaria y superior. La primera, que comprende los conocimientos elementales necesarios para la vida en cualquiera de las esferas de la actividad humana, y que en toda nación que se precie de civilizada debe imponerse, como único medio de obtener una masa consciente de gobernados, y en las democracias con mayor razón para formar verdaderos ciudadanos, capaces de ejercitar las funciones que les toca desempeñar, cuenta con

1.266 escuelas pagadas por el fisco, a las que asisten 65.500 alumnos y en las cuales se gasta la cantidad de \$ 1.223.090 por año. Calculando la población total de la República en dos millones de habitantes resulta que en las escuelas se encuentra sólo algo más del tres por ciento de la misma. Ahora bien, alcanzando al diez por ciento de la población el número de los asistentes a las escuelas en los países en donde la instrucción pública ha llegado a un grado satisfactorio de prosperidad, necesario es concluir que el Ecuador se encuentra todavía bastante abajo del nivel a que se debe aspirar en la materia. En Colombia con una población de seis millones de habitantes tenemos 3.900 escuelas con 250.000 alumnos de ambos sexos, o sea algo más del cuatro por ciento, que tampoco dice muy alto de nuestro grado de cultura, si bien allá los conocidos tropiezos para establecer la instrucción primaria gratuita y obligatoria pudieran quizá servirnos de excusa a los que de buen grado quisiéramos salvarlos. Obligado es decir que los maestros de escuela ecuatorianos son, lo mismo que los colombianos, las primeras víctimas de las dificultades fiscales de todos los gobiernos, por lo que la actual administración, empeñada en debelar las partidas revolucionarias que vienen hostigándola ya para cerca de

dos años, tiene en el más completo abandono a los propagadores de la luz, ya que las rentas todas apenas si le alcanzan para el mantenimiento del ejército que necesita para hacer frente a la situación.

Para la enseñanza secundaria existen doce colegios pagados por la Nación distribuidos en las principales poblaciones de la República, de los cuales el principal es el Instituto *Mejía*, que funciona en la capital y al cual asistió en el año pasado anterior un promedio de 270 alumnos. Sumados estos con los 168 que en el mismo tiempo asistieron a las aulas del que dirigen los Padres de la Compañía de Jesús, único privado de su clase que hay en Quito, tenemos que en la metrópoli ecuatoriana hay tan sólo 438 jóvenes haciendo estudios secundarios. El presupuesto anual de instrucción secundaria oficial vale para toda la República \$ 416.550.

Las universidades son tres, a saber: la del Guayas, de que me ocupé ya, a la cual asistieron en el año lectivo, 1912-1913, 95 alumnos; la del Azuay, en Cuenca, con 127 alumnos; y la Central, en Quito, con 432. Es de notarse la relación de esta cifra con la puesta anteriormente como suma de los jóvenes que reciben enseñanza secundaria en los colegios de la capital.

En las tres universidades no hay otras facultades que las de Jurisprudencia, Medicina y Ciencias, comprendidas en ésta las Ciencias Físicas y las Matemáticas.

Con mucha razón el Ministerio del ramo se preocupa de centralizar en la capital y en una sola grande Universidad los estudios superiores, dedicando a ese único plantel los \$ 300.000 que cuestan los tres que funcionan en la actualidad, lo que permitiría, a no dudarlo, abrir nuevas facultades y seleccionar el personal docente mediante una mejor remuneración de sus servicios.

Para la formación de maestros existen en Quito, el Instituto Normal *Juan Montalvo*, para varones, y el Instituto Normal *Manuela Cañizares*, para señoritas. Con muchísima razón espera la nación ecuatoriana grandes resultados de estas dos escuelas en orden a la formación de buenos maestros con las cuales poder impulsar más adelante la instrucción primaria, dados los métodos de enseñanza teórica y práctica en ellos adoptados.

El Conservatorio Nacional de Música, la Escuela Nacional de Bellas Artes, la Escuela de Artes y Oficios y el «Jardín de Infantes» completan en la capital de la República el número de establecimientos dedicados por el Gobierno al mejoramiento intelectual y moral del país.

Merece una recomendación especial el llamado «Jardín de Infantes», en donde cerca de una centena de niños de 3 á 7 años de edad aprenden a cultivar las flores y a rendir tributo de admiración a la naturaleza en la más delicada de sus manifestaciones. Si el grado de civilización de un pueblo puede medirse, como lo creo yo, por el número de sus jardines, qué sendero tan amplio de luz el de entrada al establecimiento de que me ocupo.

Hay también una Escuela Militar para la formación de oficiales del ejército y una Naval en que se educan los futuros marinos de la armada de guerra.

Centro de estudio y de efectivo progreso es también el Observatorio astronómico y Meteorológico que, fundado por el ilustre García Moreno en 1872, viene siendo desde entonces de gran utilidad, no sólo para el Ecuador sino para el mundo entero, en la senda de las investigaciones que conducen al conocimiento del Cielo, de la Atmósfera y de la corteza misma del planeta que nos arrastra en el espacio, cuyas caprichosas y terribles vibraciones constituyen el objeto de esa nueva ciencia que con el nombre de Sismología promete para muy pronto a la humanidad nueva cadena con que someter a la materia. Aunque su instrumental, de primera en la época en que

fue comprado, se ha quedado atrás en relación con los adelantos habidos posteriormente, sobre todo en materia de telescopios, el establecimiento conserva la importancia que le da su privilegiada situación a pocos minutos de la línea equinoccial, a 2.850 metros sobre el nivel del mar y en medio de la atmósfera más limpia que desear puedan los astrónomos. Su dirección, confiada primero, en la época en que se inauguró, al P. Menten, uno de los cuatro sabios jesuitas alemanes que en aquel tiempo hizo venir García Moreno, (1) y más adelante al Sr. Guillermo Wickman, actual Rector de la Escuela de comercio de Bogotá, está hoy en manos del Sr. Luis G. Tufiño, distinguido joven hijo del país que hizo estudios especiales de matemáticas y astronomía en los más avanzados centros europeos. El servicio de observaciones está dividido en tres secciones diferentes a saber: Astronomía, Geofísica y Meteorología. Los resultados de ta-

(1) Fueron esos Jesuitas, el P. Wolf, autor de la mejor Geografía del Ecuador y de muy importantes estudios sobre curiosidades científicas de la República; el P. Dressel físico y químico de fama universal; el P. Menten matemático y astrónomo y el P. Sodiro cuyas obras sobre la Flora Ecuatorial no han sido sobrepasadas todavía. Los dos primeros salieron de la Compañía y apostataron; Menten murió en Popayán como simple sacerdote y Sodiro, el único que permaneció fiel a la regla de San Ignacio, murió en Quito hace pocos años.

les observaciones se comunican a los grandes observatorios del mundo con los cuales el de Quito mantiene relaciones, y se hacen conocer, de manera muy irregular, del público aficionado.

Aunque la masa del pueblo ecuatoriano no ha revelado jamás las aficiones literarias que hicieron por mucho tiempo el encanto de los colombianos, para quienes las palabras «poeta» y «ungido» tuvieron el mismo significado hasta la hora en que el positivismo se apoderó del alma nacional y le revaluó todo, de ella han salido, no obstante, literatos de nota y gran valía cuyas páginas habrán de vivir mientras viva el habla castellana, pues en ellas palpita el espíritu que engendró la epopeya gigante de la emancipación de Sudamérica, envuelto en las galas incomparables de nuestra lengua madre. Y, en efecto, qué podrá haberse escrito jamás, en el género épico, semejante a «La victoria de Junín» del gran Olmedo; y en los géneros todos, a la prosa cervantina de Montalvo? Y, el eterno poema, realizado de manera admirable en la simplicidad de la vida colombiana dentro del complicado escenario del trópico, por Jorge Isaacs, no lo fue también en páginas rebosantes de sentimiento y de lujos de estilo en la novela «Cumandá» de Juan León Mera?

La Historia ha recibido también rico y abundante tributo en el Ecuador. La otra de doctor Pedro Fermín Cevallos y la del actual Arzobispo de Quito deberán ser tenidas en cuenta, por aquél a quien corresponda rehacer la del mundo colombiano, basando su trabajo en una crítica fundada en hechos comprobados por documentos auténticos, o en monumentos debidamente estudiados como ha procedido en sus trabajos el Ilmo. Sr. González Suárez.

Dije ya de los progresos del periodismo en Guayaquil. Bastante distanciados todavía de los diarios porteños se encuentran los que se publican en la capital, no porque los escritores capitulinos sean inferiores a los de allende el Guayas sino porque el menor grado de refinamiento de la masa interiorana determina un número muy inferior de lectores y, de consiguiente, las empresas periodísticas de Quito no pueden contar con los recursos que sus colegas de la costa para mejorar sus servicios, especialmente el de información. Esto, no obstante, *El Día*, *El Comercio*, *El Republicano* y *El Ecuatoriano* son voceros y exponentes de grandes fuerzas sociales que deberá escuchar el que maneje el timón del Estado, si ha de ejecutar su tarea inspirándose en el concierto de la opinión pública. De los periódicos citados *El Día*

es vocero autorizado del liberalismo civilizado y civilizador, tan apartado del autoritarismo deprimente de las energías sociales como del jacobinismo corruptor y tiránico; *El Comercio*, como su nombre lo indica, es una empresa de información lista siempre a servir a los grandes intereses nacionales y especialmente a los de la capital, en donde es el diario que tiene mayor circulación; *El Republicano* y *El Ecuatoriano* son los representantes de la opinión conservadora en sus diversos matices.

Varias publicaciones científicas y literarias presentan ventajosamente ante el mundo sabio los adelantos de la juventud estudiosa del Pichincha en los diferentes ramos a que dedica su actividad mental. Entre ellas descuellan como primeras la «*Revista*» órgano de una Sociedad Jurídico-Literaria y los «*Anales de la Universidad Central*» y «*Letras*».

De las publicaciones oficiales es de anotar el «*Boletín Telegráfico*» que dice muy bien del servicio de comunicaciones en la República.



XVII. CAPITULO ADICIONAL.

CUANDO afirmé en el Capítulo VII de estos apuntes, que la cima del Chimborazo no había sido hollada todavía por la planta del hombre, ignoraba las ascensiones llevadas a cabo en 1880, a los montes más elevados del Ecuador, por el alpinista inglés Eduardo Whymper, ascensiones que él mismo ha narrado en su obra «Travels amongst the great Andes of the Equator». Asegura en dicha obra el célebre naturalista, que por dos veces subió a la cima del Chimborazo, la primera el 4 de Enero del año citado y la segunda, (para rectificar observaciones que se le frustraron la primera vez por daño de los instrumen-

tos), el 3 de Julio siguiente. En la primera dice haber colocado en el picacho más alto, de los dos que se levantan sobre la meseta que corona el nevado, una bandera roja en su mástil. Comprueba la segunda con el dicho de un compañero llamado Francisco J. Campaña, natural de Quito, quien declaró sobre el particular ante el Cónsul británico de Guayaquil, en Julio 19 de 1880, al tenor siguiente:

«Yo Javier Campaña, natural de Quito, declaro que el 3 de Julio de 1880 acompañé al Sr. Eduardo Whympex hasta el punto más alto de la cima del Chimborazo, que, según me dijo el mismo, está más o menos a unos 16.000 pies, habiéndome provisto, lo mismo que a David, de las cosas necesarias para la empresa como botas fuertes con uñas, guantes de abrigo y lentes para protegernos contra la reflexión de los rayos solares en la nieve. Partimos de la tienda de campaña a las 5 y 15 minutos de la mañana del 3 de Julio de 1880, y comenzamos al punto el ascenso hacia la cúspide. El camino era al principio sobre piedras rodadas, pero después de subir unos mil pies llegamos a la nieve y el resto del ascenso fue enteramente sobre ella, excepción hecha de uno o dos espacios pequeños que encontramos libres y donde las rocas sobresalían de

entre la nieve. Nos detuvimos para almorzar sobre una de esas rocas a las 8 y 35 a. m. y después que Mr. Whimper hubo examinado su barómetro de mercurio nos animó a seguir diciéndonos que ya habíamos hecho más de la mitad del camino a contar del lugar donde habíamos dejado la tienda. Desde allí veíamos al mar. Nos pusimos nuevamente en marcha a las 9 y 5 a. m. Ibamos atados los unos a los otros con una fuerte cuerda para el caso de que alguno resbalara. Unas veces hacía mucho frío, sobre todo cuando venteaba, pero cuando el sol nos hería y el aire estaba calmado sentíamos calor. Como la nieve estaba blanda nos enterrábamos en ella hasta las rodillas; esto nos fatigaba mucho y a ello se debió que gastáramos tanto tiempo en subir, lo mismo en la parte más alta que en la inferior del monte.

Para suavizar el ascenso marchábamos en zigzags y así unas veces dábamos el frente a Guaranda, población que divisábamos entonces, y otras a nuestra tienda. Al fin llegamos a la cúspide y pudimos distinguir las dos puntas. La nieve seguía muy blanda y nos fatigábamos mucho al andar debiendo detenernos á cada paso para cobrar aliento. La más alta de las puntas estaba hacia la izquierda, al lado norte del monte, y fui-

mos derechos hacia ella sin pensar en subir a la otra. Cuando nos acercamos al sitio más elevado notamos la presencia allí de algo extraño y al acercarnos vimos el palo de una bandera que Mr. Whymper había dejado en su primera ascensión, seis meses antes. Sobresalía de la nieve una y media varas y conservaba aún girones de la tela que el viento había rasgado y llevádose en pedazos. Guardé algunos de estos girones para mostrarlos a mis amigos a la vuelta y me consideré orgulloso de ser el primer ecuatoriano que coronara la cima del gran Chimborazo.

Llegamos al punto más alto a la 1 y 20 p. m. y casi al mismo tiempo empezó a caer ceniza del Cotopaxi, que pronto nos llenó ojos, narices, boca y cejas convirtiendo la nieve de blanca en negra. Mr. Whymper arregló sus instrumentos y estuvo trabajando todo el tiempo que estuvo en la cumbre. No se sentó una sola vez, desde que por la mañana abandonamos la tienda hasta que volvimos a ella por la tarde. Midió la altura de la montaña con los barómetros y nos dijo que las observaciones hechas ese día concordaban con las otras efectuadas durante su primera ascensión, el 4 de Enero anterior.

Abandonamos la cima a las 2 y 30 p. m. y descendimos lo más rápidamente

que pudimos, demorándonos una que otra vez para esperar a Mr. Whympers que se detenía a recoger algunas muestras de rocas. Llegamos a la tienda a las 5 y 10 p. m. encontrándola cubierta por las cenizas del Cotopaxi, que continuaban cayendo y cubrían los valles todos con una nube gris».

La anterior declaración, rendida en español por Campaña, ante el Cónsul inglés en Guayaquil, Sr. Geo Chambers, se encuentra, vertida al inglés, en la parte final de la obra citada de Mr. Whympers, y de allí la he tomado volviéndola al idioma primitivo.

El libro de Mr. Whympers, de gran interés para cuantos gusten del estudio de los maravillosos Andes ecuatorianos, ha modificado muchas de mis ideas formadas al calor de las emitidas por los geógrafos y naturalistas anteriores a él.

Rápidamente expondré algunos de los resultados de sus observaciones.

Según Mr. Whympers, los Andes ecuatorianos forman una sola cadena erizada de puntas superiores a uno y otro lado, y no dos cadenas distintas como lo han propuesto otros geógrafos. Esa cadena debió formarse por levantamiento, pero no puede determinarse si por levantamiento instantáneo, o lento, de años o siglos. Con excepción del Sara-urcu

todos los montes son de origen volcánico, pero sólomente el Cotopaxi y el Sangay están en estado permanente de actividad. Encontró el naturalista inglés que estos dos cerros han aumentado su altura comparando sus observaciones con las anteriores, mientras que casi todos los demás han disminuído de elevación. Entre los volcanes completamente extinguidos son los más importantes el Cayambe, el Antisana y el Chimborazo. Además de no conservarse tradición alguna de erupciones del Chimborazo, los signos exteriores que presenta demuestran que está apagado desde épocas muy remotas. Al efecto, su cráter ha desaparecido completamente y el espesor de su capa de nieve en la cima, las grandes dimensiones de sus ventisqueros y la elevada vegetación de sus flancos contribuyen a corroborar la opinión manifestada.

Whymper encontró las siguientes alturas para los cuatro principales nevados del Ecuador.

Chimborazo, 6.247 metros; Cotopaxi, 5.978 metros; Antisana, 5.893; Cayambe 5.848.

Reis y Stübel habían anotado :

Chimborazo, 6.310 metros; Cotopaxi, 5.943 metros; Antisana, 5.756 Cayambe, 5.840.

El Sr. Dn. Nicolás Martínez, ambateño de grande ilustración y aficionado alpinista, me dicen, ha subido también al Chimborazo y alcanzado su cúspide siguiendo el itinerario marcado por Mr. Whymper.



Erratas más notables

| Página. | Línea. | Dice. | Léase. |
|---------|--------|---------------------------|-------------------------------|
| 47 | 31 | y de Eneas | y Virgilio de Eneas |
| 79 | 24 | españoles ya due- ños | españoles. Ya dueños |
| 84 | 3 | El varon de Hum- boldt | El barón de Hum- boldt |
| 84 | 29 | por la América del Sur | Por la América del Sur |
| 88 | 19 | valle de Chimbo | valle del Patate |
| 93 | 25 | 1876 | 1877 ^e |
| 94 | 30 | más elevada | menos elevada |



INDICE

| | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| I De Popayán a la Costa..... | 5 |
| II.... Sobre las olas..... | 26 |
| III... Guayaquil..... | 42 |
| IV... El puerto..... | 57 |
| V.... Geografía física..... | 66 |
| VI... Liribamba | 77 |
| VII.. Montañas y volcanes..... | 82 |
| VIII. Rumiñahui..... | 104 |
| IX... Los últimos kilómetros..... | 112 |
| X.... Quito..... | 119 |
| XI... Por calles y plazas..... | 130 |
| XII.. El pueblo..... | 147 |
| XIII. Sobre industrias..... | 155 |
| XIV.. Asuntos económicos..... | 165 |
| XV.. Geografía política..... | 175 |
| XVI.. Sobre movimiento intelectual..... | 186 |
| XVII. Capítulo adicional..... | 195 |